

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Carlos M. Federici
Alfonso Zamora Llorente
José Antonio Olmedo
Michel Deb
Laura Lopez Alfranca
José Manuel Uría
Vicente Balbastre
David Agundo
Sergio Pérez

Y mucho más...

<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>



X - MMXV

Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, formateado en Trebuchet MS 12 pto, párrafo justificado y salto de una línea. Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.



Planetas Prohibidos
Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Planetas Prohibidos© Año 4 N° 10

Diseño y maquetación:

James Crawford
Independence
Edition
Publishing



ÍNDICE

4/EDITORIAL, J. Javier Arnau.

5/ACCIDENTE DE RUTA, Carlos M. Federici, Vicente Balbastre.

16/GOTHAM CITY EN LAS PELÍCULAS DE BATMAN, J. Javier Arnau.

24/NO ENTRES, Alfonso Zamora Llorente, David Agundo.

32/VIVO EN UN PLANETA SOLITARIO, Antón Martín, Abel Portillo / Elinfel.

36/KINDLE VS PAPEL, Michel M. Deb.

38/NEVILLE CARTER Y EL CASO DE LA HERMANDAD ESCARLATA, Sergio Pérez-Corvo / David Velázquez.

57/LA BELLA Y LAS BESTIAS, Rodrigo H. / Pilar González Hidalgo / Ángel García Alcaraz.

64/LA NATURALEZA QUE CUIDA Y PROTEGE, Laura López Alfranca / Fraga.

68/TIBERIUS, Michel M. Deb / Fattori Bros.

71/CIENCIA FICCIÓN OCULTISTA, José Manuel Uría.

76/CÓMIC: ONDAS FRAGUIANAS, Fraga.

77/POESÍA, Michel Deb, José Antonio Olmedo López Amor.

78/RESEÑA CINEMATOGRAFICA: INTERSTELLAR; LA GRAVEDAD Y EL TIEMPO EN MANOS DE NOLAN, José Antonio Olmedo López-Amor.

EDITORIAL

Se define el terror como el sentimiento de miedo en su escala máxima, cuando ya no se puede pensar racionalmente debido a que dicho miedo ha superado los controles del cerebro. Es decir, es el propio organismo humano el que establece una serie de controles, de barreras psicológicas que al cruzarlas, puede llegar a paralizarlo. Evidentemente, cada persona tendrá unos límites diferentes, y lo que para unos puede significar el terror máximo, para otros puede que no sea más que un ligero sobresalto. Por eso existen tantas clases de terror, tantos monstruos clásicos, gore, terror psicológico, etc. En este número de *Planetas Prohibidos*, definida como Revista de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, hemos querido dar un repaso a algunos de esos terrores, en forma de unos cuantos trabajos (relatos, poesías e ilustraciones), y seremos testigos del terror ante la soledad en el Universo, entraremos en casas con fantasmas, conoceremos cultos paganos, nos perseguirán monstruos de pesadilla, reconoceremos a los monstruos clásicos, acudiremos a reelaboraciones de temas populares, etc.

Pero no hemos querido dejar de lado el resto de pilares de la revista, y así añadimos un relato de ciencia ficción, llamémosle clásica, y otro que podríamos denominar, tal vez, como «steampunk».

Todo ello acompañado por las excelentes ilustraciones de nuestros dibujantes.

No acaba aquí la cosa, pues como siempre añadimos las viñetas cómicas de Fraga, artículos de lo más diverso, incidiendo en el de José Manuel Uría acerca de la relación del ocultismo y la ciencia ficción desde los inicios del género, así como uno sobre las diferentes versiones de Gotham City en las películas

de Batman.

Además, también tenemos las reseñas cinematográficas que hemos vuelto a incluir en la revista.

A todo esto, notaréis ciertos cambios que vamos a empezar a probar en este número; en concreto, los artículos y relatos no van a estar en secciones diferentes, sino que hemos decidido intercalarlos, pretendiendo dar así mayor variedad a la revista. Para que el cambio no sea muy brusco en este número, hemos codificado por colores cada sección, para facilitar la distinción entre las mismas.

Esperamos que todo ello sea de vuestro agrado. Mientras acabamos de perfilar este número, por supuesto ya estamos trabajando en el siguiente; una nota; al igual que este lo hemos «escorado» un tanto hacia el terror, la intención del siguiente es que sea más «ciencia ficciónero» pero, como siempre, sin dejar de lado las otras variantes del género fantástico.

Un saludo, y os emplazamos para el número 11 de *PLANETAS PROHIBIDOS*

J. Javier Arnau
Editor de Planetas Prohibidos

ACCIDENTE DE RUTA

TEXTO: G.M. FEDERICI

ILUSTRACIÓN: VICENTE BALBASTRE



MENOS SIETE:

Una discreta tosecilla hizo volverse a Vaevar:

—Ah..., es usted, Tanassa. ¡Un segundo!

Sus manos, pálidas y eficientes, se movieron alrededor de los aparatos. Terminó de realizar el experimento y se quitó las antiparras de pinza, metiéndolas en el bolsillo superior del guardapolvo. Después miró al boravi interrogativamente.

—Perdone —murmuró Tanassa. Su afilada lengua apareció y desapareció entre los labios escamosos—. Le traigo una copia de su tesis.

Tendió a Vaevar un manojito de pliegos pulcramente encarpetados. Ella le agradeció con una inclinación de cabeza.

¿Por qué me habrá dicho “perdone”?, se preguntó la doctora. ¡Típico de los boravis! Siempre exhibiendo ese aire de disculpa perpetua... Parecían únicamente destinados a puestos de secretarios u ordenanzas; pero era forzoso admitir que resultaban perfectos para esas actividades. Su celo corría parejo con la discreción que los caracterizaba; su humildad, por otra parte, llegaba a irritar.

Otro carraspeo.

—Muchas gracias, Tanassa —Vaevar interrumpió el curso errático de sus ideas—. Puede retirarse... No lo necesito más por hoy.

—¿La doctora va a quedarse trabajando hasta muy tarde...?

—Un par de horas más. ¡Pero no se preocupe, Tanassa! Puedo arreglármelas sola.

—Muy bien, doctora —el boravi se inclinó, exponiendo a los ojos de Vaevar el achatado cráneo, cubierto de escamas verduscas—. Buenas noches, doctora —y se alejó sin ruido. Las colas de su levita flotaron durante un instante tras las cortas piernas y luego desaparecieron a través del hueco de la puerta; enseguida el propio hueco se esfumó, sin que se oyese golpe alguno. Los boravis *jamás* azotaban

las puertas.

Vaevar se quedó inmóvil por corto lapso, en medio de la callada habitación llena de luz. Después... obedeció al imán.

En el centro del laboratorio, aquello tiraba de ella como si estuviese provisto de tentáculos. Sus duras aristas devolvían a capricho el fulgor de las lámparas de gas, desparramándolo en haces policromos... Los sensitivos dedos de la doctora acariciaron el disco de vidrio, la cromada manivela, las almohadillas de crin, el colector. Sus ojos, verdes y hondos como océanos gemelos, relucieron.

Estaba al borde..., al borde.

Luz..., mucho más intensa y clara que la del queroseno o la del gas. Calor... ¡Energía! La poderosa energía de las tormentas. El nervio del relámpago. La posibilidad de... Respiró profundamente, mordiéndose un labio.

Se acomodó en una butaca y empezó a estudiar las carpetas que le trajera su asistente. Si en verdad había sabido presentar la tesis en forma debida, la Comisión de Ciencias no podría menos que interesarse. Con su respaldo, una generosa financiación, y todo el personal necesario a sus órdenes... Se abrían propuestas deslumbrantes.

Hojeó su trabajo, transcrito con toda prolijidad en la hermosa cursiva del boravi, harto más legible que los nerviosos garabatos de ella. Sí, pensó. Todo estaba ahí, paso por paso: tres años de sudar. Desde aquellas primeras experiencias con cometas de papel, desde los tímidos ensayos a base de barritas de ámbar, hasta culminar en... esto.

El *autogen* ya era una realidad: de veras funcionaba.

Pero usted sabe bien que todo esto es un juego de niños, doctora. ¿O no ha visitado el Bolar? Allí están las verdaderas respuestas, doctora.

Palideció. No podía negar el roce del papel entre las yemas; las letras negras le golpeaban la vista. Sin embargo, le costaba aceptar su existencia.

Una nota entre las hojas de su tesis. ¿Acaso Tanassa...? ¿Pero se habría atrevido a tanto un boravi? Pensativa, se golpeó los dientes con los anteojos de pinza. Comprendió que aquello, en rigor, no la encolerizaba. Tan solo le provocaba un sabor amargo en lo profundo de la garganta y un rictus en la boca... Porque no era sino la versión por escrito de sus propios pensamientos escondidos: la futilidad de todo, la necedad de todo.

El anónimo tenía razón: solamente en el Bolar (*enormidad-misterio-eternidad*) se encontraban las respuestas. Las que ella, Vaevar, necesitaba.

MENOS SEIS:

Se había quedado dormido esperándola.

Lo contempló enternecida. Sobre el respaldar carmín del sillón, la espesa barba, que Danahem llevaba dividida en dos enormes trenzas brillantes, le enmarcaba el rostro como un halo de ébano. Una suave sonrisa le curvaba apenas los labios, y el amplio tórax asomaba, al alentar, por entre la bata semiabierta.

Cinco años ya... Un lustro de una dicha tan intensa que no alcanzaba a contenerla el corazón. La sentía derramándosele por todo el cuerpo, hasta las mismas plantas de los pies.

—Danahem —se le escapó, en un suspiro—. Danahem, mi vida...

Los párpados del hombre temblaron. Se movió entre sueños, murmurando algo que ella no llegó a entender, pero que con seguridad sería su nombre.

Se inclinó para rozarle la frente con los labios.

—Querido...

Él abrió los ojos y la miró. Lucía esa sonrisa un poco infantil con que siempre despertaba.

—Vaevar... Me quedé dormido. Quise esperarte...

Lo reprendió con cariño:

—No tenías por qué, amor. ¡Tan tarde

como es!

—Tengo una esposa muy trabajadora... —sonrió el hombre, levantándose.

—Ven —dijo ella—. Vamos a dormir..., como es debido, ¿eh?

Lo era todo para ella, pensó cuando, pasado el brazo en torno a su talle, lo conducía a la alcoba. Por eso ella jamás completaría su bitrimonio. ¡Nadie más le hacía falta! Y por eso tampoco había querido hijos, a pesar de que el desove no habría significado ninguna molestia a su edad. No quería compartirlo.

...Sin embargo, más tarde, ardiendo en su abrazo, los ojos de la doctora se abrieron y sus pensamientos emprendieron vuelo, para acabar hundiéndose en el acostumbrado tembladeral de dudas y preguntas sin respuesta.

La sensibilidad del marido captó el trastorno de inmediato: el estremecimiento sin causa, la inquietud extemporánea.

Danahem se apoyó en un codo, esforzándose por discernir las formas de ella.

—¿Qué tienes, dulzura?

Ella le oprimió un hombro, sin con-testarle.

—¿Qué es lo que te preocupa? —persistió él—. ¡Sé cómo te pones cuando te está preocupando algo!

En voz muy baja:

—Mi vida —repuso Vaevar, simplemente—. Me preocupa mi vida, porque no le veo el objeto, ¿te das cuenta?

—¿Cómo hablas así?... —Había dolorido reproche en la voz de él.

Las respiraciones de ambos. Luego:

—Me lastimas diciendo cosas como ésa, ya lo sabes.

Oh, perdóname, pensó ella. *No tengo derecho a esto. Tú sólo eres culpable de mi felicidad, Danahem..., mi mundo.*

—A dormir... —le susurró al oído—. ¡Ya casi amanece!

Sintió la caricia de sus labios; escuchó el crujir de la cama bajo los movimientos de él; un suspiro y, por último, el soplo regular de su aliento dormido.

Ella permaneció de espaldas largo

tiempo, escudriñando las sombras nocturnas.

MENOS CINCO:

Con un codo apoyado en el marco de la ventanilla, la doctora Vaevar miraba distraídamente el fluido paisaje, en tanto sus cavilaciones se retorcían y se anudaban unas con otras como entes malévolos. El trote acompasado de los impallos, en sordina, repiqueteaba en sus tímpanos.

Golpeó el cristal divisorio con el bastón.

—Cochera —ordenó—, más rápido, por favor.

Allá afuera, en su alto sitio, la mujer debió haber fustigado a los impallos, porque los cascotes golpearon el camino a ritmo más acelerado y el bamboleo del carruaje aumentó.

Toc-tocotóc-tocotóc.

La doctora se arrellanó en el asiento. Sin darse cuenta, deslizó la mano dentro del bolsillo del pantalón y tocó el papel, cuya escritura parecía arder y quemarla a través de la ropa.

Tanassa, pensó. Tanassa. Si fuera posible averiguar qué es lo que persigue con esto...

Toc-tocotóc-tocotóc-tocotóc.

Tanassa. Boravis. Enigmas.

Toco-toco-toc. Toco-tocotóc. Tocotocotóc.

Un presagio. Un presagio. Un presagio. Un presagio.

Entre hileras de árboles fugitivos y áspero encaje de polvo volador, el coche seguía su carrera, con la doctora en las entrañas, y los impallos, sudorosos y espumeantes, a proa.

Un fulgor repentino contra los ojos.
El Bolar.

—¡Cochera! —llamó Vaevar—. Deténgase aquí.

—¡Soo! —gritó desde arriba la invisible auriga—. ¡Párense, bestias!

Resoplaron los impallos, frenando en

una explosión de polvo.

A través de la ventanilla, el límpido cielo mañanero de Dene. La verde plaza del Bolar, con sus caminillos de cascajo anaranjado. El sol, encadilante, en lo alto.

Y el Bolar.

Erecto como un tallo gigantesco, sólido como los siglos, bruñido como gota de mercurio. Su base circular aplastaba la hierba y las florecillas silvestres en un área de dos kilómetros cuadrados. Muy por encima de los árboles más elevados, el agudo remate de la cúspide se quebraba en un abanico de agujas relumbrantes, diez mil pequeños soles hechos trizas.

Bandadas de aves, itinerante salpullido del cielo, evolucionaban en torno al punto en ignición, y uno no podía sino preguntarse (con el cuello doblado hacia atrás y la mano haciendo visera a los ojos) si el vértice oro/plata no punzaría *de verdad* el firmamento.

La doctora Vaevar descendió del carruaje. Indicó a la cochera que la esperase, se aseguró los anteojos sobre la nariz y comenzó a caminar hacia el Bolar. La brisa matutina, fresca y embalsamada, le alborotaba el corto cabello renegrido y hacía flotar ante sus ojos las puntas oscuras de la corbata.

A cada paso de la doctora, el Bolar crecía como un absceso titánico. Ella se sentía diluir progresivamente en la nada ante la mole que amenazaba colmar el universo hasta el último resquicio.

...¿Por cuántos milenios había estado allí? Las crónicas más antiguas ya lo mencionaban, y baladas semienterradas en la prememoria de la raza cantaban su imponente majestad. Era... más que viejo: una excrecencia del mundo.

Se detuvo. Ante ella se abría la resplandeciente sonrisa de El—Mig.

—Saludos, El—Mig —dijo la doctora. Era frase ritual.

Se sintió encoger bajo la mirada del otro, consciente del duro roce del cuello

erguido a ambos lados de la barbilla. Inclínose El-Mig, observándola siempre afable desde su estatura de dos metros cincuenta. El sol cayó sobre su cabellera y se licuó en dorado chorro, desde la amplia frente al torso vigoroso. Los arcos metálicos gemelos que convergían en la espina dorsal de El-Mig, abriéndose a los lados en una delicada trama de sutilísimos filamentos de plata, temblaron al doblarse él, como las alas de un hiperinsecto.

—Saludos, doctora Vaevar —repuso, en su vibrante tono—. Feliz de verla otra vez por aquí. ¿Seguramente trae usted su pase?...

Exhibió ella la tarjeta azul (hecha de un extraño material virtualmente indestructible, cuya naturaleza no había logrado descubrir), y El-Mig le franqueó el paso con ampuloso ademán del brazo enfundado en blanco lienzo. La doctora comenzó la ascensión de la interminable escala metálica que desembocaba en la puerta del Bolar. Según salvaba peldaño tras peldaño, la cambiante perspectiva iba descubriéndole nuevos detalles del escenario circundante.

El Bolar descansaba en medio de un anillo de césped esmeraldino, cruzado por treinta y seis sendas de grava que se reunían al centro a la manera de los rayos de una rueda. En la parte baja de la torre, una multitud de bolarianos hormigueaba sin reposo, eternamente afanada en misteriosas actividades.

Vaevar se detuvo, exhausta. Había alcanzado la mitad de la escalera. Ahora los peldaños mismos se encargarían de todo, y ella subiría sin mover un músculo hasta el elevado umbral. En tanto el sordo *hmmm* de la maquinaria se imponía al jadear de sus pulmones, sentía que los mil y un interrogantes de siempre se agitaban en su interior.

¿Cómo? ¿Por qué medios? ¿Qué clase de combustible? ¿En base a qué principios fundamentales?

Sus dedos estrujaron la nota que con-

servaba entre sus ropas.

Pero usted sabe bien que todo esto es un juego de niños...

Juego de niños, Bolar, juego de niños..., juego de niños...

El delgado rostro de la doctora se posó, temblando, en los azules ojos de El-Gabri, el Portero. Había llegado.

—Pase, doctora Vaevar.

Ella entró.

Y la Maravilla se le arrojó encima, se multiplicó por mil, por un millón..., hasta estrujarle todas y cada una de sus células pensantes, para exprimirlas de razón entre los infinitos anillos de sus *porqués* y sus *cómos*.

Y sus *síes*...

Si ella pudiese comprender. Si los bolarianos condescendiesen a explicar... Pero ellos nunca explicaban. Permitían a algunos acercarse, entrar en el Bolar, observar, tomar notas, deducir, lucubrar... Les concedían el triste derecho de sofocarse en la propia impotencia ante la posibilidad de tantos imposibles juntos..., materializados allí, en el Bolar, ante su vista incrédula.

Pero no pasaban de eso. Sólo quedaba, entonces, el recurso de abrir los ojos como platos, dilatar al máximo los oídos, y hasta las narices y los mismos poros, y procurar entender algo.

La luz. Brotaba de todas partes y de ninguna a la vez, blancoazulada, firme. La temperatura. Siempre estable, sin importar cuál fuera la estación reinante en Dene.

Y las *máquinas*.

Los ojos se agrandaban y las mentes se encogían ante los semiseres multiformes y autónomos, zumbantes, sibilantes, gimientes, chirriantes o silenciosos, que cumplían impávidos sus sempiternas funciones, sin fallar jamás.

¿Cómo? Oh, Diosa..., ¿cómo?

...La doctora vio nuevamente los milares de cuartillas que había emborronado con menuda e insegura caligrafía durante media vida. Las monografías, los artículos... Las notas, tomadas en años

y años y años de golpearse el cráneo contra la roca aquella.

Toneladas de papel, ríos de tinta. Ríos inútiles, que agonizaban dolorosamente entre arenas secas, muy lejos del mar.

MENOS CUATRO:

Ninguno de los dos hablaba. Evitaban mirarse. Al menos la doctora lo evitaba; pero una tácita comprensión mutua flotaba en el aire, como pompa de jabón urticante.

Ella dilataba deliberadamente el término de un experimento bastante sencillo, y el boravi, inclinado sobre sus carpetas, se afanaba, al parecer, en un ringorrango final. En torno, y acompañado por el ocasional rasguído de la pluma de Tanassa, el reloj urdía una malla de sonora monotonía, más y más oprimente, más espesa...

—¿Por qué es un juego de niños?

La aguda intensidad de su propia voz la alarmó. Inspiró profundamente y se quedó inmóvil.

El tiempo aminoró su marcha hasta lo inaudito. Vio volverse hacia ella la achata da cabeza del boravi; el giro tardaba horas y horas en completarse. Y la sonrisa de la boca pringosa se formaba con la pereza de una nube deshaciéndose, y la lengua bífida onduló al brotar entre los dientes cónicos, igual que la cola de un fantástico barrilete suspendido en un aire gelatinoso...

—Usted sabe perfectamente la razón, doctora.

—¡Explíquese!

—Hoy mismo ha estado en el Bolar. ¿Qué vio ahí, doctora, eh?

Enfrentados, tan sólo la mesa de trabajo los separaba. Los ojos amarillentos la observaban de soslayo. Percibió con asombro el descaro casi lúbrico que aquellos ojos contenían y se dio cuenta entonces de lo equivocada que había estado siempre con respecto a los boravis.

Había en Tanassa un oscuro núcleo de *malinidad*, que se traslucía ahora

como una araña agazapada en el interior de un frasco sucio; y, por otro lado, una precomprensión tan obvia de todo cuanto la doctora era, o había sido, o llegaría a ser, que ella sintió que la sangre le caldeaba las mejillas y el cuello.

Peor que estar desnuda delante de él, pensó.

Y de súbito se le hizo claro que los denenses siempre habían estado así en lo que a los boravis concernía: peor que desnudos.

Se odió por ello, pero no pudo evitar inquirir:

—¿Usted, Tanassa..., sabe algo? ¿Podría responder a alguna pregunta?

La sonrisa del boravi se ensanchó como un tajo.

—¿Permitiría que me sentase, doctora? Es un poco largo de explicar.

Ella asintió con la cabeza. Sentía los párpados congelados y pensó que jamás podría volver a cerrarlos.

—Ustedes han estado exprimiéndose el cerebro durante centurias, pretendiendo explicar el origen del Bolar —dijo Tanassa—. En tiempos antiguos no debió resultarles difícil: las religiones cargaron con el fardo. ¡Son estómagos complacientes para el forraje mítico! Una nueva leyenda maravillosa..., y sanseacabó.

Pero ésta es la Edad de la Razón, doctora, o al menos así la llaman. Ahora disponen ustedes de una lógica, o cosa parecida, y naturalmente intentan comprenderlo todo en base a ella, y dentro de ella. El método, empero, no funciona con el Bolar, por desgracia.

”El Bolar es *ajeno* a Dene y a su lógica, doctora..., y usted lo sabe de sobra.

Vaevar palideció. Estaba oyendo el eco de su propio subconsciente.

—Siempre tuve esa sospecha —murmuró—. Sin base racional alguna, pero siempre... —Irguió la cabeza—. ¿De dónde... vino el Bolar?

Los ojos amarillos la enfrentaron por primera vez.

—Del espacio exterior. ¡Sí, doctora! ¡La teoría de que existe vida en los cuerpos ce-

lestes es fundada! De hecho, esa vida *existe...*, en una variedad y en una extensión tales que no resulta fácil concebirlas.

El mundo de ustedes, Dene, no significó otra cosa que un... accidente de ruta. Planetizaje forzoso, le llamamos, si es que eso tiene algún sentido para ustedes... ¡Mejor digamos “varadura”! Lo cierto es que nuestra nave se vio imposibilitada de continuar su itinerario. Fue preciso repararla. Y en eso estamos.

La mente de la doctora se había detenido en un concepto anterior a la última frase del boravi.

—¿Nuestra nave? —interrogó.

Llamearon las pupilas ambarinas; en sus profundidades bullían las sombras.

—Vinimos juntos..., ellos y nosotros. En el Bolar. Pero esto carece de importancia. El problema actual es otro: una divergencia de opiniones. Los boravis creemos que los denenses tienen derecho a saber. Ellos piensan, en cambio, que ustedes deben *descubrir*.

Los dedos de la doctora se engarfiaron en el borde de la mesa. Se inclinó hacia Tannassa hasta que el vaho acre de su aliento le revolvió el estómago.

—¿Hay... hay algún modo de *saber*?

MENOS TRES:

Eran aquellos segundos anhelantes, de anticipación..., el umbral de la plenitud. Luego, el estremecimiento que habría de recorrerle las entrañas como un licor ardiente, la piel erizada y el fuego final.

Sus ojos se abrieron en la oscuridad.

Entre los brazos de él, soldada a él, sintió por primera vez que no se completaba.

Se aflojó el abrazo.

—¿Qué te...?

Que ya no estoy entera. Que tú no eres más mi otra mitad. Que, aun fundida en ti, sigo padeciendo hambre y sed.

—No es nada —le dijo a él—. Nada.

—¡Pero si te noto extraña!...

Se alejó de él, que no intentó retenerla. Vaevar adivinó el reproche instala-

do en sus rasgos.

—¿Dónde quedó tu confianza en mí? —le oyó quejarse.

Contestó con una cálida presión de sus dedos en torno a la muñeca de él. Ambos pulsos latían al unísono... Ya no podía pretender continuar ocultándose.

—Es que... no sé qué camino tomar —murmuró.

—Cuéntame, dulzura. Si puedo ayudarte...

—¿Qué harías tú —empezó ella, luego que hubo reflexionado unos instantes en cuanto al mejor modo de expresarlo— si necesitaras algo con desesperación?... Me refiero a verdaderas ansias..., algo así como la necesidad que siempre hemos sentido uno del otro... ¿Qué harías si anhelases algo de ese modo, y para conseguirlo tuvieses que hacer... una cosa prohibida, algo que nadie se atrevió a hacer jamás? ¿Qué es lo que harías?

Hubo una pausa.

—Si no pudieras vivir sin eso, lo que fuera —dijo Danahem, al rato—. Si lo necesitaras tanto, tanto...

La respiración de Vaevar hendió el aire.

—Lo necesito —repuso, con voz ronca—. Más que a... casi todo.

Instantáneamente supo que lo había herido. Pero la voz del hombre no reflejó sino ansiedad por ella, al preguntarle:

—¿Y cuál es... esa cosa prohibida que tienes que hacer..., eso que parece que te aterra de sólo pensarlo?

Ella no dijo más que:

—El Bolar.

Y se produjo un nuevo bloque de silencio, pero la cualidad dominante en éste era la amenaza. Una nueva sombra se cernía entre las otras, por encima del lecho en que yacía la pareja. Enseguida:

—¡No! —fue apenas un susurro, aunque tuvo la intensidad de un alarido—. ¡Eso no..., te lo suplico, Vaevar, dulzura, eso no!

MENOS DOS:

Un puño descomunal oprimía al universo.

Se aflojó el nudo de la corbata y arrojó el sombrero de copa sobre el asiento. Su mano húmeda aferró el asa del maletín. Saltó fuera del coche, detrás del boravi. Al cerrarse, la portezuela conmovió en tardas ondas de sonido el aire oleaginoso.

Inquietos, los impallos piafaban. Uno de ellos, de color azabache, se irguió sobre las patas traseras, elevando hacia el cielo los retorcidos cuernos. Su lúgubre relincho tajeó el silencio.

—¡Ahora! —Había urgencia y fiebre en los amarillos ojos de Tanassa—. Vaya, doctora, y no se equivoque. ¡La puertecilla del pestillo rojo! Déle dos vueltas, y se abrirá.

La doctora se sintió empujada por una garra impaciente, y el suelo comenzó a retroceder bajo sus pasos.

Miró hacia adelante.

Ni una brizna temblaba. La sangre le golpeaba dentro de los oídos como un tronar diminuto.

Horizontales y verticales sobre fondo gris; horizontales y verticales sobre fondo gris: era la pauta dominante en el decurso de la Estación de las Tormentas. El Bolar se proyectaba obscenamente hacia los hinchados vientres de las nubes, allá arriba. Sólo se escuchaba el roce de las suelas de la doctora contra la grava del caminillo.

...Sí que hay un modo, doctora. Durante la próxima Estación de las Tormentas. Ellos estarán en su período de descanso... Como un sueño profundo, sí, podría decirse; sólo que mucho más de lo que ustedes conocen: "vida suspendida", sería un término más aproximado.

El Bolar se agigantaba frente a Vaevar. Arriba, arriba, arriba.

...Nosotros no podemos. Han colocado... defensas. Microorganismos letales. Virus, dirían ustedes..., deletéreos. No, no resultan nocivos para los denenses. Por eso es que tiene que ser uno de ustedes el que entre.

La escala. Los zapatos de la doctora dieron contra el metal, y las reverberaciones acústicas flotaron como borlas de

algodón.

...¿Cómo no pensamos antes en valernos de ustedes? ¿Antes?... (Las pupilas amarillas habían reflejado incompreensión. Vaevar intentó ser más específica, pero se vio obligada a desistir. No podía esperar que existiera compatibilidad entre sus concepciones y las de los boravis, era evidente, al menos en lo que al elemento temporal se refería.)

Los últimos ecos se extinguieron lánguidamente al detenerse Vaevar en mitad de la escala. Esperó, tensa, el tirón de la máquina.

Pero los peldaños permanecieron inmóviles en su espinazo metálico, como un colosal miriápodo hibernante.

...Naturalmente que la escala mecánica va a funcionar, doctora. Pero accione primero el conmutador que encontrará a su derecha..., esa lengüeta blanca, sí. Perfecto.

El ronroneo de la maquinaria se abrió paso entre la densa atmósfera. La mano invisible condujo a la doctora en dirección de la boca negra y oblonga que se abría en la cima.

... Use el aparatito que le di, doctora, o no va a poder pasar. Un campo de fuerzas..., algo así como una pared... que no se ve. El artificio lo interrumpe. No se preocupe; ya entenderá. Ya lo entenderá todo..., siempre que regrese con eso dentro de la maleta. ¡El corazón, doctora! ¡La llave que le abrirá todas las puertas..., incluso la de las fuerzas dinámicas que mueven a los mundos en sus órbitas y desgarran los soles en pedazos!...

El asa del maletín le mordía la palma. Cambió de mano la valija y extrajo de un bolsillo la diminuta pirámide, con su vértice fluorescente.

La sostuvo apuntando hacia la puerta por espacio de unos instantes; luego presionó la base con el pulgar.

No sucedió nada visible.

El rectángulo negro permaneció inalterado.

Durante un rato Vaevar no consiguió

moverse. Sentía el labio superior inundado de gotitas frías, y seca la garganta. Los lentes le pellizcaban sin piedad el puente de la nariz...

...Estaba adentro. Nunca llegó a explicarse cómo había podido hacerlo.

Sus pasos sonaban a hueco en el centro del abovedado silencio. Todo era muy distinto a como lo viera en sus visitas "oficiales".

La ubicua luz fulgía tenue, verdeazulada. El ambiente estaba como teñido de irrealidad..., semejante a la escena de algún viejo sueño apenas recordado. Los ojos de Vaevar giraban inquietos tras las empañadas antiparras.

...*No permita que nada la distraiga de lo que debe hacer, doctora. La portezuela del picaporte rojo. La portezuela del picaporte rojo. La portezuela del picaporte rojo.*

La portezuela del picaporte rojo.

Dio un salto. Se le había antojado que el metal iba a quemarla; pero, en cambio, lo encontró helado.

Hizo girar la manija.

La portezuela se abrió sin un rumor.

...*Dos pequeños hexaedros negros. Son envases, pero no se ocurra tratar de abrirlos. Sería muy peligroso. Sáquelos del nicho y métalos en la maleta. Eso será todo. Vuelva inmediatamente al coche. La estaré esperando, doctora.*

Congelada en un semiesferoide, la mano se paralizó a medio ademán. Después, con lentitud, fue cerrándose.

No había esperado que pesaran así. Entre jadeos, las falanges a punto de descoyuntársele, depositó muy cuidadosamente uno de los hexaedros dentro de la maleta.

En rápido movimiento, se sirvió de ambas manos para levantar el otro e introducirlo también entre las mandíbulas cromadas.

Snap, se cerraron.

Corrió.

No se detuvo a pensar en qué consistiría con exactitud la amenaza que de tal modo la angustiaba. Sus pulmones ge-

mían con ansias de aire nuevo.

...*La manija blanca superior, ahora.*

Y los peldaños mágicos, esta vez despiertos, la arrojaron hacia abajo. Con el mismo impulso continuó el descenso, entre el golpetear de sus pies enloquecidos.

No se dio cuenta del momento en que pisó un nivel horizontal. Siguió su carrera ciegamente, acezante; la grava húmeda gemía bajo su calzado.

Un velo ceniciento lo cubría todo... Durante un instante alucinado manoteó con desesperación, a tientas en un mundo gris y mudo.

De la bruma se despegó una silueta.

—¡Pronto, doctora! ¡Por acá!

Dedos escamosos a través de la manga, apretándole un codo. Tropiezo de una arista dura contra el empeine. La blandura del cojín... La portezuela del coche besó con estrépito al marco.

Vaevar se recostó contra el respaldo. Con los ojos apretados y la boca entreabierta, intentaba abrirle paso al aliento a través del nudo que le obstruía la garganta.

—¿Lo tiene, doctora?

La chata cabeza del boravi oscureció la ventanilla, quemando a Vaevar con el fuego ámbar de sus pupilas. Ella asintió por medio de un movimiento de cabeza, sin separar los párpados. Sintió que la sonrisa del boravi se los atravesaba. Tanassa saltó ágilmente sobre sus cortas piernas y desapareció. Un momento después restallaba el látigo. Relinchos, el galope furioso de los impallos, los botes de las ruedas en cada bache del camino.

A través del cristal, Vaevar vio una herida cárdena que se abría entre lo gris. Casi sin transición, la ensordeció un rugido.

Se descargaba la primera tempestad de la estación.

MENOS UNO:

Todas las furias castigaban la tierra blanda, afuera. Gemían y crujían los árboles, brutalmente sacudidos y doblados; y ha-

bía silbidos feroces y fragores violentos y súbitas deflagraciones de luz violácea.

A través de las paredes del laboratorio no llegaba sino un inmenso resollar veteado de pulsiones luminosas que se filtraban por entre las rendijas de las persianas y terminaban fundidas en el resplandor del gas.

Abierta como un vientre, la maleta negra había parido sobre una mesa oscura los dos hexaedros de antracita. Vaevar se inclinaba sobre ellos, los dedos estirados rozaban ya su pulida superficie...

—No, doctora.

Se volvió. Los ojos amarillos habían cambiado mucho.

—Me los llevo yo, doctora. Póngalos de nuevo en la maleta.

Vaevar irguió la frente. Las mandíbulas le tensaban la piel del rostro. La sintió erizada, y comprendió que debía estar horriblemente pálida. Encaró a Tanassa:

—Eso no fue lo convenido.

—No discuta. ¡Haga como le dije! —El boravi no se molestaba en disimular la amenaza que hinchaba su tono. Conservaba una mano dentro del bolsillo e hipnotizaba a la mujer con un par de discos duros y opacos, amarillos y fijos.

Vaevar alzó la voz hasta el falsete:

—¡Tanassa! ¡No sea insolente! ¿Qué se ha creído?

El boravi rió con grosería, agitando la lengua. Después la risa se esfumó, como el aliento desaparece de un espejo.

Su diestra dejó el bolsillo: un pequeño tubo negro apuntaba hacia la doctora.

—*Meta esos hexaedros en la maleta* —repitió Tanassa—. *Me los llevo.*

Ella percibió el aura del peligro como el calor de una llama. No podía desconocer la cualidad mortal de aquel tubito negro.

—Está bien —dijo—. Lléveselos, si quiere.

Había ido retrocediendo de manera imperceptible. Una de sus manos, por detrás de la espalda, rozó una superficie

curva y lisa.

Reconoció el frasco, y su contenido, igual que si las yemas de sus dedos hubiesen tenido ojos.

—Me estoy impacientando, doctora. —El puño verdusco aumentó la presión en torno del tubo—. No puedo seguir deteniéndome más en esto. De cualquier modo, la mentalidad de ustedes todavía no es apta pa...

Un semicírculo borroso enturbió el aire, con el hombro derecho de la doctora como centro. Tras describir un arco fulgurante, el frasco se estrelló contra la cabeza del boravi.

Revolvándose entre las llamas de cincuenta infiernos, Tanassa aulló seis veces y por fin quedó inmóvil, estirado sobre el piso. La doctora Vaevar ahogó un sollozo entre los dedos que estrujaban su cara.

Al rato se apagó el último siseo del ácido. La doctora se dobló por la cintura, como hachada, y vomitó. Luego las luces menguaron hasta desaparecer...

...Se sostuvo sobre una palma, ahogando un gemido agónico. Tenía todo el cuerpo entumecido. Consiguió incorporarse; al momento, todo se le agolpó en la mente.

¿Cuánto tiempo habría permanecido sumida en la inconsciencia? ¿Minutos? ¿Horas?... El apagado bramar del temporal seguía oyéndose, y tan sólo la noche y las centellas atisbaban por entre los intersticios de las ventanas.

Avanzó algunos pasos, no sin dificultad. Sabía que con sólo volverse un poco vería aquel horror, que continuaba tendido sobre el entarimado; pero evitó hacerlo.

La mesa. Los hexaedros negros.

El corazón de todo.

...*La respuesta a todos los enigmas. ¿Acaso no se ha preguntado cómo pudo ser posible mover algo tan voluminoso como el Bolar? ¿No le ha intrigado el origen de la tremenda energía que debió necesitarse para arrancar a semejante mole de la atracción gravitatoria? ¿No se ha desvelado cavilando en cuál podría ser la Fuente Milagrosa?...*

¿Dónde está el músculo impulsor de esa linfa increíble y cuasiomnipotente? ¿No lo adivina, doctora? ¿Son dos hexaedros de color negro! ¿Contienen los Nódulos! Un par de esferillas casi invisibles..., pero tan poderosas como la mano de un Dios. El corazón, doctora... ¡El núcleo de la energía viva del Universo!

Los dedos de Vaevar no aparecían nítidos, a causa de su incontrolable temblor; pero, como si los guiara algún sexto sentido, hallaron el resorte.

Se abrió uno de los hexaedros.

Retrocedió ella con tal violencia que derribó una mesita repleta de matraces y tubos de ensayo. Hubo un estallido de cristales y un borbotear de líquidos regados por el piso.

Vaevar se enjugó la cara con el helado dorso de la mano. Una mancha cárdena se le demoraba en las retinas.

Por un momento se quedó inmóvil...

...Pero necesitaba *saber*.

Abrió el otro hexaedro.

No fue un relámpago. Fueron todos los relámpagos del mundo, y algo más.

Cegador: blanco y púrpura y escarlata y dorado.

Y se produjo un temblor ciclópeo, y hubo un titánico *tirón hacia adentro*.

La vida retornó a su condición primitiva.

CERO:

La minúscula espora flotaría a través de los espacios sin fin por los siglos de los siglos, hasta que encontrase otro ambiente favorable a su desarrollo.

Todos los ingredientes vitales precedentes estaban allí, contenidos en el submicroscópico átomo vital. Se aglutinaban en una ultraconcentración, destinada a expandirse oportunamente hasta colmar un mundo.

Pero iba a haber cambios.

Las especies vegetales, mezcladas, serían diferentes. La fauna, por su parte, presentaría nuevas variedades, nacidas a partir de las infinitas combinaciones re-

sultantes de haberse reunido bruscamente, en un único núcleo, todas las especies que una vez coexistieran... Muchas de las que habían volado, nadarían ahora en las aguas, conservando vestigios de inútiles alas y resabios de vuelos abortados. Otras, que caminaran sobre miembros articulados, iban a perderlos, condenándose a un perpetuo reptar.

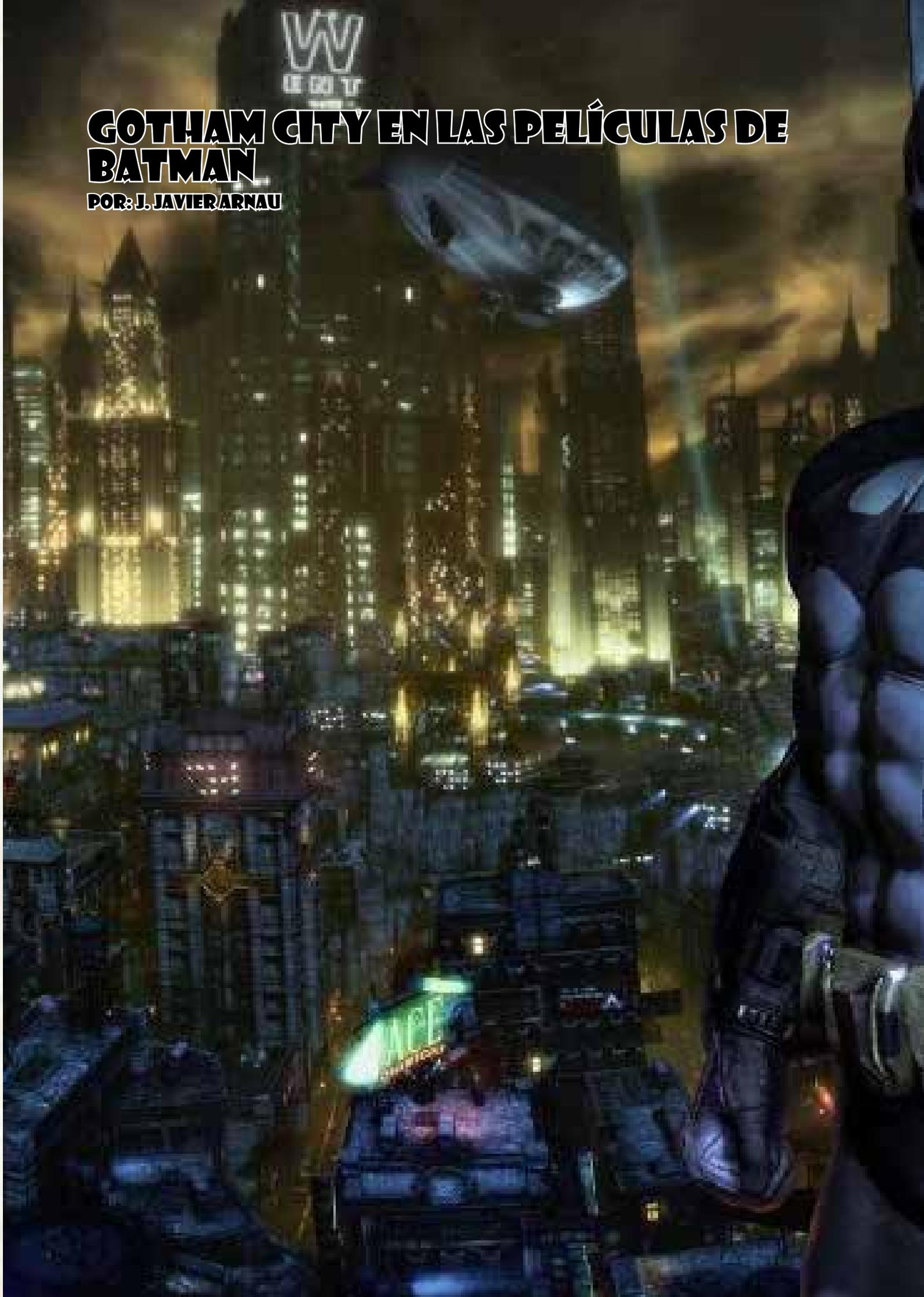
Y, por sobre todo, la inmortal Memoria de la Vida conservaría el recuerdo aleccionador de la catástrofe.

Y, de producirse (en el azar de la nueva evolución), el renacer de la raza humana, la mujer, causante de la regresión abortiva a los Comienzos, no volvería a ser ama, sino que serviría al varón; y él se enseñorearía de ella; y se multiplicarían sus dolores en sus preñeces, y daría a luz sus hijos con dolor.

W
LE GO T

GOTHAM CITY EN LAS PELÍCULAS DE BATMAN

POR: J. JAVIER ARNAU





(El presente artículo fue escrito para una antología en la que varios autores dábamos a conocer cual es nuestro “Batman favorito”, y porqué. En espera de su próxima publicación, y con el permiso del editor, lo publicamos aquí, aprovechando de paso para conmemorar el 75 aniversario del popular superhéroe de DC Comics).

Como casi creador que pone sus manos sobre un personaje, una historia, una franquicia en definitiva, quiere dejar su huella, de cada personaje existen variedad de versiones, casi una por cada autor que ha trabajado con él. Batman, que nació en 1939, un escaso año después que Superman, y que consiguió su propia revista en 1940, es evidentemente uno de estos personajes que comentamos. El mundo del cómic superhéroe podría considerarse más proclive a esta marea e cambios, dado que son personajes franquicia, algunos con más de 70 años de historia, muchas veces ininterrumpida.

En el caso de Batman, que es el que nos ocupa, al igual que todos los demás (pero éste tal vez por ciertas circunstancias especiales que lo rodean) tal vez esto pueda haber sido más acusado.

Han existido, en lo que podríamos considerar continuidad oficial, innumerables versiones del hombre murciélago, durante los 75 años de su virtual existencia en las páginas de los cómics. Ha sido un simple luchador enmascarado contra la delincuencia más típica, el mejor detective del mundo, el más duro e implacable vengador al margen de la policía, ha li-

derado supergrupos en los que él ha sido el miembro de menor poder, ha luchado al lado, y en contra, de dioses, ha sido el más solitario de los héroes, y el que más aliados ha tenido... Infinidad de personalidades, dependiendo del momento, de la época, de los gustos de los lectores, y de las tendencias de cada guionista, o editor.

Una de las épocas para mí más atractivas sería la de los cómics de Alan Grant y Norm Beyfogle, en las páginas de Detective Comics, a finales de los años ochenta y los primeros noventa. Evidentemente, hay que nombrar algunas de las obras cumbre dentro de la mitología de Batman, como pueden ser las obras de Frank Miller “Año Uno” y “El regreso del caballero oscuro” (y, debo confesar, a mí me gustó la continuación de esta, “El contraataque del caballero oscuro”), y “La broma asesina”, obra de Alan Moore y Brian Bolland. Tampoco se puede dejar de nombrar a la serie animada de Bruce Timm, que en su momento representó lo mejor de las series de animación, y que dio el pistoletazo de salida a este renovado género.



Pero nos dejaríamos grandes épocas y a grandes autores en el tintero; sólo por nombrar a los más recientes, Grant Morrison, Scott Snyder, Greg Capullo, Peter J. Tomasi... o más “clásicos” como pudieran ser Neal Adams (con cuyo dibujo podría considerarse que cambió la concepción más realista del Hombre Murciélago), Dennis O’Neil, etc.

Por todo ello, por no elegir una época, o un arco argumental, o una novela gráfica o unos autores dentro de la enorme cantidad de nombres que saldrían, permitidme que hable como mi “Batman preferido” el de las películas de Tim Bur-

ton, en especial la primera.

A continuación, expondré el porqué de esta elección.

El interés que despertó, al menos en mí el estreno de *“Batman”*, de Tim Burton en 1989, fue que desde 1978, con el estreno de *“Superman”*, de Richard Donner (y tal vez *Superman II*), no se había vuelto a ver una buena película de superhéroes. No es que no existieran películas del género y series de televisión y de animación, sino que la calidad de todas ellas eran bastante, por decirlo suavemente, mediocre.

aquí será polémica, pero personalmente la considero una pésima adaptación. Su continuación, *“Conan el Destructor”* es aún peor, a pesar de estar escrita por Roy Thomas y Gerry Conway—; *“Supergirl”* (1984; obviamente, subiéndose al carro de su primo Superman); *“Masters del Universo”* (1987. Con Dolph Lundgren, de la serie de dibujos basados en los muñecos que en principio iban a representar la película de Conan); *“The Punisher/El Vengador”* (traducción española, en vez de El Castigador, de 1989 y con Dolph Lundgren también), etc.

También se dio el caso de utilizar capítulos piloto de las series de superhéroes,



Pero podría decirse que era lo que había, y por eso en *“Superman”* casi resultó cierto lo que decía su publicidad: *“usted creerá que un hombre puede volar”*.

En cine, hasta el año del estreno de *“Batman”*, se habían estrenado películas basadas en superhéroes, o en personajes de cómic tales como:

“Flash Gordon” (1980, a pesar de contar con reconocidos intérpretes, es más famosa por la banda sonora de Queen); *“La Cosa del Pantano”*, de Wess Craven, 1982; *“Conan, el Bárbaro”*, dirigida en 1982 por John Millius, escrita por él mismo y por Oliver Stone, con Arnold Schwarzenegger como Conan —sé que su inclusión

o algún capítulo especial de dichas series, como película para los cines, aprovechando algún momento de *boom*, ya sea por la propia popularidad de la serie de televisión, o por algún hecho relacionado con la serie de cómics en la que se basaban. Películas/Capítulos de *“Batman”* (el Batman “camp” de los sesenta, interpretado por Adam West), *“The Amazing Spiderman”*, de finales de los setenta, interpretado por Nicholas Hammond, *“The Incredible Hulk”*, interpretado por Bill Bixby y Lou Ferrigno, (1977-1982), *“Wonder Woman”*, con Linda Carter como protagonista, también a finales de los años setenta, etc.

Pero claro, ni la tecnología, ni la fi-

nanciación de las series de televisión estaba, ni podía estar, a la altura de las películas de cine, con lo que en formato televisivo podría tener un cierto pase, por el hecho de poder ver a los personajes de los cómics en carne y hueso, a la hora de trasvasarlos a la gran pantalla los resultados solían ser decepcionantes. Porque como comentaba un poco más arriba, a veces se trataba de pasar a cine directamente capítulos un poco más largos y autoconclusivos, mientras que otras veces sí que se realizaban verdaderas películas pero que, evidentemente, seguían el tono y la trama de las serie televisivas madres.

Todo ello hacía que el género de películas basadas en cómics no tuviese gran aceptación entre el público en general, dado lo mediocre de lo exhibido en los cines; y aún entre los propios aficionados a los cómics, y seguidores de las series de televisión no acababa de cuajar el tema de lo exhibido en las salas de cine.

Por eso, en su momento, "*Superman*", de Richard Donner (y guión de Mario Puzo) supuso una nueva forma de hacer cine de superhéroes, una especie de "revelación" para los lectores de cómic. Pero, lamentablemente, tuvimos que esperar hasta el estreno de "*Batman*", de Tim Burton, más de diez años después, para poder asistir a otra digna película de superhéroes.

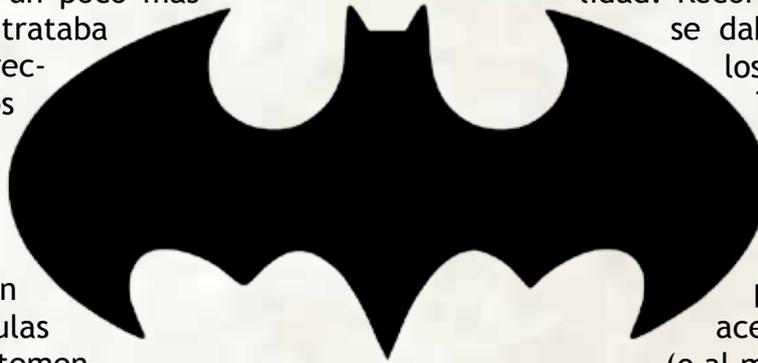
Además, años antes, la editorial que en España publicaba los cómics de DC, anunciaba las posibles películas de superhéroes (recordemos que era la época en que Internet no existía, y las noticias las leíamos en las diferentes secciones de los cómics, que incluían noticias editoriales, cartas de los lectores, noticias del mundo del cine, etc). Cuando se habló de una posible película de Batman, la rumorología se fue extendiendo, así como las peticiones de los fans; y uno de los "sueños"

de los seguidores del murciélago fue que Jack Nicholson llegara a interpretar el personaje de The Joker... en caso de que la película llegara a realizarse, que se incluyera al personaje en ella, que el actor accediese... demasiados condicionantes como para que se hiciera todo realidad. Y, como sabemos, el sueño se hizo realidad. Recordad que todo esto

se daba a mediados de los años 80, y aunque Tim Burton era un director desconocido en la época, la elección de Nicholson para el papel nos pareció acertadísima a todos (o al menos a la mayoría,

por las reacciones que podíamos seguir en las noticias de los cómics). Tal vez otras elecciones de dicha película no fueran igual de acertadas, pero en ese momento creo que tampoco había mucha elección o margen para otras elecciones, y tanto el director como la productora tuvieron que echar mano de lo que pudieron. Porque, a diferencia de hoy en día, y con lo comentado anteriormente sobre las series de televisión, el cine de género superheróico, o simplemente el basado en el mundo del cómic, no era muy valorado, y evidentemente no atraía a grandes directores y actores.

Sin embargo, y aquí estaría la razón de porqué elijo este Batman como mi preferido, la ambientación, en general, la considera muy adecuada, rozando el excelente. **Gotham City** (Ciudad Gótica para los lectores más veteranos, entre los que me incluyo) siempre ha sido un personaje más en la mitología de Batman. Es la ciudad con más crimen de Estados Unidos de DC Cómics (tal vez junto a su ciudad hermana **Blüdhaven**), con más callejones, con una arquitectura especial y específica, que tiene su propia historia dentro de los cómics; pero así, tal cual, hay historias de Batman (o alguno de sus acompañantes/ayudantes) que nos narran



la historia de la ciudad, de su fundación, de sus habitantes, de sus zonas secretas... en fin, Gotham es un personaje en sí mismo dentro del Universo Batman y, por extensión, dentro de todo el Universo DC. Porque, a diferencia del Universo Marvel, las ciudades de DC son ficticias, no son Nueva York, San Francisco, y otras reales donde residen sus protagonistas (también existen en Marvel otros lugares inventados, aunque algunos basados en lugares existentes, al menos en algún momento de la historia: **Latveria**, **Wakanda...**); no, los lugares donde residen los superhéroes DC no son reales, no existen en nuestra propia realidad. Se comenta que la Tierra DC es mayor que la Tierra Marvel. En la Tierra DC los superhéroes habitan en ciudades tales como **Metrópolis**, **Gotham**, **Blüdhaven**, **Opal City**, **Central City**, etc. Por eso, las ciudades muchas veces son creadas por los guionistas como una extensión del superhéroe que las va a habitar, como un personaje más de la misma. Así, reconocemos inmediatamente a la ciudad por su superhéroe, y viceversa. La ciudad en sí misma tiene sus propias historias, y además del juego que dan

en relación a su “superhéroe residente”, también se juega en ocasiones con el contraste de sacar al héroe de su zona de confort, y enfrentarlo con un entorno que no controla y en el que sus habilidades o poderes no son tan determinantes como en su propio entorno, al que se ha adaptado y que a su vez ha adaptado.

Como ejemplo, tomemos al héroe de las sombras, de la oscuridad, el que cuenta con el temor y la superstición de los criminales para intimidarlos, Batman, y desplacémoslo de la oscura y peligrosa **Gotham** a la ciudad del mañana, a la luminosa, limpia y adelantada **Metrópolis** hogar de, entre otros, Superman. Evidentemente, no es su entorno, no están adaptados el uno a la otra. Las habilidades, los entrenamientos, el conocimiento de sus calles, etc, no le serán de excesiva ayuda en este nuevo entorno, más hostil para él que las enormemente más peligrosas calles de su ciudad de origen. Evidentemente, es un superhéroe y saldrá airoso de la situación; pero el tema aquí, es que la ciudad ha sido un elemento más de la historia, ha habido interacción con los protagonistas del título. También sería



más o menos igual en el caso contrario, es decir, si sacamos a Superman de Metrópolis para enfrentarlo a los oscuros callejones de Ciudad Gótica.

He comentado hace un momento que Batman, como Bruce Wayne, decidió utilizar el miedo y las supersticiones de los criminales que pueblan su ciudad natal como arma contra ellos mismos. Por eso elige una criatura de la noche, un animal con connotaciones terroríficas, como su emblema. El murciélago, además de animal nocturno, siempre estará asociado al imaginario colectivo con Drácula y con los vampiros. La aparición de un murciélago gigantesco entre las sombras de los callejones, entre las brumas, nieblas y vapores que inundan Gotham City debía infundir temor en los corazones de quien lo presenciara. Esa era la intención de Bruce Wayne cuando decidió vengar la muerte de sus padres, y para ello contó con la particular idiosincrasia de la ciudad donde iba a actuar.

Batman nació como vengador enmascarado, y en sus primeros años portaba una pistola que no dudaba en usar. Posteriormente se desestimó el uso de armas letales para los superhéroes y, a la vez, se potenció la faceta detectivesca de Batman. También se empezó a cohesionar el futuro Universo DC, y los protagonistas empezaron a interactuar entre ellos, incluso a asociarse. Entonces se vio la riqueza de esa Tierra ficticia, donde cada superhéroe habitaba una ciudad diferente, y a la que se habían habituado (o viceversa).

Con todo esto, quiero llegar a la conclusión de que tal vez mi Batman "favorito" pueda ser el de la película "*Batman*", de Tim Burton. Lo digo por varias razones, algunas planteadas en los párrafos anteriores, y otras, aunque sacadas de ahí, que expongo a continuación. Como he dicho, para mí Gotham City es un personaje más, y la película de Burton así lo refleja. Por el contrario, para argumentar en contraposición de algo similar, en las películas de Christopher Nolan, con sus

aciertos y fallos, en los que no vamos a entrar ahora, no acierta a reflejar ese importante personaje que estamos comentando. Como he dicho en otras ocasiones, y he oído de boca de otros, el Batman de Nolan es un "James Bond con orejas", y se ha obviado gran parte de lo que convierte a Batman en lo que es. Eso se debe a la ola de "realismo" que se ha querido impregnar a la nueva tanda de películas de superhéroes, que opino que comenzó con la "*X-Men*" de Bryan Singer. Podemos estar de acuerdo en que muchas cosas del mundo del cómic no quedarían bien en pantalla (y menos en la Gran pantalla); pero de ahí a quitar gran parte de las señas de identidad de lo que se está mostrando, puede mediar un abismo. Una de las grandes imágenes del Batman de Burton es la primera aparición del héroe a espaldas de dos delincuentes; su llegada en silencio, bajando de las alturas, envuelto en bruma y tinieblas, es simplemente espectacular. Los diseños de la ciudad en dicha película dan para ello y más, son el escenario perfecto para que se mueva el Hombre Murciélago. Porque recordemos otra espectacular escena, que es la visión de la torre de la catedral donde El Joker tiene secuestrada a Vicky Vale; sólo eso, la visión de la torre, y la mirada que le echa Batman.

Cosas así son las que se echan de menos en las películas de Nolan, y en muchos momentos de los cómics (evidentemente, en 75 años tiene que haber muchos cambios). Por eso elijo a este Batman como "mi Batman"; porque es una buena película de superhéroes en una época donde estas escaseaban; porque tiene algunos aciertos en diseño, personajes, actores, ambientación, etc; por que es un compendio, un resumen, de los 50 años de historias del personaje... Como queda dicho, tiene errores, fallos y cosas que en dicha época no podían realizarse de otra manera; pero, desde mi punto de vista, es mejor que muchas del cine actual del mismo género, con muchos más medios, tecnología, presupuesto, apoyo de los



fans, etc.

Todo ello puede extrapolarse a su secuela, también dirigida por Tim Burton, "*Batman Returns*", pero lamentablemente no a los dos siguientes dirigidas por Joel Schumacher, lo que pudo haber incidido en un nuevo parón en la producción de este tipo de películas, dado el bajo nivel de las mismas, y el fracaso en todos los ámbitos de las mismas.

NO ENTRES

TEXTO: ALFONSO ZAMORA LLORENTE

ILUSTRACIÓN: DAVID AGUNDO



María preparaba sus maletas como cada año a mediados del mes de Octubre. En cuanto se aproximaba el duro e intenso frío del invierno madrileño ya estaba pensando en huir como un ave migratoria en busca de zonas más cálidas y acogedoras. Sus largos años trabajando le permitían salir de la ciudad cuando lo necesitaba y sus setenta primaveras desde luego no eran un impedimento, a pesar de sus primeros achaques propios de la edad. Alicante, siempre su destino. Ella vivía con su marido y uno de sus cuatro hijos, todos ya bastante mayorcitos e independizados. Salvo José, que a pesar de sus casi treinta añazos aún se aferraba al vientre materno como si de un bebé de teta se tratara. Él se quedaba en casa, las obligaciones laborales no le daban la libertad que tiene un jubilado para ir y venir a su antojo.

Sin problemas —piensa José— De ese modo podrá hacer y deshacer sin dar ningún tipo de explicación. *Mola*.

Según pasaban los días, María se iba poniendo cada vez más nerviosa por la proximidad de su viaje. La paciencia desde luego no es la mejor de sus virtudes y lo demuestra con creces. Su marido Tomás lo sabe bien de sobra y le falta tiempo para salir de casa a la más mínima oportunidad para reunirse en el bar con su amigotes. Pero el principal sufridor es José. Entre las miles de instrucciones que recibe por parte de su madre para poner la lavadora, el horno, que si regar plantas, que si bajar los toldos a determinadas horas y demás cosas propias de un hogar, su cabeza está a punto de reventar. Como cada año.

Desde que falleciera la abuela hace ya bastante tiempo, María disfrutaba de una libertad oculta para ella durante muchísimos años. La casa que ahora habita, antiguamente era una casa baja donde vivía son sus padres y sus cuatro hermanos. Con los años la casa se tiró y dio paso a un bloque con dos pisos nada más. El de la abuela que vivía en el primero, y el de María y Tomás en el segundo. Pero no

todo quedó derruido cuando la casa baja de aspecto pueblerino, y algo descuidada, sucumbió a las mazas rudimentarias de los obreros de la época. Y allí María formó una familia mientras su madre permanecía en su pisito junto con uno de sus hijos, el único que ha permanecido soltero de los cinco que tuvo. Él es Manolo y también viaja a Alicante junto con su hermana y su cuñado Tomás.

25 de Octubre, el día señalado por María en todos los calendarios de su casa, todo listo, todo a punto y nervios, muchos nervios por volver a pisar la cálida costa. Sus huesos se lo agradecerán.

—José por favor, no te olvides de regar todos los días las macetas de la terraza, el año pasado te cargaste unas cuantas— protesta María.

—Si mamá, vete tranquila, anda y deja de pensar en los tiestos y en la lavadora —responde José malhumorado.

Tomás no dice nada, se limita a dar dos besos a su hijo y a cargar con las pesadas maletas ayudado por Manolo y, a pesar de esperarles un taxi en la puerta, aún le queda bajar los dos pisos cargados como mulas. Como cada año.

—Llama cuando llegues, playera —comenta José con sorna.

—Hombre pues claro que llamaré, será lo primero que haga cuando pise Alicante. Encárgate tú de llamar a tus hermanos después. Adiós hijo.

Y tras dos sonoros besos, María desaparece tras la puerta para dejar una casa en silencio, con una relativa paz, inusual el resto del año.

José lo primero que hace es ocupar la habitación de sus padres, no todos los días puede dormir en una cama de matrimonio, y menos durante casi un mes y medio. Ya está harto de su colchón de noventa. Tumbado en la enorme cama de un metro cincuenta, José piensa en todas las posibilidades que se le presentan ante la ausencia de sus padres y de su tío. Recuerda que el año pasado no pudo celebrar la noche de Halloween porque un inoportuno constipado se lo impidió.

Pero este año será diferente, muy diferente. Con el móvil en la mano, comienza a mandar mensajes a sus amigos, a todos ellos el mismo texto:

Este Halloween fiesta en mi casa, no hagáis planes y disfrazaros de lo que os dé la gana. Confirmar asistencia y traer bebidas!!!!

¿Para qué más? Todos sabían que se quedaba solo durante un largo período de tiempo, y ya había dado el coñazo durante estos días con el tema. El día señalado, la noche del 31 de Octubre.

Durante los cinco días restantes que faltaban para la fiesta, José se dedicó a limpiar un poco la casa al volver de trabajar y a realizar alguna compra con lo necesario para el evento. Poca cosa, bolsas de patatas fritas y guarrerías por el estilo, refrescos y vasos y platos de plásticos. No le apetece fregar cacharros después de la fiesta.

Y por fin el día señalado, es sábado y José se levanta cerca de las dos del mediodía. Ante la duda de si desayunar o comer, se decanta por lo último y unas cuantas salchichas bailan en la sartén al ritmo del calor de la vitrocerámica. Después de una fortificante siesta, una última pasada con la escoba por toda la casa y a esperar a los invitados. Su disfraz está bien estirado en el armario, irá de pirata siniestro. La casa la ha medio adornado con una calabaza típicas de Halloween y unas velas en su interior que les dan un cierto tono de terror. Más velas por la casa y los altavoces de la mini cadena a punto para hacer temblar las paredes. Son las 21:30 cuando comienzan a llegar los invitados, Alberto, Iván, Víctor, Soraya, Montse, Verónica, Tamara y unos cuantos más agregados por alguno de ellos.

Perfecto, así habrá mejor ambiente, piensa.

Los disfraces de la peña son bastante divertidos, alguno desde luego no se ha esforzado mucho en conseguirlo, como es el caso de Alberto, con una sábana negra a modo de túnica que cubre su cuerpo y un poco de pintura roja simulando

una herida en la cara completa su peculiar atuendo. Todo lo contrario que el de Verónica, que ha elegido uno de vampiro que quita el hipo, casi no deja lugar a la imaginación. *A ver cómo acaba la noche* —piensa José pasándose la lengua por los labios. La noche transcurre con normalidad, fiesta, música, alcohol y muchas risas provocadas por el inconfundible Alberto y su sábana negra, que al arrimarse a una de las velas, provoca una enorme llamarada. El agua de un jarrón con flores que María tiene en el mueble del salón sofoca el pequeño fuego que sale de la sábana de Alberto, mojándole entero y provocando el jolgorio y las risotadas de todos los amigos.

De pronto, un enorme grito de mujer paraliza la fiesta de una manera radical; inmediatamente José para la música y se vuelve hacia el origen del espeluznante alarido. Todo el mundo calla y se mantiene expectante, los amigos se miran unos a otros tratando de buscar una explicación ante tan repentina e inoportuna interrupción.

—Quedaos aquí, voy a ver qué ha pasado —reza por lo bajo José.

El chico sale del salón para dirigirse al oscuro pasillo y, ante su asombro, la luz de la habitación de una de sus independizadas hermanas está encendida.

De nuevo se asoma al salón y mira a todos los colegas.

—¿Quién de vosotros ha ido a la habitación del fondo, la de la derecha? —Pregunta José extrañado.

—Yo he ido al baño, pero no he encendido ninguna luz; de todas formas vete a la habitación y mira qué ha pasado, ¿no? —responde un más que perjudicado Alberto.

José, al escuchar las palabras de su amigo, sale del salón de nuevo y al asomarse al pasillo la luz de la habitación ahora está apagada. Su mirada se queda clavada en la oscuridad que en esos momentos le rodea y, sin volverse por el miedo, camina hacia atrás hasta volver a encontrarse con la luz y el murmullo que

sale del salón. Observa a los presentes como haciendo un cálculo mental, sus labios se mueven levemente hablando para sus adentros. Todos le observan sin entender nada, el rollo hace tiempo que se les ha cortado y el bajón producido por el alcohol empieza a notarse en los ánimos de muchos de los presentes.

—¿Se puede saber qué pasa José? —pregunta Verónica.

—No lo sé, es lo que trato de averiguar.

José permanece en silencio, si no ha contado mal, allí no falta nadie, están todos los que invitó el otro día. Entonces... *¿Quién ha gritado?, ¿Quién esta jugando con las luces?* —piensa.

—Alberto, ¿puedes venir conmigo? —pregunta un José angustiado.

—Si claro, pero voy un poco mareado, que lo sepas —contesta con tono de cachondeo mirando a sus amigos y haciendo gestos con la mano a modo de burla.

El comentario provoca las risas de los demás que no pueden disimularlas, pero José no gesticula, su mirada sigue perdida en la negrura del pasillo. Los dos encienden la luz y avanzan despacio mirando por las habitaciones que van dejando atrás. La cocina, el cuarto de José y por fin llegan hasta el dormitorio de su hermana Ana. La puerta está abierta, y al intentar entrar ésta se cierra de golpe provocando el grito agudo de Alberto, fruto del miedo y de la evidente borrachera que tiene. Sangra abundantemente por la nariz debido al golpe. Sin esperar a ver más, Alberto sale corriendo hacia el salón para coger su abrigo y, sin mediar palabra, sale de la casa como alma que lleva el diablo dejando atrás a sus amigos con un sonoro portazo.

Todos callan, no saben que está pasando, si es que está pasando algo, pero desde luego los primeros comentarios de los presentes comienzan a inundar la estancia.

—José, ¿a éste que le ha picado? Casi se mata bajando las escaleras; además, creo que tenía sangre en la cara —pregun-

ta Manu bajo su máscara de Freddy.

—Chicos, es mejor que terminemos la fiesta, no sé que está pasando, pero es mejor que os vayáis, en serio — responde un apesadumbrado José.

—¡No jodas tronco! No cortes así el rollo, ¡que la mierda del disfraz me ha costado diez pavos en los chinos! —protesta Manu.

—Lo siento, si quieres te los pago pero os tenéis que ir —sentencia el chico.

Ante el estupor general y el visible enfado de muchos de ellos, los amigos de José van abandonando la casa dejando tras de sí las botellas de ron y whiskie a medio vaciar y un desorden desmesurado provocado por el baile y el alcohol. Tras la última persona en abandonar la casa, el silencio se apodera de toda la estancia, José está sentado en el enorme sofá en forma de “L” que su madre compró no hace mucho animada por el astuto vendedor de la tienda de muebles del barrio.

Tanto silencio abrumba al chaval, el cual le hace quedarse clavado en su asiento, incapaz de hacer un solo movimiento. Su propia respiración le inquieta, el corazón baila dentro de su pecho a una velocidad endiablada y su pierna derecha no para de botar en un movimiento reflejo.

—Tranquilízate joder, seguro que no es nada —reza José por lo bajo.

Pero es cuando un leve sonido, un “klik”, le hace volver al estado de alarma, ha venido del pasillo, desde su posición puede verlo, un resplandor tenue proveniente de algún punto de la casa.

—No me jodas... —susurra José.

El chico hace un alarde de valentía y se levanta hacia la entrada del salón, allí empieza el largo pasillo que distribuye las demás estancias de la casa. Al asomarse discretamente, comprueba que la luz del baño, al fondo del pasillo está encendida. Una gota de sudor recorre la mejilla de José, esta vez está completamente seguro de que antes no estaba iluminado. José avanza lentamente por el pasillo, sus ojos fijos en el cuarto de baño, deja atrás la cocina y continúa muy despacio hasta

aproximarse a una de las habitaciones.

“klik”

José para repentinamente al escuchar de nuevo el sonido inconfundible de un interruptor al ser pulsado. Vuelve la cabeza como si fuera una escena a cámara lenta y ni el ruido ni el posterior resplandor le ha engañado. La luz de la cocina se ha encendido.

Un escalofrío recorre la espalda del chico hasta helarle el alma, las piernas le tiemblan de una manera un tanto ridícula y, por fin, reacciona corriendo hacia su cuarto. Está al final del pasillo, justo a la izquierda del baño y, según avanza José, las demás habitaciones que va dejando a su paso se van encendiendo súbitamente hasta llegar a su cuarto, donde un sonido tétricamente familiar le recibe nada más llegar.

“klik”

Su moderna lámpara de focos halógenos ilumina de pronto toda la habitación ante sus propias narices, pero esta vez no deja que el terror que experimenta le bloquee y entra en su cuarto cerrando tras él la puerta, echando el pestillo; su cabeza le dice que así estará más seguro por si ocurre algo. Instintivamente apaga la luz y se tumba boca arriba en la cama con la almohada a modo de manta, la estruja como si le fuera a proteger de todos los males del mundo. Es entonces cuando repara en su ridículo aspecto, disfrazado aún de pirata y con la cara absurdamente pintada tratando de imitar a un Jack Sparrow cadavérico.

Que más da —piensa.

Durante unos interminables minutos, José permanece sumergido en un profundo silencio tratando de adivinar expectante cada ruido por pequeño que sea que salga del interior de su casa. Parece que todo está tranquilo, no parece notarse nada, el silencio solo es interrumpido por un grupo de chavales que botella en mano, van canturreando por la calle, animados por un alcohol que les recorre las venas. De nuevo la penumbra y la oscuridad se mezclan con la agitada respiración

de un asustado José.

Es entonces cuando lo escucha. Un ruido inconfundible de pasos se escucha en la lejanía de la escalera. Si su mente no le está jugando una mala pasada, alguien está subiendo desde el piso de abajo, donde vive su tío. La piel del muchacho se eriza como si estuviera atravesando el mismísimo polo norte desnudo y el vello permanece firme y tieso como un militar ante su superior.

—No puede ser, ¡no me jodas! Se me ha metido alguien en casa —susurra José intentando sumergirse en lo más profundo de su cama.

Los pasos llegan hasta la puerta de entrada para detenerse repentinamente. José cierra los puños imaginándose en plena pelea con el intruso, sus dientes rechinan, mezcla de rabia y miedo. Aún no está listo para enfrentarse al peligro que le acecha. Tras unos segundos que parecen horas, José logra reunir las fuerzas suficientes para levantarse y acercar su oreja a la puerta de su habitación. No escucha nada.

Extrañado y después de esperar al menos diez minutos, el chico se decide a abrir para ver lo que realmente se ha producido en su casa.

Con un sigilo digno del más astuto de los ladrones, José sale de su cuarto muy lentamente y se adentra en la oscuridad del pasillo. Las luces que antes estaban encendidas permanecen extrañamente apagadas, lo cual le demuestra que no solo abajo hay alguien. En su casa también. Con dos largos pasos José llega hasta la cocina y, a tientas en la negrura que la noche ha traído al piso, abre el cajón de los cubiertos y se apodera del cuchillo que su madre utiliza para cortar los trozos grandes de pollo. El filo del cuchillo brilla en la oscuridad como la espada “Dardo” de Frodo en la película de “El Señor de los Anillos”

—*Mala señal* —piensa irónicamente — Eso quiere decir que hay Orcos cerca...

De pronto, un ruido sordo procedente del piso de abajo hace que José casi

pierda su improvisada arma de la mano. A continuación suena la cisterna, alguien ha tirado de ella como si acabara de utilizar el baño. El corazón de José late a doscientos por hora. Con la mano en el pecho, trata de calmarse para no llegar a la taquicardia y posterior infarto. El sonido aun es evidente, primero fuerte para después ir desapareciendo paulatinamente.

—¡A tomar por culo! —grita José abalanzándose contra la puerta de salida y abriéndola de golpe.

Le recibe el frescor de la escalera y la más absoluta de las tinieblas, pero ni rastro de ningún intruso. José, consciente que ya ha hecho mucho ruido, no disimula sus pasos trotando escaleras abajo como un auténtico desquiciado.

La llave del piso está estratégicamente escondida bajo una bombona de gas butano que su tío, en una mala costumbre, tiene a la entrada de su casa. Se hace con ella apartando ruidosamente la bombona, al meter la llave en el bombín se le cae por el estado de nervios que le recorre el cuerpo. Por fin lo consigue y con un gran estrépito abre la puerta golpeando el tope que hay en el suelo, provocando un molesto ruido. El aire de la puerta al abrirse descuelga de su alcayata un cuadro con el escudo del Real Madrid que su tío tenía adornando la entrada a la casa, esparciendo el cristal protector por todo el suelo. José observa el destrozo pensando en la bronca que le va a caer de su tío por semejante pérdida, a saber que le dirá para amortiguar un poco su enfado. Pero ya lo pensará más tarde, ahora su mente está alerta por otro motivo, y ese motivo lo tiene delante de sus narices.

La luz del baño está encendida y aún se puede percibir el sonido de la cisterna, muy levemente, eso sí. A pesar del frío que siente José por todo su cuerpo por la falta de calefacción en el piso, una gota de sudor recorre su mejilla resbalando y precipitándose al vacío por su barbilla. Ya da todo igual, el chico corre por el pasillo entrando a trompicones por todas las estancias de la casa y soltando gritos ame-

nazadores intentando mostrar autoridad y miedo a su misterioso intruso.

Nada. José no encuentra nada en ninguna habitación. Abrumado, vuelve a entrar en cada una de ellas para quedarse tranquilo, mira en los armarios y debajo de las camas pero nada. Allí no hay nadie.

Apaga todas las luces y cierra todas las puertas y tras recoger los cristales del cuadro, sube a su casa para acostarse y olvidar todo de una vez. Mañana será otro día.

Con cierta parsimonia, se quita el disfraz que anteriormente le había hecho tanta ilusión y ahora le parece la cosa más ridícula que se había puesto en la vida. Ahora descansa en un rincón a los pies de la cama, fusionado con el suelo y revuelto como si lo hubieran pisoteado.

Ya con el pijama puesto, José acude a la llamada de la nevera, la cual lleva ya varios minutos llamándole a gritos. Su interior, no obstante, no alberga mucha esperanza para su necesitado estómago. Unas salchichas calentadas de mala manera en el microondas le consuelan momentáneamente, eso sí, bañadas en kétchup para poder mojar pan y así terminar de saciar el hambre. Últimamente solo come lo mismo.

La tele le acompaña durante su improvisada cena, se entretiene viendo un reportaje de “Callejeros” en Cuatro sobre las fiestas de Halloween.

—*Que les jodan a todos esos payasos* —reza por lo bajo José visiblemente enfadado por no poder continuar con su tan ansiada fiesta.

Por un momento su mente archiva en algún rincón de su cerebro lo acontecido en su casa y en la de su tío y se relaja viendo como unos chavales vestidos de Zombi tratan de asustar por la calle a los viandantes. Incluso se le escapa una breve sonrisa divertida. Los párpados empiezan a pesar y es cuando se percata de la hora.

—¡Las cuatro de la mañana! —dice en voz alta abriendo los ojos hasta el extremo.

Apaga la televisión y una vez llevado su plato de la cena a la cocina, se introduce en la oscuridad de su habitación sin ni si quiera encender la luz. Sin arrojarse por el edredón aún, permanece tumbado en su cama boca arriba con los ojos abiertos perdidos en las tinieblas que campan a sus anchas por su cuarto. Esta vez no ha preferido la cama de uno cincuenta de sus padres, la protección que le da su lecho le tranquiliza más.

4:30 de la madrugada, José comienza a rendirse ante el acoso insistente de Morfeo. Y entonces ocurre. De nuevo el grito desgarrador de una mujer retumba por las paredes alcanzando los tímpanos de José provocándole tal respingo, que acaba en la pequeña alfombra que descansa bajo los pies de su cama.

—¡Joder, joder! ¿Qué coño ha sido eso? —Repite José con el corazón aún en la boca.

De pronto, un enorme estruendo proveniente de la escalera vuelve a provocar la taquicardia del chico, que esta vez del susto se golpea la cabeza con la mesilla de noche, tirando el despertador hasta rebotar contra el suelo. Pero esta vez lo que le quedaba de valentía se había escondido en lo más profundo de su ser. Se queda inmóvil sentado ridículamente en el suelo, la cabeza le palpita molestatamente por el golpe pero eso es lo que menos le preocupa.

Allá afuera hay alguien o algo y no sabe que es lo que es. Y lo peor de todo, está solo. Completamente solo.

Y de nuevo los pasos, esta vez no se escuchan por la escalera, ahora resuenan claramente por el pasillo, como si alguien avanzara lentamente pero sin pausa hacia su habitación. De un salto, José se tira hacia su cama y como si le fuera a servir de algo, se tapa hasta la nariz con su edredón, dejando solo los ojos descubiertos para contemplar lo que está a punto de entrar en su habitación.

Los pasos se detienen repentinamente frente a su cuarto, José tiembla como un flan en la cucharilla de un enfermo de

Parkinson, se imagina mirando cómo la puerta se abre y un loco entra y le acuchilla repetidas veces con una saña desmesurada, para después desvencijarle la casa. Pero no ocurre tal cosa, lo que sea está parado frente a su puerta pero no se escucha nada más, la tensión es insoponible y su corazón late tan deprisa que José comienza a preocuparse por un posible fallo cardiaco.

El picaporte de su puerta se mueve levemente, se puede apreciar claramente cómo va girando lentamente, como si lo que está a punto de entrar no tenga ninguna prisa por realizar su cometido.

Pero antes de que José pueda reaccionar, la puerta termina de abrirse con tanta fuerza que golpea la pared clavando la manilla en la pared, desprendiendo un pequeño trozo de pintura.

La boca de José emite un grito agudo, no puede emitir ningún sonido más, el terror que recorre su cuerpo le atenaza de tal manera que es incapaz de reaccionar. Tras el portazo vuelve el silencio, los ojos del muchacho están fijos en el pasillo, pero allí no aparece nadie. Las primeras lágrimas comienzan a asomar tímidas por el rostro del chico, la tensión es insoponible y el miedo la invade el alma.

“clik”

De nuevo la luz. El pasillo ahora se ha iluminado súbitamente.

“clik”

“clik”

“clik”

“clik”

En unos segundos, toda la casa está plagada de luz menos la habitación de José. Sin dejar de mirar hacia el pasillo, José coge su móvil y marca el número de su hermana.

—¡Ana!, ¡Ana!

—¿Qué te pasa José? ¿Tú has visto la hora qué es?

—¡Joder Ana, está pasando algo en casa, tengo mucho miedo!

—A ver tranquilízate lo primero. ¿Ha entrado alguien?

—Si...no... ¡Y yo que sé coño! De re-

pende se ha iluminado toda la casa y he escuchado varios gritos. ¿Podéis venir por favor?

—¿Gritos? ¿Tú no habías montado una fiesta en casa de Halloween?

—Si joder, pero se fueron hace ya bastante y desde que se han ido están sucediendo cosas muy raras, ¡por favor venir a buscarme!

—Vale tranquilo, deja de dar voces, ahora Juan se acerca a por ti.

La hermana de José cuelga el teléfono dejando de nuevo al asustado chico solo ante la incertidumbre y el miedo.

Un golpe sobrenatural interrumpe sus pensamientos, una mezcla de metal y cristales rotos aderezado otra vez con un pavoroso grito femenino.

Esta vez, José corre en dirección al grito. Sea lo que sea lo quiere solucionar de una vez por todas. Se asoma a la cocina y entonces lo descubre. La ventana ha desaparecido. Muy despacio, se asoma hacia el patio del piso de abajo y allí la encuentra, completamente destrozada, con los cristales hechos añicos esparcidos por todo el terrazo.

-Pero qué coño...

Oscuridad.

Juan y Ana llegan a la casa de sus padres y mientras aparcan, observan la vivienda completamente iluminada. Los dos pisos.

Extrañados, tocan el timbre del portal. Nadie contesta. Insisten varias veces pero no consiguen respuesta.

—Abre con tus llaves Ana. —Juan señala el bolso de su mujer visiblemente nervioso.

Ana abre con la mano temblorosa la puerta que da acceso a la casa, los dos entran. La luz de la escalera también está encendida pero al cerrar el portal, la luz se desvanece y un grito desgarrador inunda cada rincón del edificio resonando en todo el barrio.

Tinieblas.

Mes de Noviembre, justo un mes más tarde de Halloween.

María y Tomás se reparten los carteles

que están poniendo por el barrio desde hace ya varias semanas, justo desde que recibieron la noticia desde su retiro al cantino. En ellos se lee el siguiente mensaje:

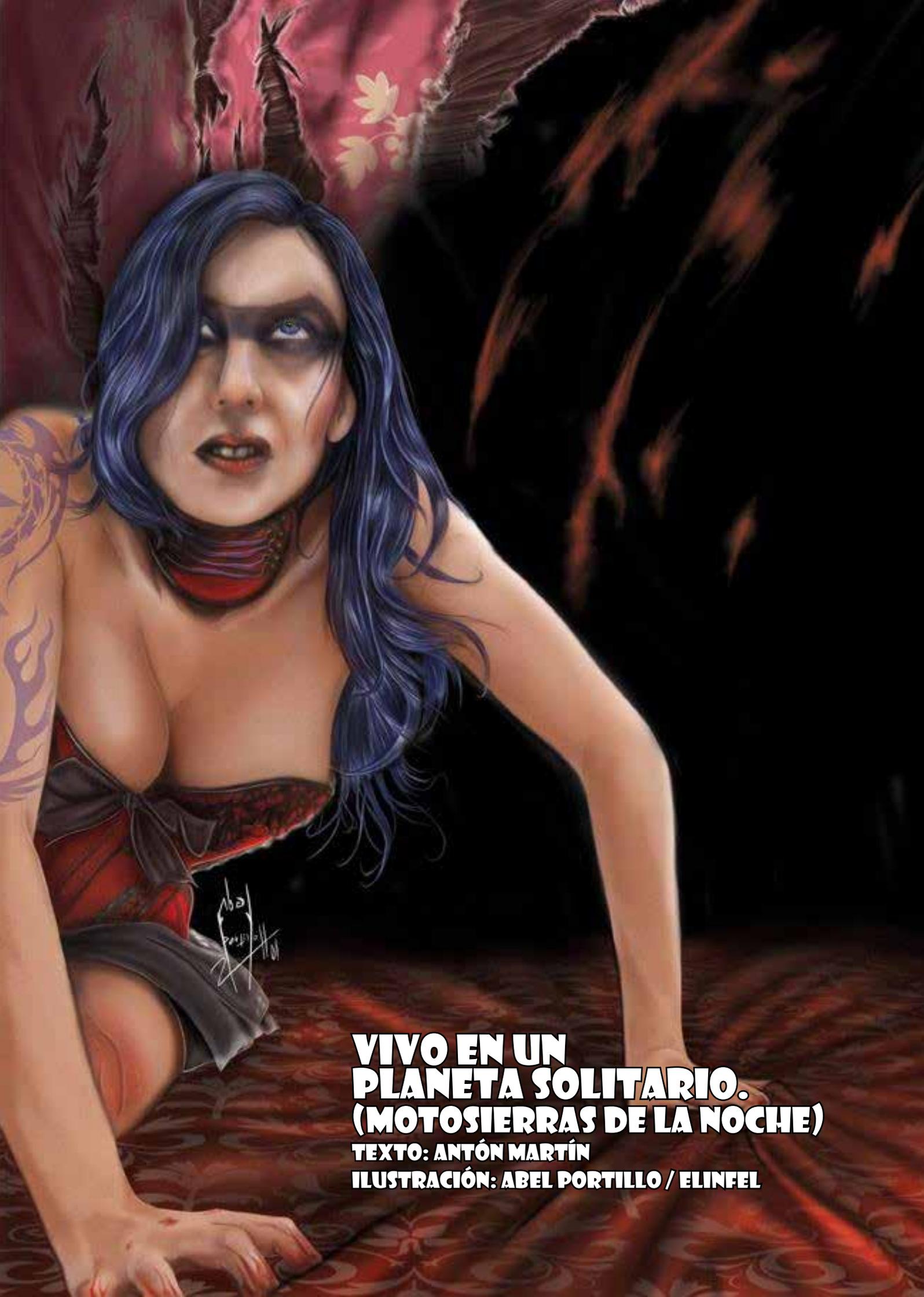
DESAPARECIDOS:

POR FAVOR, SI LES HAN VISTO, PONGANSE EN CONTACTO CON NOSOTROS.

GRACIAS.

Y las fotos de sus hijos y de Juan adornaban siniestramente los panfletos junto con los teléfonos móviles de sus padres.

Y en la más profunda oscuridad, donde la muerte y el dolor son los protagonistas, José, Ana y Juan gritan desesperadamente por salir...



**VIVO EN UN
PLANETA SOLITARIO.
(MOTOSIERRAS DE LA NOCHE)**

TEXTO: ANTÓN MARTÍN

ILUSTRACIÓN: ABEL PORTILLO / ELINFEL

Recuerdo aquella noche, ya era muy tarde y como siempre los semáforos se encendían y apagaban alternativamente para vehículos que no existían. Del verde al rojo ininterrumpidamente; era el ritmo de una ciudad dormida, perdida, deshabitada. Tomé conciencia de que estaba solo, como Walter Gripp, ese personaje de Bradbury en sus *Crónicas Marcianas* (The Silent Towns: 1949), de que todos se habían ido, mientras yo fumaba y permanecía en esa vigilia que me come las horas.

El fin de semana había estado en una ciudad del interior de la región, una joven apareció decapitada en el taller mecánico de su padre. La policía encontró el cuerpo exánime y su cabeza que había rodado tres metros hacia el norte y quedó mirando al cielo, con los ojos abiertos, pardos y aún soñadores. Una motosierra eléctrica Black & Decker ensangrentada aparecía como el único indicio de arma letal. El frío cordillerano de San Lorenzo penetró mi abrigo y extrañé un buen café. El sitio del suceso ya estaba acordado y luego de identificarme, el fiscal de turno me explicó su tesis.

Diecisiete años, adolescente, de nombre Angelina, había bajado sus calificaciones en el colegio, terminado una relación de noviazgo con un compañerito y formaba parte de una de esas tribus urbanas *emo-dark*. Al parecer, no soportó el quiebre, y decidió cortarse la cabeza con la motosierra de su padre. Punto. Eso era todo.

El Fiscal ordenó el ingreso de los peritos forenses y se despidió.

Mientras los peritos trabajaban midiendo y tomando muestras, observé el lugar. Un taller construido al costado y con acceso desde la casa de familia. De material metálico y con ese olor a fierro y esquirlas clásico de las maestranzas. Cerrado en sus cuatro costados, sin ventanas, y con una única abertura, un tragaluz en el techo desde el cual se veía el cielo estrellado. Ví la Cruz del Sur girando impaciente hacia el poniente. La motosie-

rra y la sangre en un gran manchón cerca del cuerpo, y la cabeza más allá. Miré sus ropas y su cuerpo, un tatuaje de un ser alado en su brazo izquierdo. Su pequeño cuerpo vestido de negro como un maniquí de goma en una postura improbable, bailando una danza triste y solitaria.

Pensé que algo no estaba bien, más allá de la inmensa estupidez que significa que una chica tan joven estuviese tirada sin cabeza a dos metros de mis zapatos. Algo no me parecía verosímil en el papel de la motosierra. Le di vueltas a la motosierra. Pensé en la tesis del suicido del fiscal. Me imaginé a la chica con la motosierra en sus manos intentando cercenarse le cabeza. No me cuadraba algo. El largo de los brazos de la chica, e incluso el de una persona normal, no parecía suficiente para arremeter contra la propia cabeza. Era cuestión de geometría y ángulos a menos, claro, que ésta se fijara a una base fija y luego se lanzara uno mismo con el cuello sobre ella... alguna vez leí de un caso parecido... pero a todas luces resultaba demasiado elaborado y nada daba cuenta de aquel súbito y metódico afán de última hora en el lugar de los hechos.

Definitivamente el supuesto suicidio de Angelina no me convencía. Pedí a los forenses que tomaran las medidas de longitud de brazos y del largo de la motosierra. Anoté los números en mi libreta y salí a la noche en busca de un café. Sospechaba la participación de otros en esto. De alguien o de algo más...

Cuando llegué en búsqueda de algo caliente al restaurante-bar los "Siete Grillos" olía a fritanga y vino añejo. Pedí un café y un *jamónqueso* y, para lo que olía el lugar, me sorprendió que el café fuera tomable, caliente y fuerte. Me quedé viendo el sándwich que se puso latigudo después de la primera mordida y como una chica, que parecía joven, se movía con agilidad entre las mesas, trayendo cervezas y pollos fritos, mientras los parroquianos miraban su retaguardia con avidez. Sentí que, otra vez, dentro de todo, estaba solo en el mundo pensando



en Angelina y su tatuaje cortándose la cabeza.

Angelina mirando el cielo a través de aquella abertura incidental, quizá la única salida que se le cruzó en su última y precipitada carrera, guiada por el desamor, la incomprensión, la emoción del momento, quien sabe, misteriosas pulsiones que atacan cuando nadie le acompañaba. O quizá sí. Pensaba en quien la acompañaba en ése último momento, quien sostenía la motosierra, quien verdaderamente colocó suavemente su cuello en ella. Cuál era el rostro que le miraba cuando su cabeza se desprendió del cuerpo para rodar por el frío cemento del taller.

Intento ponerme en ese lugar, respirar ese aire y mirar esa oscuridad de frente entre todo el descalabro que ocurre a mi alrededor, siento la urgente necesidad de ir al baño y me dicen que no se puede, que use el patio del restaurante, que el baño está malo o algo así... salgo y siento el frío en medio de la nada, a los costados una hierba mal cortada, tambores de combustible oxidados y una vieja camioneta Ford a la cual me acerco para derramar mi urgencia.

Miro al cielo mientras respiro profundo y veo las estrellas a una distancia incalculable. Logro concentrarme en algunas de ellas que empiezan a brillar con nitidez, ya he terminado de evacuar mi líquido tóxico sobre la Ford pero aún tengo mi miembro al aire y siento el frío que se cuela por la abertura del pantalón, pero no me importa, estoy mirando como brillan las estrellas y como cada vez es más luminoso y cegador el brillo. Siento un sonido agudo y suave aproximarse y subir de tono, me duelen los oídos, veo un rostro indecible... siento que mis brazos se separan de mi tronco y que mis piernas están dispersas en el aire, mi cabeza se desprende... me voy a negro.

Desperté tres días después en el dormitorio de mi departamento, tenía los oídos abombados y una sensación de pesadez en mi cabeza. Cuando abrí los ojos ví el rostro suave de Laura preguntarme

como estaba... *¡te encontraron borracho en el patio de un restaurante en San Lorenzo!*, me dijo, para luego reírse. *Duerme... necesitas descansar*, le escuché decir antes de marcharse. Yo guardé silencio.

Ya es de noche, hace horas que Laura se marchó, sé que no estaba borracho, un café por malo que sea, no ocasiona esto. Quizá el queso estaba podrido...

Solamente creo haber visto lo que Angelina vio. Creo haber sentido esa soledad que nos vincula con otras cosas, con aquellas inmensidades desconocidas, como es la gran soledad del Universo distante. Esa lejanía de las cosas, esa profunda y luminosa oscuridad de la ignorancia. Únicamente logré constatar algo que ya me daba vueltas hace años, y es que estamos ineludiblemente solos en este planeta que también adolece de la misma angustia existencial.

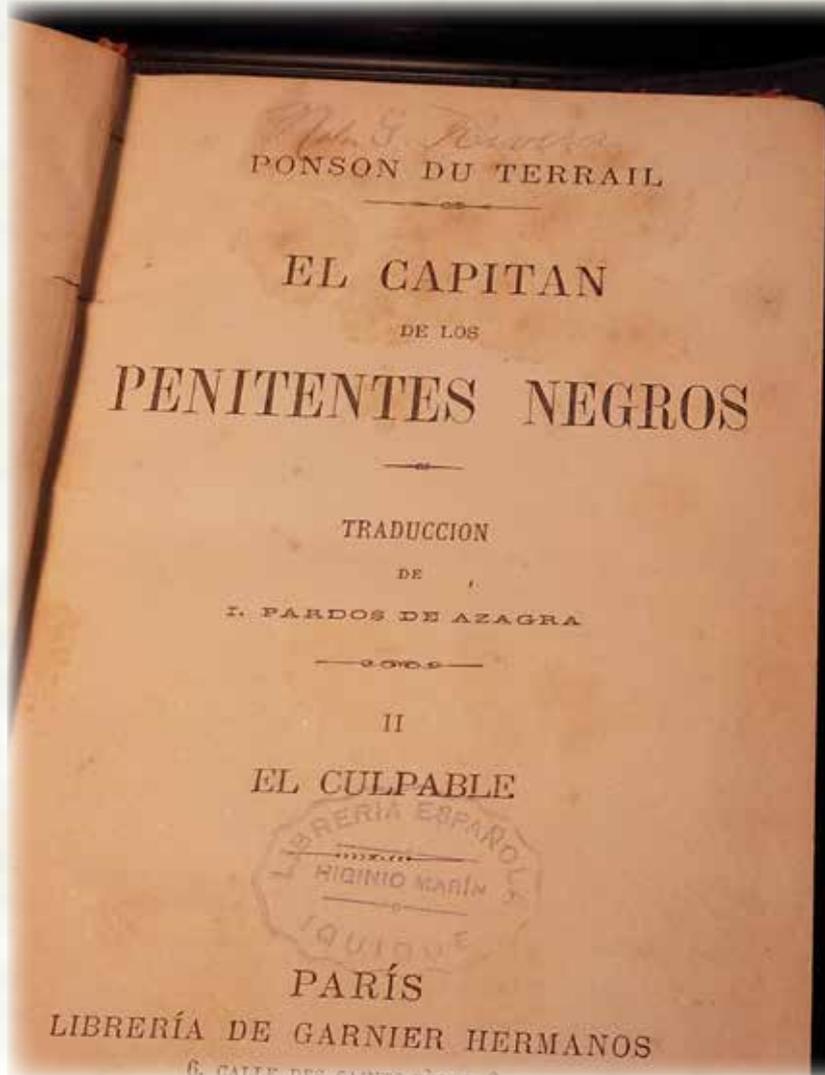
Ahora no nos queda más que mirar los semáforos, los mismos que silenciosamente guiñan sus verdes-rojos a automovilistas que no existen.

KINDLE VERSUS PAPEL

POR: MICHEL M. DEB

Llegó a mis manos hace pocos días, producto de un regalo muy especial adelantado de mi cumpleaños, un Kindle. Ya lo sé, no es una noticia para publicar, pero quizás es una buena oportunidad para dar una opinión sobre cómo nos llega la tecnología aún sin quererlo a las manos y como nos afecta.

Si, tengo un Kindle de quinta generación, bastante interesante. Debo admitir que hace meses le tenía ganas a tener uno, aunque un poco reacio ya que por formación siguen siendo los libros de papel mis preferidos; y con esto me refiero a que mientras más viejo sea, mucho mejor. El libro más antiguo que tengo en mi poder es "El



capitán de los penitentes negros" de Ponson Du Terrail, del año 1887, un regalo magnifico de una gran amiga. Cabe decir que al recibirlo, con solo ver el año de edición fue para mí una sorpresa apoteósica, como cuando Ash recibió su primera Pokebola, más aun en el excelente estado en el cual se encontraba.

Tengo muchos libros en mi colección, muchos de ellos ni siquiera los he leído, están esperando a que les ponga las manos encima... (risa friki). Sigo pensando que no podemos remplazar lo que significa tener un libro en la mano, su olor, textura y, quizás mas importante, su historia. Por donde viajó, con quien estuvo, su historia en general, personalmente eso crea la magia del libro. Cuando llegó el lector electrónico me sentí como niño con juguete nuevo, revisándolo, jugando y mayormente llenándome de una extraña sensación de querer más. Como un Nerd en la Comic-Con y con dinero

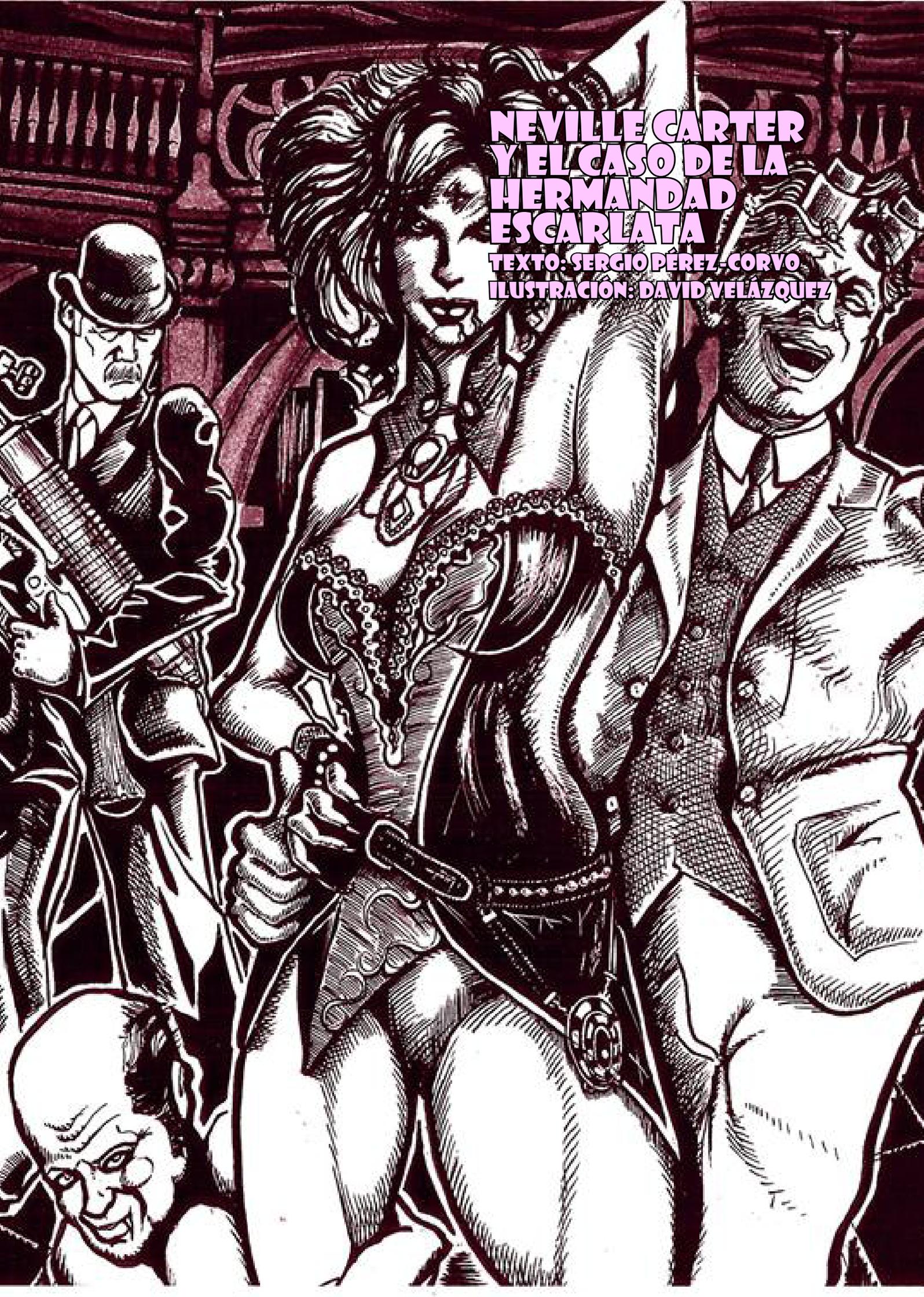


sin límites para gastar, o como Bender en su propio bar con juegos de azar y mujerzuelas. Tuve la rara sensación de querer llenarme de libros electrónicos, por lo que busqué en internet, en sitios de dudosa calaña, de esos que ustedes conocen bien, esos sitios con banners de mujeres moviendo sus traseros sugerentemente. Me pasé horas bajando colecciones completas, para darme cuenta que sólo quería los mismos libros que tengo en papel y, bueno, algunos mangas que otro amigo generosamente me regaló para leer. Horas para darme cuenta de que es bastante cómodo tener una tablet o e-reader para andar con tus joyas, pero no llena ese vacío que deja andar con kilos de más en un bolso, causándote una escoliosis por hacerlo tantos años, o parecer evangélico caminando por la calle por el solo hecho de llevar tus libros en la mano, o sencillamente el placer de llevar tu lectura incómodamente a todos lados.

Creo, y muchos de ustedes me encontrarán la razón, que nada podrá cambiar nuestros libros. He leído muchos artículos sobre como la industria cambiará dejando al papel en desuso y llenándonos de tarjetas de memoria. Sería muy triste, ya que como escritor siento que no hay mayor placer y orgullo que ver tu obra impresa, poder tocarla y admirarla, como lo hace un padre o una madre con su retoño, ya que al fin y al cabo son hijos en cierta medida. Para los que solo son lectores el romanticismo siempre estará al tomar un libro de un estante y llevarlo consigo, o la recomendación de tu librero de siempre. No como la fría tienda on-line que solo te muestra en vitrina quien tiene más estrellas y no siempre son los mejores.

Mientras, me iré a leer *“El juego de Ender”* al tiempo que toco la fría pantalla.

Los dejo con la inquietud, o tan solo un tema de conversación... un saludo y “Larga vida y prosperidad”



**NEVILLE CARTER
Y EL CASO DE LA
HERMANDAD
ESCARLATA**

TEXTO: SERGIO PÉREZ-CORVO

ILUSTRACIÓN: DAVID VELÁZQUEZ

Cuando el mensajero aporreó la puerta de mi casa sentí un estremecimiento recorriéndome el cuerpo. Nadie en su sano juicio sería capaz de llamar a esas horas de la madrugada, por lo que empecé a temer lo que encontraría mucho antes de abrir. Aún así, traté de mantener la compostura mientras recogía el ornamentado sobre y despedía al muchacho con un par de chelines. Comprendí que otro de aquellos extraños casos acababa de comenzar al ver el emblema del Club Diógenes estampado en el lacre de cera. Y como tantas otras veces antes, maldije mi condenada suerte, arrepintiéndome una y otra vez de la noche en la que, borracho y confiado tras mi primera publicación, acepté la apuesta nefasta por la que acabe convertido, juramento de honor mediante, en el biógrafo oficial de Neville Carter.

Durante lo que restaba de noche pateé los peores estercoleros de Londres tratando de dar con él. Pero no fue hasta el amanecer que por fin logré encontrar a mi jefe. Arrastrarlo desde el fumadero de opio en el que se había cobijado hasta la dirección del infame barrio de Limehouse que figuraba en la carta me costó otro par de horas. Cuando al fin llegamos, el inspector Lestrade, acompañado por varios guardias uniformados, esperaba en el quicio de la puerta sin atreverse a traspasar el umbral. La mirada que lanzó a Carter era elocuente aunque, siendo sincero y dado el aspecto de mi jefe, no había nada reprochable en ella. Neville Carter, agente especial del Club Diógenes, presentaba un aspecto deplorable. Llevaba el pelo sucio y enmarañado, el rostro sin afeitar y un oscuro cerco bajo los ojos que evidenciaba no menos de un par de días sin dormir. Aún así, su sonrisa insolente iluminaba su cara, dándole ese aspecto burlón que tanto incomodaba al policía.

—Buenos días, Inspector. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar hasta horas más decentes? —dijo mientras intentaba alisar su arrugada chaqueta— Me

extraña que no haya llamado a su amigo el consultor. ¿O acaso es que, Dios así lo quiera, ha cambiado usted de parecer con respecto a los métodos del Club?

Lestrade le miró con dureza y el ambiente, ya de por sí irrespirable, se volvió aún más tenso. Todos conocían la rivalidad entre los dos hombres. La opinión como charlatán que le merecía mi jefe al Inspector no era ningún secreto.

—Por desgracia para todos está en uno de sus *trabajos* y no se encuentra disponible. Un potentado americano, Sir Henry Baskerville, ha contratado sus servicios. —Gruñó el policía, aunque para aquel entonces Carter ya había entrado en el interior de la casa sin esperar respuesta alguna.

Entré tras él, pero al instante tuve que volver a salir, pálido y doblado por las arcadas. Había visto grabados en “La Divina Comedia” en los que se describía el infierno de una forma más amable que lo que se encontraba en el interior de aquella habitación.

—Señor Quinn, si no me acerca mi maletín, difícilmente podremos empezar con esto —Carter me sonrió asomándose desde la habitación como si todo aquello no fuera más que un juego para él.

Y en realidad así debía serlo. Si tuviéramos que creer los rumores que él mismo fomentaba, un huérfano rescatado de la Corte Feérica por el propio Merlín debía haber visto cosas mucho peores.

Entré en la habitación y procuré no mirar los cadáveres que colgaban boca abajo del techo meciéndose aún en sus sogas y tan resecos como momias incas. Eran siete y bajo estos, dibujado en el suelo, un círculo perfecto de sal atrapaba sus sombras.

—Interesante. Desde luego, esto no es obra de aficionados —Carter rebuscó en su maleta y se colocó unas extravagantes lentes provistas de patas cobrizas que sujetaban varios juegos de cristales— ¿Eso de ahí es un cráneo de troll?

Se acercó a un extraño brasero de patas retorcidas que se erguía en el centro

exacto del círculo de sal. Con cuidado, golpeó el deforme cráneo con un dedo antes de levantarlo y mostrárselo a los presentes con una sonrisa. Había sido vaciado para darle forma de cuenco.

—Son extremadamente difíciles de conseguir— una sonrisa lobuna iluminó su rostro— Hay que rasgar el velo de las tierras salvajes para conseguir uno.

Lo había visto otras veces, y siempre era igual. Una vez empezaba ya no podía parar. Carter era un adicto a la magia y a todo lo que tuviera que ver con ella. Eso era lo que le hacía tan bueno en su trabajo.

Y tan peligroso.

Las gafas comenzaron a zumbar cuando los relés que sujetaban los cristales giraron, cambiando las posiciones de las lentes. Tras un par de minutos en los que permaneció en silencio, Carter se quitó las gafas y me las tendió, invitándome a que me las probase. Sabía que si lo hacía tendría pesadillas durante meses, pero el honor me obligaba. Si tenía que dar testimonio de sus extrañas aventuras, debía mirar las cosas que él veía. Así que me las puse y al instante sentí como algo se retorció en el interior de mi estómago, luchando por salir. Los cuerpos que colgaban del techo estaban cubiertos por una neblina rojiza que se les superponía. Una sombra de lo que habían sido en vida. Y esta imagen, estos fantasmas, se retorcían con las caras desfiguradas en muecas de extremo dolor mientras zarcillos carmesís surgían de sus cuerpos hacia el cráneo que reposaba sobre el brasero. Como si aún estuviesen vivos, estos hombres extendían sus brazos hacia mí. Implorando que acabase con su sufrimiento.

Me arranqué las gafas y las lancé sin ceremonia al interior de la maleta, rogando por no volver a verlas nunca más en toda mi vida.

—Señor Quinn, recuérdeme que, en cuanto tenga lugar, le escriba una misiva de agradecimiento al Dr. Kilner. Sus cristales de auras funcionan a la perfección.

Lestrade y el resto de policías conti-

nuaron mirando fascinados las idas y venidas de Carter por toda la habitación. Ajeno al temor supersticioso de los hombres que lo rodeaban, Carter estudió los cuerpos, palmeándolos de forma desvergonzada como si del trasero de una mujer se tratase. Desdibujó el círculo de sal de una patada, haciendo que esta siseara y se ennegreciera al momento. Por último, recogió el cráneo y lo estrelló con fuerza contra el suelo, convirtiéndolo en añicos. Se sentó frente a la chimenea y, con exquisito cuidado, depositó frente a esta un tarro de miel. Con gesto duro instó a todos los presentes a que guardaran silencio. Y solo entonces su gesto se suavizó y, por un momento, pareció como si escuchase algo antes de ponerse en pie sonriendo.

—Señores, lo que ha pasado aquí es muy simple —dijo dirigiéndose a la concurrencia con gestos teatrales —Alguien ha torturado a estos pobres diablos para drenarles los años de vida que les restaban y atrapar la esencia de estos en la botella que descansaba sobre el cráneo ceremonial.

Los policías se miraron entre sí, tratando de entender lo que Carter les estaba diciendo. Sólo Lestrade parecía ajeno al estupor general. Avanzó un par de pasos y se situó frente a Carter.

—Ya veo, ¿está usted escuchando lo que dice? ¿Robar años para guardarlos en una botella? ¿De dónde, en nombre de Dios, saca usted semejantes tonterías? No es más que un charlatán de feria.

—De las evidencias que hay diseminadas por toda la habitación —se giró y señaló la repisa sobre la que aún descansaba el tarro de miel. No pude evitar fijarme en que faltaba más de la mitad de su contenido— Y de los testigos. —Dio una palmada con fuerza que pareció despertar a los policías que le rodeaban— Queda poco que ver aquí. Sin lugar a dudas, lo mejor que podrían hacer es quemar la habitación entera.

Aún sonriendo, se marchó de allí con paso tranquilo mientras me hacía gestos para que le siguiera.

—¿Cómo ha sabido todo eso? —le susurré al pasar junto a él.

—Si hubiera prestado más atención a las canciones cuando era pequeño, sabría que cada casa tiene su propio duende, su *brownie*. No tiene ni idea de lo que esas criaturas son capaces de contar por un poco de miel.

Las paredes de Bethlem se alzaban monstruosas contra el cielo nocturno. Aquel lugar emanaba una atmósfera tan insana que hasta los caballos que tiraban del carruaje relincharon, negándose a continuar su marcha cuando pasamos frente a la puerta. Carter bajó de un salto y, siguiendo sus pasos a regañadientes, entramos en la Casa de los Locos.

—¿Qué se supone que podríamos descubrir en un sitio como este? —pregunté sin esforzarme en ocultar la incomodidad que me provocaba el lugar.

Carter me miró y sonrió.

—Vampiros —dijo haciendo el signo de la cruz con sorna —Por lo que creo, son los responsables de este entuerto. Y este es el mejor sitio en el que conseguir información para luchar contra ellos.

Miré la mole del edificio más preocupado aún que antes.

Andamos por aquellos deprimentes pasillos, guiados por el enfermero y el billete que habíamos metido en su bolsillo, hasta que llegamos a una de las habitaciones más oscuras y enfermizas del sanatorio. Leer el nombre de su inquilino en la tablilla que colgaba de la puerta me hizo reconsiderar, una vez más, la conveniencia de continuar con mi juramento para con Neville Carter.

El anciano estaba sentado desnudo en un rincón, balbuceando incoherencias en holandés. Tenía la cabeza afeitada y tanto en sus sienes como en la frente, resaltaban pequeños cortes burdamente cosidos. Victor Van Helsing, el médico notoriamente conocido por haber asesinado y viviseccionado a Lucy Westenra y a su amante —un noble rumano cuyo nombre había sido ocultado para evitar

un escándalo internacional— había sido internado cuando comenzó una absurda y cruenta cacería entre la aristocracia local, a los cuales acusaba de vampirismo. La propia reina Victoria, acosada por la nobleza, había firmado el edicto de internamiento. Y así había acabado la historia de aquel infame personaje. Lo habían encerrado aquí y habían tirado la llave. Sin embargo, todavía había quien creía en los delirios paranoides del anciano y daba crédito a sus absurdas historias sobre vampiros. Cualquier persona normal, que no hubiera visto como yo gusanos carroñeros extra dimensionales del tamaño de Iglesias, aquelarres de hombres lobos y otras blasfemias aún más extrañas, habría hecho bien en olvidar al viejo doctor y sus desvaríos. Pero, por lo que parecía, Neville Carter era uno de esos pocos locos que aún daba crédito a las palabras del holandés.

Por desgracia para mí.

Carter permaneció un par de horas encerrado en aquella celda, exprimiendo el cerebro mutilado del cazavampiros en busca de cualquier resquicio de información que le ayudase a resolver el misterio de la matanza de Limehouse. Cuando salió de allí, su sonrisa era más ancha que de costumbre.

—Mi buen amigo, sin duda haría bien en conseguir un arma —continuó andando hacia el carruaje que esperaba tras los muros— Y un crucifijo.

Creo que nunca, en toda mi vida, he pasado una noche tan angustiada como aquella. A pesar de que los esperábamos, y del tiempo que invertimos en preparar el inevitable encuentro, la forma en la que nos asaltaron los vampiros, fue tan inesperada que nos pilló totalmente por sorpresa.

El plan de Carter era osado por su simpleza. Agita un avispero, dijo, y las avispas no tardarán en salir. Después de haber visitado a Van Helsing, éramos conscientes de haber atraído la atención de los chupasangres, por lo que decidi-

mos atrincherarnos en la planta baja de la casa en la que residía. Carter aprovechó la espera para ponerme al día sobre todo lo que había de cierto en el folclore referente a los *nosferatus*. Sí, eran mucho más fuertes que cualquier humano. Y sanaban con mayor rapidez. Pero sólo los más viejos y poderosos eran capaces de proezas físicas sobrehumanas, o de hacer gala de poderes tales como transformarse en niebla o adoptar la forma de animales. Alguien lo suficientemente tenaz o preparado podría devolverlos a la muerte a la que pertenecían.

Recé en silencio porque el viejo holandés no se equivocase.

Supusimos que atacarían la planta en la que nos encontrábamos por eso, cuando llegaron volando, nos ganaron la iniciativa.

Eran tres, y aparecieron trazando espirales de humo en el cielo estrellado. Sus monturas voladoras eran una locura producto de la ingeniería más desquiciada jamás imaginada. Gruesas correas cruzadas al pecho sujetaban a los *nosferatus* a un sillón de cuero del que sobresalían seis conductos dorados, tres a cada lado del artefacto, de una apariencia similar a la de los tubos del órgano de una iglesia. Por medio de una serie de palancas sujetas a la estructura, los vampiros dirigían el ingenio a través de los aires en medio de un maremágnum de ruido y humo.

Carter quedó fascinado, mudo a mi lado e hipnotizado por las idas y venidas de las extrañas máquinas. Casi podría jurar que estaba disfrutando de todo aquello. Entonces, uno de los demonios se plantó a una veintena de metros del balcón desde el que oteábamos el exterior. Y extendió un brazo hacia nosotros. Un guantelete metálico cubría su mano derecha. Tantos eran los cables que lo recorrían que el tamaño de su mano resultaba grotesco en relación al del cuerpo. Rayos de color púrpura comenzaron a arremolinarse alrededor del ingenio, crepitando y llenando la noche con su luz violácea, surgiendo como una tormenta de la bobi-

na plateada que crecía en la palma de su mano como un champiñón metálico.

Tan embobado estaba que apenas sentí el empujón cuando Carter me placó como un jugador de rugby, lanzándome por los aires. La balconada en la que habíamos estado segundos antes explotó en mil pedazos, diseminando ladrillos y argamasa hasta el propio Támesis. La risa del vampiro se clavó en mis oídos como un alfiler mientras, cubierto de polvo, blasfemaba, mortalmente asustado.

—Quinn, no se quede ahí quieto. Estos malnacidos vienen a llevarse nuestra piel. Y no se conformarán con otra cosa. Así que, ¡espabile por Dios!

Aún escupiendo polvo, levanté la escopeta. Aunque Carter había insistido en la inutilidad de mi arma, invitándome a que escogiera una de sus ballestas con virotos bendecidos —lo que aún hoy sigue pareciéndome harto sacrílego— seguía confiando en el viejo trabuco que tantas veces me había salvado la vida. Sólo tenía dos disparos, pero el terror que sentía era tal que tiré de sendos gatillos, vaciando los dos cañones a la vez, decidido a acabar con el monstruo que se acercaba de una tacada. El disparo, que a semejante distancia hubiera partido a un buey por la mitad, apenas pareció afectar a aquel ser de ultratumba. Su boca se abrió hasta límites imposibles y las crueles agujas de sus dientes me regalaron una sonrisa infernal.

—¡Quítese de en medio Quinn! A ver qué te parece esto, asqueroso engendro— gritó Carter.

Abrió su levita y vi un cinto cruzándole el pecho. Con movimientos gráciles, extrajo el revólver más grande que jamás había visto en mi vida. A pesar de la tensión del momento, la belleza demente que destilaba aquella arma atrapó mi mirada. Se trataba de un enorme trabuco provisto de tres cañones plateados que giraban sobre un único tambor. En la boca de cada cañón, y tallado con suma delicadeza, aparecía la cabeza de un perro de fauces grotescas y semblante diabólico.

No sería hasta mucho más tarde que tendría conocimiento de que *Cerbero* era el nombre de tan extraña arma.

Carter disparó, y la absurda detonación tronó en mitad de la noche. El proyectil voló hacia el vampiro, pero algo insólito sucedió a mitad del camino. La bala, tan enorme que aún hoy juraría pude percibirla durante el vuelo, se despedazó, y de su interior surgió una enorme bola de fuego. Podría jurar que, por un instante, la llama tomó la forma de un ser musculoso de apariencia casi humana antes de golpear al vampiro, envolviéndolo en su fuego. Tanto el nosferatu como su montura fueron calcinados en el acto.

El tiempo pareció detenerse. Los otros dos vampiros se pararon en seco, impresionados por el poder destructivo del arma que blandía mi amigo. No hacía falta ser especialmente perspicaz para darse cuenta de que ninguno de ellos tenía intención de sacrificar su inmortalidad a la ligera. Pero debía haber algo que los asustaba aún más que el flamígero revolver porque, tras pensarlo escasos segundos, se lanzaron a la carga con renovado frenesí.

Me dejé caer justo a tiempo de evitar que uno de aquellos demonios me arrancara la cabeza de los hombros. Pasó zumbando sobre mí como una enorme avispa. Carter había trepado al tejado del edificio y estaba plantado allí, con las piernas abiertas y apuntando con firmeza. Esperando la acometida del vampiro. El segundo disparo resonó en la noche con la misma fuerza que el anterior, y del monstruo sólo quedó una nube de sangre negra, metal y tuercas chamuscadas.

El último de los nosferatus permaneció suspendido en el aire, debatiéndose entre la opción de huir o de quedarse y luchar. En ese momento, la ventana del edificio gemelo al que nos encontrábamos, se abrió de golpe, y la señora Kipling se asomó al exterior. Blasfemaba de forma muy poco femenina, con el camisón ondeando al viento, atraída sin duda por el ruido de la batalla.

Su interrupción fue poco afortunada y proporcionó al vampiro la distracción que necesitaba. Como una exhalación, el monstruo la agarró por el pelo y, de esa guisa, la zarandeó por los aires.

En las noveluchas de terror de a penique y en los cuentos del folclore popular, siempre se describe el mordisco del vampiro como algo sutil. Una mordedura que apenas deja dos orificios en el cuello de su víctima, casi ilocalizables a no ser que se estén buscando adrede y, generalmente, por un experto. Lo que vi aquella noche se alejaba sobremanera de esa descripción. El vampiro abrió la boca y esta pareció descoyuntarse. Por un instante, el monstruo se asemejó a una serpiente que desencajase la mandíbula pretendiendo tragarse entera a la mujer. El cuello de la señora Kipling desapareció entre aquellas fauces, y la bestia cerró la boca con un chasquido repulsivo. La sangre corrió por el pecho de la criatura justo antes de que, apuntando hacia mí, decidiera lanzarme el cuerpo de la pobre —y ya difunta— señora Kipling. El cadáver impactó de pleno contra mi espalda, arrojándome al vacío. Gracias a los setos que cubrían el estrecho jardín de la casa, pude frenar mi caída lo suficiente para evitar un destino funesto. Me levanté magullado, a tiempo para ver como Carter disparaba el último proyectil de su extraña arma.

Pero esta vez, la criatura de fuego apenas rozó el artilugio volador.

—Cochina suerte. Adiós a mi último *Ifrit* —lacónico, Carter dejó caer la pistola descargada a sus pies.

El vampiro gruñó de rabia y apuntó su guantelete hacia él. El techo reventó en una cascada de tejas rotas, dejando un agujero enorme en el lugar donde había estado mi jefe apenas un segundo antes. Carter apenas pudo saltar en el último momento. La explosión eléctrica que sobrevino al ataque del guante vampírico lo lanzó por los aires, estrellándolo contra una chimenea que acabó convertida en escombros. Embravecido por su suerte, pero temeroso de seguir el destino de sus

compañeros, el vampiro se lanzó a la huida mientras Carter, tosiendo sangre y polvo, luchaba por ponerse en pie.

Siempre he odiado las persecuciones por los tejados, sobre todo desde que nos las vimos con la gente pez de Innsmouth, pero cuando mi amigo se puso en pie, y aún destrozado como estaba, corrió en pos del vampiro, no pude menos que maldecir y, por cuestión de puro honor, trepar por la oxidada cañería que daba al tejado, tratando de seguir la demencial carrera que se desarrollaba ante mí.

El vampiro zumbaba por los aires, utilizando su ingenio mecánico para alejarse de nosotros. Por más que empezaba a sentir el sabor cobrizo de la sangre en la garganta debido al esfuerzo, comprendí que nunca conseguiríamos darle alcance. Carter pareció entenderlo también. Pero él era mucho más obstinado de lo que yo nunca llegaré a serlo. Se agachó y, tras rebuscar en sus bolsillos, acercó una pluma blanca a sus zapatos. Sin pensar en el precio que tendría que pagar después, —ya le había visto utilizar magia simpática antes y conocía sus trampas— trazó sobre estos el símbolo de Hermes. Al instante, sus pies comenzaron a temblar de forma extraña. Ajeno a esto, comenzó a correr, sólo que quizás esa no fuera la palabra exacta para describir su movimiento. Más bien parecía volar sobre las tejas. Elevado apenas diez centímetros sobre el tejado, sus pies se movían con tanta velocidad que se desdibujaban a cada paso.

Comenzó a ganar velocidad, tanta que el vampiro que volaba aún alejado, se giró y desesperado, se lo jugó todo a una última carta. Mientras observaba cómo Carter recorría los metros que los separaban, giró con furia un dial de su guantelete. La bobina de la palma de su mano zumbó con violencia, llenando el aire de crepitaciones y relámpagos morados. Desde donde me encontraba, y a pesar de la distancia, sentí como los pelos se me ponían de punta. El chupasangres apuntó con cuidado.

Y disparó.

El cruel rayo mortal se precipitó sobre mi amigo y sólo el azar, la providencia o la terrible luxación lumbar que siguió a su osado movimiento, tuvieron a bien apartarlo de su trayectoria. El rayo impactó contra el edificio y, por un instante, pareció que nada sucedería. Entonces la construcción comenzó a pulsar siguiendo el ritmo de un corazón enfermo mientras los ladrillos de su fachada se ennegrecían y humeaban. La explosión fue tan fuerte que, a pesar de que me encontraba a muchos metros de allí, el aire caliente me elevó como si fuera un muñeco de trapo y me zarandé por los aires.

Por un momento, en Londres amaneció de súbito.

Cuando abrí los ojos, un enorme cráter humeaba en mitad de la calle. No había rastro del vampiro ni de mi amigo. Desesperado, le llamé a gritos, ajeno a las miradas de los vecinos y curiosos que comenzaban a atestar la calle.

—Oiga, Quinn, ¿podría echarme una mano? —la voz de Carter llegó cansada y rasgada, rasgando a duras penas la densa cortina de polvo— Tengo los pies destrozados. Dudo mucho que pueda dar un solo paso más en días.

Busqué en ambos lados de la calle sin encontrar el origen de la voz, hasta que, desde la cúpula de la pequeña Iglesia de St Clements —justo en mitad de la calle Strand— vi ondear la mano de mi colega tratando de atraer mi atención.

—No va a ser fácil bajarlo de ahí, pero creo que merecerá la pena —gritó Carter—¿Tiene aún la cubertería de plata? Estoy más que convencido de que la vamos a necesitar.

Seguí la dirección que señalaba mi amigo. En la veleta de la iglesia y atravesado como una mariposa por un alfiler, el vampiro se retorció intentando escapar.

—¿Así que, no hay nada más que quiera contarnos? Bien, si insiste —Carter se inclinó sobre el vampiro, y tras forcejear un rato en el interior de su boca, sacó de esta algo que brilló, blanco, atrapado en

la punta de las tenazas.

El vampiro se retorció de dolor, tratando de liberarse de las correas de cuero que le mantenían sujeto a la silla. Mi cubertería al completo sobresalía de las zonas más inverosímiles de su cuerpo, dándole el aspecto de un grotesco puercoespín plateado. Por un instante sentí pena por el vampiro. Entonces me obligué a recordar que, de no ser por la plata que contaminaba su torrente sanguíneo y lo debilitaba, la bestia nos habría desgarrado el cuello en cuestión de segundos. Tal y como había hecho con la señora Kipling.

Carter se levantó de la silla y, tarareando una melodía ligera, se acercó a la mesita en la que reposaba su instrumental quirúrgico. Con delicadeza, cogió una de las manos del vampiro y, con un rápido movimiento, dio un corte limpio en la muñeca. La sangre oscura comenzó a gotear en la copa que había dispuesto bajo la herida. Sin pensarlo dos veces, y una vez esta estuvo llena, apuró de un trago su contenido. Las arcadas deformaron su rostro, pero se esforzó por sonreír al vampiro. Contemplé a mi amigo con aprensión, fascinado por la determinación que impulsaba sus actos. Sabía que había tenido que hacer cosas inimaginables para una persona cuerda para obtener la magia y el conocimiento del que hacía uso. Aún así, ver una vez más su falta de escrúpulos me retorció el estómago. Al instante, y de forma milagrosa, las heridas del cuerpo de Carter comenzaron a cerrarse de forma antinatural.

—Sabe Wilde, podría dejarle ahí donde está, y utilizarle como botiquín durante años antes de que terminase por consumirse. Estoy seguro de que eso le volvería loco. Pero no conozco ninguna ley que proteja a los monstruos como usted. Y le aseguro que nadie me impediría hacerlo. Imagínese —hizo una pausa en la que aprovechó para examinar las crueles heridas de sus pies, ahora sanadas— ¿Cuánto tiempo cree que podría aguantar? Usted me resultaría extremadamente útil.

El vampiro se estremeció de terror.

Tuve que apartar la mirada para no sentir lástima. Y entonces le reconocí. Las gafas de cristales oscuros que se había ceñido al rostro mientras conducía el artilugio volador no me habían dejado hacerlo.

Oscar Wilde, el notorio escritor, poeta y dramaturgo, comenzó a llorar.

—Fue ella quien vino a nosotros. Ya nos conoce, Carter. Los aristócratas, los poetas... siempre nos ha cautivado el misterio de lo oculto. Llegó sin que nadie la conociera, y nos mostró los Dones de la Noche. No fue difícil para ella seducirnos. Estábamos hastiados de esta existencia monótona. Todos queríamos ser como ella, recibir su regalo —hizo una pausa en la que miró suplicante a mi amigo, buscando su comprensión— ¿Quién no querría vivir para siempre, Neville? ¿Ser más poderoso de lo que nunca hubiera soñado? Nos abrazó como hijos, formó la Logia de la Hermandad Escarlata. Y a cambio, sólo nos pidió una cosa. Que la ayudásemos a traer de vuelta al Padre Oscuro. Nos prometió que cuando despertarse, nos convertiría en Dioses. Nuestra casta sería fuerte, y nosotros los seres más puros de la creación.

El vampiro le lanzó una de aquellas miradas soñadoras con las que se había hecho famoso entre la aristocracia local. Carter se puso en pie y comenzó a rebuscar en el armario en el que guardaba los enseres y libros por los que hubiera sido quemado siglos atrás. El dramaturgo siguió llorando, tiñendo su cara pálida con regueros de sangre negra.

—Dígame entonces donde se reúne la Hermandad Escarlata.

—Eso... eso es imposible. Usted no los conoce —el miedo que reflejaban sus ojos era muy superior a cualquier cosa con la que pudiéramos amenazarle— Si se lo digo, me matarán mil veces.

Carter giró con rapidez y una estaca cubierta de grabados pareció crecer en el pecho de la criatura, justo una décima de segundo antes de que el sable de húsar le separase la cabeza del cuerpo.

—Usted ya está muerto, Wilde.

Abrí los ojos con espanto mientras el cuerpo del poeta se convertía en cenizas en apenas unos latidos de mi corazón asustado.

—Quinn, llame a Oliver, por favor. Tenemos que ponernos en contacto con el Club Diógenes. Necesitamos muchas cosas, y disponemos de muy poco tiempo.

Oliver era un granuja, pero eso no lo hacía menos valioso. Era el líder de una banda de jóvenes carteristas ahora en deuda con el Club Diógenes, desde que Neville Carter les había liberado de su antiguo empleador: un judío repelente de nombre Fagin que, durante años, había esclavizado y abusado de los muchachos. Desde entonces, la lealtad del grupo para con el Club había sido incuestionable. Además de las obvias labores como informadores que realizaban, los chicos se encargaban de transmitir los mensajes entre el Club y sus agentes de una forma tan discreta y eficaz que hubiera sido la envidia del correo del Zar.

El muchacho entró en la habitación y estrujó la gorra contra su pecho. Su mirada saltaba entre el montón de ceniza con forma humana que comenzaba a esparcirse por el suelo y la figura de mi amigo que, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, sostenía un péndulo mojado con la sangre del vampiro sobre un mapa de la ciudad. Oliver había visto lo suficiente para saber que no debía hacer preguntas.

—Buenas noches, señor Twist. Tenga esto, y dígame a quien corresponda que voy a necesitar todo lo que incluye la lista. También precisare de un carruaje. Vamos a tener que desplazarnos en breve —Sin desviar la mirada, Carter le tendió con la mano libre una nota garabateada con su caligrafía retorcida.

—Señor, se va a necesitar mucho tiempo para reunir todo —dijo el muchacho guardando la nota en el bolsillo de su chaqueta.

Carter continuó haciendo oscilar el péndulo. Una gran gota de sangre se formó en la punta de este y, tras unos segun-

dos de incertidumbre en los que pareció que nunca caería, se estrelló contra el mapa.

—Me temo, muchacho, que tiempo es de lo que menos disponemos.

La gota de sangre inundaba el lugar donde se encontraba el Parlamento.

Como cada vez que entraba a aquella retorcida arboleda a la que llamaba las Colinas Huecas, Neville Carter reapareció en el claro con la ropa hecha jirones, cubierto de pequeños cortes aún sangrantes y con una mirada enloquecida en los ojos. Dejó caer al suelo la barra de hierro frío que colgaba flácida de su mano —impoluta al principio de la noche y cubierta ahora de pequeñas quemaduras y pegotes de grasa— y se dejó caer contra el carruaje, visiblemente fatigado y desorientado.

—Quinn, dígame cuanto tiempo ha pasado —buscó en un arcón del que sacó una botella de coñac para beber, directamente y sin ceremonia alguna, del gollete.

—Apenas cuarenta minutos desde que entró al bosque, Neville —sus ojos cansados respondieron sorprendidos mientras se sacudía el polvo brillante que cubría su levita.

—Santo Dios. Cada vez se me hace más difícil tratar con la Buena Gente—volvió a dar un trago de la botella— Creo que va a pasar una larga temporada antes de que se les olvide la visita de esta noche. Aún así, creo que ha merecido la pena.

Satisfecho, dio un par de golpecitos al extraño cinturón que, repleto de pequeños bolsillos, ceñía su escuálida cintura. Con cada golpe arrojaba nubecillas de polvo de hada que crepitaban en la oscuridad de la noche. Chasqueó la lengua y, guiñándome un ojo, me hizo un gesto para que subiera al carruaje. Desde los arreos, Mr Netley asintió cetrino antes de fustigar con furia a los caballos. El carruaje negro, con el emblema del Club Diógenes grabado en su costado, enfiló por el camino de tierra que se alejaba del bosque, de vuelta a la ciudad.

El tiempo en Londres no suele deparar

muchas sorpresas. La lluvia es algo tan habitual que ningún londinense podría jamás sorprenderse por ver el cielo encapotado. Aún así, el espeso manto que cubría la ciudad hacía que me estremeciese con sólo mirarlo. Aquellas nubes amorfas, de una lóbrega tonalidad enfermiza, se cernían sobre el centro de Londres con furia, preñadas de lluvia, rayos y, podría jurarlo, formas oscuras que bailoteaban en su interior, dando a la noche la apariencia de una visión enloquecida del fin del mundo más propia de las ensoñaciones del más desquiciado interno de Bedlam que de algún efecto natural.

—Ha empezado, Quinn —dijo Carter mirando el cielo— Que Dios nos pille confesados si no conseguimos llegar a tiempo.

Permanecía sentado sin inmutarse, hurgando en el gran arcón que el Club Diógenes había dispuesto para él conforme a sus peticiones. El pesimismo de su afirmación contrastaba con la expresión divertida de su rostro.

—Señor Netley, ¿Qué hay de Lestrade? ¿De cuántos hombres piensa disponer al final el buen inspector para que nos acompañen?

—Me temo que ninguno, señor. Se le dio aviso, tal y como usted encomendó. Se le indicó el sitio, pero su respuesta fue un “no” inamovible. Dijo necesitar pruebas contundentes y no, y cito textualmente si se me permite, “argumentos de vidente de vodevil en boca de un bufón”.

—Entonces, mi buen amigo— dijo mirándome a los ojos con una sonrisa de satisfacción— estamos solos, lo cual en cierta manera, es mucho más desafiante y estimulante, ¿no cree?

Sentado en el interior de la lúgubre cabina, y mientras procuraba no prestar atención a los extraños artilugios que Carter inspeccionaba con la expectación de un niño desarrollando regalos el día de Navidad, me persigné y traté de que los latidos de mi corazón volviesen a su ritmo natural.

Así era Neville Carter. Siempre ansio-

so de emociones, costase lo que costase. Y a quién le costase.

Pese a todo, mis peores temores resultaron ser una triste broma en comparación con lo que el destino nos depararía aquella noche.

El carruaje se detuvo varias calles antes de llegar al edificio del Parlamento. Mientas Neville se preparaba, estudié la mole impávida que se alzaba frente a nosotros. El gran reloj se recortaba contra la tempestad que azotaba los muros del Palacio. Llegados a este punto, ni siquiera el más necio de los hombres dudaría del origen antinatural de la tormenta.

Carter sacó un viejo pergamino, que crujió amenazando con convertirse en polvo entre sus dedos. Pude ver, dibujadas en él, las antiguas entradas secretas al edificio, ya olvidadas por todos a excepción del Club Diógenes que, como siempre, había sabido atesorar incluso las cosas a priori más innecesarias. Tras estudiar el plano, nos dirigimos al margen del río y allí, sin más explicación, Carter desenrolló un cabo cuyo extremo anudó al carruaje.

—La entrada que da a las catacumbas bajo el Parlamento está justo aquí —sin dar tiempo a réplica alguna, y con un movimiento grácil, Carter se descolgó por el saliente y desapareció— ¡Ánimo Quinn! De aquí sacará un curioso capítulo para su libro, cuando menos.

Nunca antes había estado dentro de la Gran Sala del Parlamento, y después de lo que vi aquella noche, nunca mostré mi interés por volver.

Lo que habíamos encontrado en la rastrera habitación de Limehouse parecía una maqueta a escala, construida por un niño perturbado, de aquello en lo que había quedado convertido el gran salón de la nación. Los bancos habían sido volcados y arrancados de su base en su mayor parte, despejando así la zona central de la sala en la que se erguía, transformado en la parodia de un dantesco trono, el intrincado atril presidencial del Primer Ministro. Colgando de este, y al estilo de

grotescas guirnaldas, aparecían seis cuerpos desnudos y desangrados; sin duda de los que se había extraído la sangre con la que se había pintado el tétrico círculo que rodeaba la sala por completo. Al pie de los cadáveres se erguía otro de aquellos fúnebres braseros, mucho más elaborado y ornamentado que el del antro de Limehouse. Sobre este se distinguía la forma de un caldero dorado. Encerrados en el siniestro círculo de sangre aparecían desperdigados por doquier cientos de cuerpos resecos y momificados.

Los lores de la nación habían sido sacrificados como vulgar ganado por la Hermandad Escarlata.

Pese a la infernal visión, di gracias a Dios por los pequeños favores. Al menos en aquella ocasión no había tenido que ponerme las gafas de aura del Doctor Kinner. Sólo con imaginar el pandemónium de almas agonizantes que nos rodeaba sentí como mis tripas se revolvían de puro terror.

Durante un instante eterno, el tiempo se congeló a nuestro alrededor mientras el aquelarre vampírico al completo, con su funesta matriarca al frente, se volvía para saludar nuestra entrada al salón.

La vampira, mucho más alta que una mujer humana —con la piel tan blanca y tirante como la más fina de las porcelanas, hermosa incluso a pesar de la cicatriz redondeada de su frente— nos sonrió con desdén. Las largas agujas de sus dientes de pez abisal destacaron en su boca pese a la distancia que nos separaba. Un hombrecillo gris semidesnudo se abrazaba a la pierna de la reina muerta en actitud suplicante, sujeto a esta de la manera en la que lo haría un perro: por una vasta correa de cuero. El hombre ejercía de siniestro complemento a la imagen regia e inquietante de la vampira, terrible ya de por sí.

No fue hasta mucho tiempo después, cuando redacté el informe para el Club, que puede identificar a esta insólita pareja como Wihelmina Murray y su marido, Jonathan Harker.

—¿De verdad osáis entrometeros en los planes de la Hermandad Escarlata? —la vampira rió coqueta, y pese al mar de monstruos que nos rodeaba sentí como mi corazón se aceleraba— Tristes idiotas, somos dioses entre insectos. Si respiráis, es porque al Padre Oscuro así le place. Observadnos —su gesto abarcó la sala entera y sólo entonces fue consciente de la multitud que nos rodeaba desde las sombras— somos el futuro. Ahora, tal y como debió suceder hace cientos de años, nuestra estirpe reclamará su lugar. Hemos arrancado a nuestro Padre del abrazo de la muerte, y cuando desgarré el cuello de vuestra gorda reina con los dientes, esta nación rancia pertenecerá, por derecho propio, a Drácula. Y a nosotros, sus hijos.

Tras ella, la horda vampírica clamaba ansiosa. Confiada, la Madre Oscura los apaciguó con un gesto de su mano.

—¿Quién se supone que eres tú, gusano? —sus palabras destilaban desprecio y veneno a partes iguales.

Carter la miró burlón y le dedicó una de aquellas sonrisas que tanto sacaba de quicio a la gente. Se tomó su tiempo para recolocarse la levita y ajustarse el cinturón. Durante todo ese tiempo, no dejó de mirar a la criatura a los ojos, sin mostrar miedo ni debilidad por la clara inferioridad en la que nos encontrábamos.

—Me llamo Neville Carter y te aseguro que, en este momento, soy la persona a la que menos quieres conocer.

La vampira gruñó con rabia, y pude entender su reacción. Había momentos en los que incluso a mí me entraban ganas de golpear a Neville. La vampira rugió una orden que incluía una definición bastante gráfica de lo que pretendía hacer con nosotros dos. Con la última de sus palabras aún resonando en el salón, la Hermandad Escarlata al completo se lanzó sobre nosotros.

El aspecto físico de los vampiros había variado con respecto a los que nos atacaron la noche anterior. Eran más pálidos, más esbeltos. Sus rasgos mucho más inhumanos y bestiales. Sin duda el cambio

tenía que ver con el ritual profano y con el contenido del caldero que aún humeaba en el centro del salón.

—Me temo que disiento de eso, señora —Carter afianzó los pies y se cubrió los ojos con las gafas que ceñían su frente, preparándose para el embate de carne muerta que se nos venía encima— ¡Quinn, es el momento!

Dejé caer la pesada caja con el emblema del Club Diógenes a mis pies, y por un instante me permití resoplar aliviado al abandonar semejante carga. Entonces me situé tal y como Carter me había indicado. A su espalda y atento a mi cometido. Entendí en ese momento el porqué de la insólita indumentaria con la que se había vestido al descender a las catacumbas. Llevaba el pecho cubierto por el peto de una armadura antigua y, sujetos a este por enganches y pequeñas poleas en los hombros que aliviaban el peso y el retroceso, colgaban dos gruesos tubos de madera, cuero y bronce que contenían las armas más extrañas que había visto hasta el momento. Era como si alguien hubiera cogido varios fusiles para unirlos en una única pieza que rotase sobre sí misma.

Carter comenzó a girar con frenesí las manivelas que tenía a la altura del pecho y de los cañones giratorios surgió una rociada de balas, tan grandes como mi pulgar, que pulverizaron todo lo que encontraron a su paso. Carter se había referido a tan curiosa arma como ametralladora. Y ahora, estas ametralladoras retumbaban como cañones en miniatura desde sus brazos, convirtiendo en una llovizna de carne, sangre y esquirlas de hueso a la marea de vampiros que se abalanzaba sobre nosotros.

A una señal de Carter, abrí la ornamentada caja de madera que portaba a la espalda y metí una nueva cinta de balas. Luché por no perder la concentración al ver la miríada de engranajes que giraban en el interior del artilugio, asombrado al descubrir las pequeñas cruces que, grabadas a mano, adornaban una a una todas las balas. No quise ni imaginar los insul-

tos que, el pobre diablo a quien hubiera correspondido realizar ese trabajo endiablado y cruel, habría proferido contra Carter.

Los vampiros caían al suelo despedazados, y pese a que la lluvia de plomo los rasgaba una y otra vez como si estuvieran hechos de papel, la sangre corrupta que animaba sus cuerpos muertos conseguía cerrar sus heridas en apenas segundos.

—¡Sólo los estamos retrasando, Carter!—grité mientras evitaba mirar la salida, cada vez más lejana, a mis espaldas y me aferraba al honor que me anclaba al suelo.

Blasfemando por la inutilidad del arma, Carter asintió y soltó la manivela que accionaba con la mano derecha. Sacó un puñado de polvo brillante de su cinturón y lo lanzó al aire, sobre nosotros. Con la mano libre realizó un simple *cantrip*, un pase mágico infantil consistente en taparse los ojos con la palma de la mano y espiar entre los huecos de los dedos.

Al momento reinó la confusión entre los vampiros. Sentí que habíamos desaparecido delante de sus narices.

—¡Aproveche la tregua!—Carter me invitaba a relevarle en la ametralladora, al tiempo que sacaba su espada de caballería húsar de la caja— El polvo de hada no los confundirá eternamente.

Así, sin más palabra, se lanzó de lleno contra la marea de carne pálida, golpeando con tal furia que los brazos se le desdibujaban entre cortinas de sangre oscura. Aunque me constaba que aquella espada no reunía ninguno de los atributos que Van Helsing había citado como dañinos para los vampiros, el cruel espíritu del húsar duelista Gabriel Feraud, condenado por su sed de sangre y atrapado en la bruñida hoja por una antigua maldición, animaba aquel sable de tal modo que la furia de su ataque ignoraba las leyes de la lógica o la magia, lanzando pedazos de los nosferatus por los aires con cada golpe. Pero, por más audaz que fuera el ataque de Neville Carter, los vampiros terminarían superándolo. Con cada ataque, nuevas heridas

aparecían en la carne de mi amigo quien, pese a todo, seguía luchando con bravura. Apreté los dientes, lanzando un torrente de fuego y plomo sobre los chupasangres, pero nuestras fuerzas se mostraban insuficientes frente al poder de la sangre que animaba sus cuerpos muertos.

Aquel iba a ser nuestro fin.

Resignado a morir, saqué mi fiel escopeta y me dispuse a cargar contra los vampiros. Entonces escuché el grito de Neville. Acosado por las criaturas, que apenas conseguía retener haciendo uso de todos los hechizos de defensa que había aprendido bajo la tutela del infame Merlín, me reclamaba a gritos. Incluso gracias a los polvos mágicos que se había derramado por encima, no conseguiría aguantar mucho más.

—¡La lanza, Quinn! ¡Use la lanza de Lugh!

Aturdido, miré al lugar que señalaba con el brazo sin lograr descifrar qué quería Carter de mí. Entonces la vi. En el interior de la caja que habíamos arrastrado hasta allí reposaba una lanza de aspecto simple. Tan sólo un asta de madera sin adornos, con una punta metálica en su extremo no más grande que la palma de mi mano. Dudaba de que un arma como aquella pudiera significar diferencia alguna en el trance en el que nos encontrábamos, pero si algo había aprendido durante mis aventuras con Neville Carter había sido que las cosas no siempre parecían ser lo que realmente eran; que no debía juzgarse un libro por su cubierta. Agarré el asta de madera y sentí como la desesperación se apoderaba de mí al sentirla tan frágil entre mis dedos. Por última vez miré interrogante a Neville. No tenía la más remota idea de lo que se suponía que debía hacer con aquella arma de aspecto inútil.

—El suelo —apenas podía hablar ya. Sangrando por mil heridas y vivo sólo por pura fuerza de voluntad, mantenerse en pie y continuar combatiendo era un esfuerzo titánico— ¡Cierre los ojos y clávela en el suelo!

—Y perdóname, amigo —acertó a susurrar.

Sin pensarlo dos veces, me lancé contra los vampiros. Durante mi carrera observé como el cuerpo de mi amigo se volvía sólido otra vez, y comprendí que los polvos de las hadas habían dejado de hacer efecto sobre él. Los vampiros gritaron de júbilo y, con los colmillos desnudos de satisfacción, se arrojaron sobre Carter. Con el corazón a punto de reventar en mi pecho, salté buscando impulsó, y golpeé con todas mis fuerzas, estrellando la lanza contra el suelo. Temí que se astillaría entre mis dedos. Sin embargo, el arma sacudió la tierra bajo mis pies con una fuerza colosal, como si el mismísimo Dios hubiera descendido con furia sobre nosotros. Sólo en el último instante recordé la advertencia de Carter y cerré los ojos.

Por un momento me aterró. Nada sucedía, toda aquella pantomima había resultado inútil. Entonces sentí un fuerte soplo de aire caliente, y pese a que tenía los ojos apretados con fuerza, la blanca luz solar me cegó.

En lo más profundo de mí ser algo gritó, y sentí como mi alma se quebraba en mil pedazos para luego volver a unirse de una forma enfermiza y perturbada. El espíritu de un mal antiguo, amorfo y primigenio, rugió en mi corazón. Y por un único segundo comprendí que nunca más alcanzaría la paz, porque ahora un demonio insaciable había tejido su destino con el mío. Su nombre era *Setanta*, la bestia Cuchulain, y desde ese preciso instante mi alma no conocería descanso. Porque este diablo necesitaba más el conflicto y la guerra de lo que yo necesitaba respirar para sobrevivir. Vislumbré entonces el precio que Carter pagaba cada vez que hacía uso de uno de estos artefactos malditos. Me asomé a la locura que era su vida y no pude evitar gritar de puro terror.

Giré y giré en las tinieblas hasta que todo se volvió confuso, vacío. De un blanco cegador que no era ni muerte ni vida.

Cuando por fin recobré la vista, busqué frenético a mi alrededor. De forma instintiva había conseguido agarrar la escopeta y mis nudillos estaban blancos por la fuerza con la que la asía. Temía que en cualquier momento las garras de los no-muertos me destriparían. Sin embargo, el Salón del Parlamento aparecía vacío, cubierto por los montones dispersos de cenizas que, momentos antes, habían sido los integrantes de la Hermandad Escarlata. Asombrado, observé la delgada lanza que aún vibraba clavada al piso.

—Pero, ¿Cómo es posible? —me pregunté a mí mismo.

—La Lanza de Lugh, señor guerrero de los Tuatha De Danann, los primeros moradores de Irlanda. Lugh, más tarde ascendido a Dios de los Celtas—me respondió la risa de mi amigo, que apenas acertaba a sostenerse sobre una rodilla a pesar de apoyar su peso sobre el sable— El trasto de un Dios Solar, ¿se le ocurre algo más apropiado para luchar contra una horda de vampiros? Otro más de los interesantes juguetes que guarda el Club Diógenes en su almacén.

—¿Y lo que he visto? ¿Qué era ese ser?

No pude evitar ver como su gesto, siempre burlón, se ensombrecía. Abrió la boca para contestar y se detuvo antes de comenzar a hablar, aprovechando la pausa para reordenar sus ideas.

Pero no tuvo tiempo de responder a mi pregunta. Surgiendo como una sombra desde detrás de los bancos apilados, y arrastrando el cadáver de su marido, estrangulado en su rabiosa huída, Mina Murray se abalanzó sobre Carter. La vampira tenía la piel cubierta de ampollas y heridas que supuraban un icor negruzco. A pesar de la rapidez con la que había conseguido guarecerse de la onda solar, ésta le había causado serios daños. La locuacidad de la que había hecho gala momentos antes había desaparecido, sustituida ahora por la rabia animal del demonio en el que se había convertido al abandonar su humanidad. Sin esfuerzo, alzó a Carter del suelo y lo sacudió como si fuera un muñe-

co roto, hasta que el sable que colgaba de su mano cayó al suelo. Entonces lo lanzó contra el trono, que se quebró por la mitad con un sonoro crujido al estrellarse el cuerpo de mi amigo contra él.

En menos tiempo del que necesité para recuperar el aliento, la vampira había llegado frente a mí. Sentí como mis pies se elevaban del suelo y me estremecí al mirar la máscara demoníaca en la que se había convertido el rostro de la mujer que tenía delante. Sus ojos eran negros, sin un atisbo de razón en ellos. Bajo la piel de la cara, algo animal, cubierto de cerdas duras como púas, se retorció tratando de aflorar al exterior. La vampira era incapaz de contener al monstruo de su interior, que gritaba reclamando mi vida, mi sangre y mi carne.

Me golpeó contra el suelo. Tantas veces que perdí la cuenta. Sentía los huesos rotos moviéndose dentro de mí, astillas de vidrio desgarrándome la carne.

Con un chasquido repulsivo su boca se abrió hasta límites imposibles. Una enorme lengua morada se retorció dentro, hinchada y tumefacta, recorriendo los dientes partidos, cubriéndolos de baba por la excitación que le producía la inminencia del festín. Observé aterrado e incapaz de moverme como extendía la mano derecha frente a mi cara. Los dedos crecieron y se deformaron hasta convertirse en garras de hueso de aspecto cruel.

Miré a la muerte a la cara y aún tuve tiempo de pensar en que, después de todo había merecido la pena. Aquel día, años atrás y por culpa del alcohol, el orgullo y una estúpida apuesta, mi vida se había ligado a la de aquel extravagante personaje que había puesto mi mundo al revés. Juntos habíamos vivido momentos terribles; sin duda este era el peor de todos, pero gracias a Carter, había visto cosas con las que ni siquiera me hubiera atrevido a soñar. Sonreí a la cara de aquella zorra del infierno y me preparé para aceptar mi final con dignidad.

Sin previo aviso, el rostro de la vampira comenzó a ennegrecerse y humear.

Su presa se aflojó y trastabillé al caer al suelo, justo a tiempo para ver como la cabeza de la nosferatu explotaba, diseminándose por todo el salón.

Aturdido y sin dar crédito al milagro que acababa de ocurrir, busqué por toda la habitación el origen del ataque que había salvado mi vida. Desde uno de los balcones superiores, un hombre me saludaba con la mano. Intenté con todas mis fuerzas no desmayarme y di con mis posaderas en el suelo. Instantes después, caminando con una tranquilidad totalmente ajena al horror que nos rodeaba, el extraño se acercó a mí. En la mano derecha portaba el revólver más insólito que jamás hubiera visto. De hecho, apenas parecía un revolver de no ser por lo básico de su silueta y por la forma en la que lo empuñaba. El hombre me sonrió, con su bigote oscuro curvándose sobre los labios. Había algo en sus ojos que me inquietaba, algo que no terminaba de poder concretar, un atisbo de algo que, a falta de otro nombre, debería llamar locura.

—Señor, siento no haber podido ser de ayuda antes, pero no soy un soldado. Sólo un pobre científico —hablaba despacio, con un acento extranjero que no lograba identificar— Por suerte para todos, su extraño artilugio inclinó la balanza de forma favorable. Le juro que me encantaría poder echarle un vistazo.

El hombre parecía embelesado. Paseaba la mirada entre la lanza celta y el traje con los rifles giratorios de Carter con la curiosidad pintada en el rostro.

—Pero... ¿qué se supone que ha pasado?—confuso, le señale a la vampira muerta.

—Esto —sonrió con orgullo y me mostró el revólver de juguete— Un rayo de partículas macroscópicas que transporta corriente eléctrica localizada y no conductible. Me gusta llamarlo el rayo de la muerte.

Me quedé mirándolo profundamente desconcertado, incapaz de encontrar un sentido a su presencia allí.

—Perdón por mis modales —se excusó,

tendiendo la mano a modo de saludo— Nikola Tesla, inventor. Para servirle. Pero ahora mismo, lo mejor será que atendamos a su amigo antes de que sea demasiado tarde, ¿no le parece?

La historia de Tesla rellenó los huecos en blanco de todo aquel misterio.

Según nos contó, había sido raptado en América por los secuaces de Drácula, y trasladado a Londres con el propósito de que sus inventos ayudasen a la causa vampírica. La extraña máquina voladora y los guanteletes que lanzaban rayos, eran creaciones suyas. Se refirió también a algo a lo que llamó “traje de combate”, pero por más profusas y numerosas que fueran sus explicaciones, me perdía en la parte técnica y no lograba comprender a qué diablos se refería con aquello.

Al parecer, después de que Van Helsing y su partida de caza dieran muerte a Drácula, Mina Murray —obsesionada aún con el noble rumano— había conspirado durante años, embelesando a los aristócratas y nobles de Londres, con la promesa del vampirismo. Así había logrado financiar su causa, adquiriendo conocimientos ocultos y prohibidos con una voracidad lunática, sin que en ningún momento le importasen las consecuencias ni el precio a pagar. Su objetivo final estaba claro: resucitaría al vampiro para consumir su amor, y más tarde, erigidos como Padres Oscuros de una auténtica legión de vampiros, tomarían Londres en primer lugar, y luego, el mundo entero. Había escuchado que la venganza de una mujer airada era terrible, pero sin duda, esto se llevaba la palma.

Por su parte, y según Tesla, el noble rumano había vuelto de la muerte bastante furioso, satisfecho al parecer con los planes de su consorte inmortal.

—Tienen que entender que, sobre todo lo demás, Drácula es un noble de los viejos tiempos. Es ante todo un caballero que se rige por un código de honor propio, y por una manera muy particular de ver las cosas. Cualquier otro en su lugar

hubiera infectado a un gran número de sujetos con su peste vampírica. Estos sujetos, a su vez, propagarían la plaga. Así, Drácula, el portador original, sería por derecho el rey de todos ellos. —Tesla hizo una pausa y, por un momento, intuí que, de algún modo que era incapaz de comprender, ese hombre aprobaba los métodos del vampiro— Pero eso no le habría satisfecho. Para él, todo esto es un asunto personal. Quiere ganar respetando las reglas del juego. Cree que, si elimina de forma fidedigna a todos los órganos del gobierno, lo cual no descarta destriparlos, engullir su sangre y empalarlos, se le considerará el legítimo dueño de un territorio conquistado conforme al honor y las reglas de la guerra.

Neville sonrió mientras bebía y llenaba una pequeña botella con la sangre de Mina, ajeno a nuestras miradas asqueadas.

—Así que, según esa lógica retorcida, está usted diciendo que, si Drácula asesina a la Reina Victoria, Inglaterra será suya por derecho, ¿cierto?

Tesla asintió en silencio.

El patio del Palacio de Buckingham estaba sembrado de soldados muertos. Esto, junto con el trozo de muro derrumbado por el que había accedido al interior, constituía un indicativo de los métodos poco sutiles de Drácula.

Incapaz de calmarme, seguí a Carter mientras cruzaba la muralla. Como siempre, sonreía ajeno al horror, como si conociese de antemano el final de toda aquella historia y se resignara a no poder influir en ella. Como si supiera que su destino estaba lejos de ser controlado.

Avanzamos en silencio durante minutos eternos hasta que dimos con él.

Tal y como Tesla había indicado, Drácula era un hombre de honor. Y como tal, nos estaba esperando, sentado en el trono con una aterrorizada Reina Victoria postrada a sus pies.

—Por fin les conozco, caballeros —su acento melodioso hacía bailar las pala-

bras, compensando su falta de emoción al hablar— Siempre resulta interesante ponerle cara a un enemigo hasta ahora invisible. Por desgracia para ustedes, hay poco que puedan hacer para evitar la muerte. No obstante, permítanme felicitarles por lo conseguido hasta el momento.

Drácula tenía el semblante imponente que uno esperaría de un rey de la antigüedad. Sus ojos eran duros y penetrantes, con la nariz larga y poderosa enmarcada por un rostro cuadrado en el que, la frondosa barba y el pelo largo y rizado, contrastaban con la palidez del rostro. Pero eso no era lo más chocante en la figura del vampiro, sino el extravagante traje metálico, por llamarlo de alguna manera, que cubría su cuerpo. Por fin entendía las explicaciones de Tesla sobre su traje de combate. Y es que Drácula, visiblemente maltrecho y a duras penas recompuesto por la magia negra tras su paso por el abismo de la muerte, vestía una armadura que solo podía haber surgido de una mente enferma y delirante. La monstruosidad metálica que contenía su cuerpo mediría cerca de tres metros. Tenía brazos largos que casi rozaban el suelo de un modo simiesco y que se movían a merced de un ingenioso juego de poleas, terminado uno de ellos en una garra de cuatro dedos y otro en una sierra circular que giraba sin cesar. Las cortas patas de aquel engendro se movían torpes pero poderosas, dejando ver los engranajes que giraban en las rodillas, prometiendo que harían temblar con su peso el suelo a cada paso. Por último, surgiendo de los hombros, dos chimeneas arrojaban un espeso humo negro sin cesar, enmarcando una de aquellas bobinas de rayos que crepitaba en el lugar donde, en un ser humano, hubiera estado la cabeza. Desde la pequeña ventana situada en el pecho de la máquina, Drácula sonreía satisfecho.

Lejos de mostrar temor, Neville Carter se plantó desafiante frente al vampiro.

—Usted es un caballero, y como tal deberíamos resolver esto. Por la obvía

ventaja de la que dispone, sólo le pido la gracia de un caballo para igualar el duelo.

—*Vierme esti numai un cacat pe papuci mei* —asintió Drácula, sorprendido y divertido a un tiempo —Si usted así lo desea, no es mi intención la de causarle ofensa.

Así pues, al modo de las antiguas justas medievales, y frente a la mirada asombrada de la Reina y un servidor, Carter reapareció momentos después, montando un caballo de las cuadras. Se plantó en mitad del salón del trono, esperando con el sable desnudo apoyado en el hombro derecho y la pistola de Tesla en la mano izquierda. Drácula se situó al otro lado, sonriendo entretenido con todo aquello. Carter aún tuvo el ánimo de inclinar solemnemente la cabeza en dirección a la reina y, llevándose la empuñadura del sable frente a la nariz, realizar un respetuoso saludo a su adversario antes de lanzar su montura al galope.

La monstruosidad mecánica avanzó con un pesado trote que rajaba los azulejos del suelo a cada paso, con Drácula en su interior accionando palancas y botones, la furia del combate transformando su rostro.

—*¡O sa devorez carnea copiilor tai!* — Excitado por el combate, Drácula había abandonado sus maneras de dandy para dejarse llevar por la bestia que rugía en su corazón. El engendro lanzó un golpe y Neville apenas pudo esquivar la sierra que cortó el aire sobre su cabeza mientras atacaba inútilmente la coraza metálica con su sable.

Carter llegó al otro extremo de la sala y maniobró para encarar de nuevo su montura, preparándose para la siguiente e inútil carga. Me miró directamente a los ojos y guiñó un ojo como señal convenida.

En honor a la verdad he de reconocer que realmente Drácula era un hombre de honor, pero nosotros no podíamos permitirnos el lujo de serlo. Apretando los dientes, me lancé a la carrera en dirección al lugar donde se encontraba la Reina Victoria. El vampiro se olió la tram-

pa y, furioso, comenzó a gritar mientras pilotaba su armadura mecánica, tratando de cortarme el paso. Pero la armadura de Tesla estaba diseñada para ser una poderosa máquina de guerra, potente y letal, para la que la velocidad no era importante. Llegué frente a la Reina y, con los dedos temblando, evitando mirar al monstruo que se acercaba, nos cubrí a ambos con el polvo de hada y realicé el sencillo *cantrip* que nos haría invisibles.

Drácula aulló de rabia y frustración. Un sonido animal que me heló la sangre en las venas.

Después de muchas discusiones, Carter había llegado a una conclusión. Debíamos salvar a la Reina, y con ello al país, costase lo que costase. Si Drácula no conseguía matar a la soberana aún tendríamos una oportunidad, siempre y cuando su sentido del honor fuera tan elevado como creíamos. Una carta marcada, pero la única en nuestra mano disponible en aquella demencial partida imposible de ganar. En cuanto a Carter, bueno, ahí radicaba mi principal objeción; pese a tan elevado propósito y, sorprendiéndome a mí mismo — pues no habían sido pocas las noches en las que había rezado porque algo similar ocurriese y me liberase de mi juramento—, no estaba dispuesto a permitir que Neville se convirtiese en el mártir de esta cruzada.

El demonio giró sobre sí mismo y su rabia enfocó a Carter que lo miraba impasible desde su montura. Con pasos poderosos dirigió su armadura hacia él con un propósito claro.

—*¡Cristosi si Dumnezei mati!* —rugió su potente voz atronando en el salón destrozado— *O sa te omor si o sa te trezesc numai ca sa te omor din nou.*

Neville se lanzó a la última carga que lo llevaría directamente al otro lado de las puertas de la muerte, sin miedo, confiado, tal y como había vivido hasta entonces, como si toda su vida no fuera más que un juego y él un personaje de una mala novela que no pudiera elegir su destino ni disponer en él.

El caballo galopó raudo, los flancos cubiertos de sudor y espumajeando por la boca, con Neville incorporado a medias sobre la silla, ganando velocidad metro a metro. El monstruo mecánico lo esperaba, con Drácula en su interior apretando los dientes con furia, tan fuerte que podía sentirlos astillándose dentro de la boca. Entonces, Carter dejó caer el sable de húsar. El espíritu pendenciero aprisionado en su interior aullando de rabia y frustración, quedó colgando de su muñeca sujeto por el cordón dorado de la guarda. Buscó la botellita entre los pliegues de su levita y la sostuvo con cuidado en la mano. En el mismo momento en que el vampiro se disponía a recibirlo con un tremendo golpe, Neville arrojó la botella contra el cristal de la monstruosidad.

La sangre de Mina cubrió la pequeña claraboya a la vez que Carter se dejaba caer al suelo y el poderoso golpe de sierra destripaba al caballo. Cegado, Drácula gritaba describiendo letales molinillos con los brazos de la armadura metálica, intentando en vano limpiar la sangre que enturbiaba la claraboya sin que los rígidos brazos de su armadura le permitieran la flexibilidad necesaria para conseguirlo. A sus pies, Carter se incorporó de un salto y, agarrando de nuevo la espada, que rugió de satisfacción, comenzó a golpear las placas del cuerpo metálico.

Desalentado por el escaso éxito del ataque, Carter estudió la pistola que sostenía en la siniestra y, sonriendo, la aplicó directamente sobre la armadura del vampiro. Una y otra vez disparó, con el cañón apoyado sobre la piel de metal. El rayo de partículas macroscópicas de Tesla masticó la carne de hierro sin piedad, facilitando el trabajo al sable de húsar hasta que por fin, un agujero del tamaño de un puño apareció en la coraza mecánica.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer buhón? —rió Drácula confiado al ver que la sangre que lo cegaba se iba escurriendo por la violencia de sus acometidas— Sería gracioso si no resultase tan patético.

Esquivando una vez más los golpes

ciegos de la máquina, Carter buscó en su bolsillo y extrajo algo tan pequeño como un guijarro que lanzaba destellos plateados. Se lo acercó a la boca y susurró algo. Sin más ceremonia lo introdujo por el hueco que había abierto en la coraza y, como si aquello zanjase aquel asunto, se alejó del lugar, dando por terminada la batalla.

Drácula hizo girar el tronco de la armadura sobre los pies a gran velocidad, terminando de limpiar el ventanal. Sonriendo se dirigió hacia su enemigo con la muerte dibujada en los ojos. La armadura avanzó triunfante hasta que algo comenzó a temblar en su interior. La cara de Drácula reflejó un terror inhumano preñado de dolor. Los gritos del vampiro retumbaron en el salón a la vez que la armadura se retorció y combaba desde dentro. Con un sonido desgarrador, las planchas metálicas se rajaron.

Sorprendido observé cómo, del interior de la armadura y de forma milagrosa, un enorme roble de plata crecía elevándose hasta el techo, clavando al vampiro al suelo.

—*O sa te astept in iad*— maldijo Drácula. A través de la claraboya observé una rama plateada que crecía a una velocidad imposible. La armadura comenzó a combarse y entre las grietas que se abrían en su piel metálica, surgieron más ramas de plata— Te estaré esperando en el infierno.

—*Na bine*. Como quieras —respondió Neville con una sonrisa mientras el vampiro estallaba en fragmentos de metal, plata y cenizas.

Me acerqué hasta él, exigiendo una explicación de lo que había ocurrido mientras el efecto del polvo de hadas se disipaba y la Reina Madre y yo volvíamos a ser visibles.

—Robé la bellota hace años, al descubrir que los *shides* me habían cambiado por uno de los suyos cuando era niño. Usé la bellota como moneda de cambio para escapar de las Tierras Salvajes de las Hadas, por eso Merlín me recogió —Carter sonrió burlón, como si aquel galima-

tías zanjara toda la cuestión— Pero logré ocultarla de ese viejo miserable, eso sí, no me haga contarle cómo. Dudo que considerase los detalles de buen gusto.

Permanecí en silencio, mirando a Carter y al estropicio que crecía imparable en mitad del salón real sin saber qué decir. A mi lado, la Reina Victoria estaba tan muda como yo. Apenas quedaba nada visible del engendro metálico que había sido Drácula. En su lugar, un roble de proporciones imposibles ascendía segundo a segundo, tan rápido que, en cuestión de minutos atravesaría la cúpula del techo de Palacio.

—Pero, ¿Qué demonios...?

—Mi buen Quinn —rodeó mis hombros con sus brazos y comenzamos a andar— Una vez más debería tratar de prestar más atención a las canciones que escuchó en su niñez. En el centro de las Tierras Salvajes crece el árbol de la vida, el árbol del universo. Dicen que sus ramas y raíces mantienen todos los mundos unidos y que de sus bellotas puede nacer cualquier cosa, pues son el recipiente del que nacen las ideas. —Sonrió de nuevo, y esta vez, no pudo reprimir las carcajadas— No creo que al Club Diógenes le guste mucho que haya un portal a la Tierra de los Sidhe en el salón del Trono, pero es lo único que pude improvisar.

Neville Carter pasó junto a la Reina, la saludó con una reverencia y, como si nada de aquello tuviera que ver con él, salió del Palacio andando tranquilamente.

Cuando aquella noche el mensajero aporreó la puerta de mi casa sentí un estremecimiento recorriéndome el cuerpo. Sabía lo que iba a encontrarme mucho antes de abrir la puerta. Aún así, mientras bajaba los escalones, me permití el lujo de, sabiéndome oculto de miradas indiscretas, sonreír con placer.

LA BELLA Y LAS BESTIAS

TEXTO: RODRIGO H.

ILUSTRACIÓN: PILAR GONZÁLEZ HIDALGO / ÁNGEL G. ALCARAZ



Cuando Claude comprendió que habían perdido al resto del equipo en el infinito valle nevado, imaginó que no verían el amanecer. Cuando perdió el control del automóvil estrellándose contra un árbol en medio de aquella terrible tormenta de nieve, la suposición se volvió una certeza. La radio estaba muerta, no llevaban provisiones, la ventisca golpeaba los cristales del vehículo como si tratara de convertirlo en una tumba helada. De no haber sido por lo que ocurrió después, ese hubiera sido el final para él y para su prometida Jane.

Fue ella quien divisó a lo lejos la figura de un castillo que se levantaba sobre el inhóspito terreno como un gigante moribundo. La silueta de la estructura podía apreciarse gracias a varias luces que ardían a su alrededor como fuegos fatuos. Viendo que no tenían otra opción decidieron atravesar la distancia que los separaba a pie, a través del valle. Abriéndose como pudieron salieron del vehículo para desaparecer en la blanca inmensidad.

Ambos eran parte de un equipo de grabación que realizaba un programa sobre leyendas para uno de esos canales de televisión baratos. El verdadero sueño de Claude era convertirse en director de cine, aquel proyecto era una forma de pagar su último año de estudio. Fue durante una de las primeras reuniones del equipo que conoció a Jane, una hermosa joven de larga cabellera blanca y ojos azules. Al poco tiempo descubrió que tenían mucho en común; ambos jóvenes, sin ataduras, no tardaron en enamorarse. Claude impulsivo, le pidió matrimonio a los seis meses. Todos en el equipo festejaron a la joven pareja con una pequeña fiesta hacía no más de una semana.

Su proyecto resultó desde el principio muy complicado no solo por el traslado en ese territorio de nieve eterna, sino

también por los lugareños. No importaba cuantos poblados de los muchos que había en los alrededores del valle visitaran, la respuesta era siempre la misma. Silencio. Nadie se atrevía a dirigirles la palabra a los extranjeros, ya fuera por miedo a las leyendas, o por desconfianza. Parecía que silenciosamente se había tejido un pacto entre todas las localidades que sellaba sus lenguas. El productor perdía la paciencia. La hostilidad era tal que se habían visto forzados a montar su campamento lejos de los núcleos habitados.

Dos días atrás tuvieron la suerte de ser recibidos por un anciano que vivía en un sitio apartado. Claude recordaba con precisión el tétrico aspecto del hombre que por su salud se mantuvo durante la entrevista tendido en la cama, cobijado por gruesas sábanas de cuadros rojos y negros. En el cuarto iluminado por velas opacas y entre la tos y gemidos reconstruyeron poco a poco algunos de los acontecimientos. Se contaban leyendas sobre el valle, desapariciones, historias de muerte. Todo se asociaba a un antiguo culto anterior al primer asentamiento moderno que veneraba a una criatura de aspecto animal. Las leyendas lo describían como un enorme lobo devorador de personas o un oso de gran tamaño.

Con el correr del tiempo sus seguidores fueron eliminados y el culto desapareció. Pero se decía que en algún lugar del valle parte de él había sobrevivido, manteniéndose en secreto y que su poder se expandía por aquellas tierras influyendo sobre las personas que entraban en contacto con ellas. La narración del anciano había sido muy lúgubre, pues no solo recurrió a historias familiares sino también a algunos recortes de los distintos periódicos que habían cubierto diversos casos. Su propia hija había desaparecido una noche.

—Algo la llamó en medio de la tormenta de nieve —Dijo el hombre con lágrimas en los ojos.

Trató de seguirla pero pronto las huellas quedaron cubiertas en el infinito blanco. Aunque buscó durante toda la noche no dio con nada, ni una pista. Su única recompensa fue una afección pulmonar grave que era la responsable de su actual estado.

—Muchas personas desaparecieron después de eso. Una vez un grupo de turistas. La policía los buscó pero nunca los encontraron. Con el tiempo la gente dejó de venir. Se contaban cosas del valle... Pero... Hay algo en ese valle que atrae a las personas. No importan las advertencias, ni los hechos, se internan en él y nadie los vuelve a ver.

Cuando partieron de su casa Claude notó algo más, algo que llamó su atención. Colgada en una estaca al costado de la casa se exhibía la piel negra de un lobo, con los miembros extendidos en x y la cabeza apuntando al suelo. Lo llamativo era que todas las casas de los pueblos que habían visitado mostraban el mismo detalle. Hubo algunas excepciones, pero en esos casos los habitantes que se negaban a hablar mostraban un rasgo en común: tenían miedo. Se veía en sus rostros, en cómo temblaban sus manos, la forma en que hacían entrar a sus niños en casa.

Toda esa tensión comenzó a afectar al equipo. Las peleas eran constantes, derivaban en agresiones físicas. El mismo Claude sentía un cambio en su persona, dejaba de lado sus modales, ya no se afeitaba, tropezaba con las personas sin disculparse o acusándolos de su propia torpeza. Sin embargo quien más problemas causaba era Jane, se volvía cada vez más histérica, se alteraba con rapidez y se mostraba apresurada por finalizar esa filmación. Casi como si no deseara estar allí. El joven intervenía cada vez que iniciaba una discusión con un miembro del grupo poniéndose de su lado, pero todo terminaba con ellos dos peleando en su recámara. No quería pensar mucho en eso, no quería arrepentirse de su decisión. Aquel lugar les estaba haciendo daño.

Avanzaban lentamente, él la protegía con sus brazos, el largo cabello blanco se agitaba en el viento fundiéndose con el paisaje invernal. Sus huellas quedaban ocultas por la nevada a medida que avanzaban. A lo lejos los lobos comenzaron con sus aullidos a la luz de la luna. La idea de tener a esos animales cerca obligó a los jóvenes a acelerar el paso. Casi podían sentir sus pisadas en la nieve tras ellos, olisqueando el aire y gruñendo. Toda una jauría babeante, desesperada por conseguir algo de alimento en esa época tan dura del año.

Jane comenzó a quejarse como siempre. Le echaba la culpa de todo a Claude, su inutilidad a la hora de manejar, su torpeza a la hora de esquivar el árbol, su estupidez al no haber llevado provisiones. *Siempre todo es mi culpa* pensó el joven aferrando a Jane con más fuerza, casi con deseos de hacerle sentir al menos un poco de dolor. Tal vez de lastimarla. Los lobos aullaron con más fuerza. Ahora los sentían corriendo, agitados, emocionados. El viento empezó a soplar con más fuerza, sonaba similar a una especie de gruñido gutural que revoloteaba por los alrededores.

Jane comenzó a imitar a Claude con una voz burlona y desagradable, culpándolo del accidente. Parecía una niña en medio de un berrinche, tratando de ser oída por encima de los animales que los seguían, de nuevo a un ritmo lento. *Por qué no puede ser como antes*, se dijo el joven; la muchacha de ahora no le agradaba, esos últimos días había sido realmente insoportables. Ni siquiera en aquella situación, con sus vidas en juego, podía dejar sus protestas.

—Quédate callada.

—No me digas lo que tengo que hacer —respondió con los ojos inflamados en fuego—. Qué inútil que eres. Nunca puedes hacer nada bien.

—Basta.

Una idea fría como el hielo sacudió la mente de Claude. Al principio quiso negarla, atribuirle al cansancio, pero no. Volvía con cada queja, con cada burla. Porqué no abandonarla allí, que los lobos hicieran el trabajo, sin testigos, sin pruebas. Un trabajo limpio. Los animales aullaron como si le indicaran que estaban dispuestos a participar de aquel diabólico plan. La sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿De que te ríes? —sus grandes ojos azules fueron como puñales—.

Claude se dio cuenta de la monstruosidad de esa idea. Algo horrible y aun así... aun así.

—Nunca puedes tomarte las cosas en serio.

Tragó saliva, respiró profundo, apretó con más fuerza los brazos de la muchacha.

—Me lastimas ¡Bestia!

Puff. Ese fue el sonido que hizo el cuerpo de la joven al caer en la nieve.

No se movía, estaba congelada en un mar de hielo. Su cabeza había golpeado contra una roca. La sangre resplandeciente corría de algún punto oculto tras sus cabellos para mezclarse con la nieve tiñéndola de rojo. La boca y los ojos abiertos en gesto de asombro. Los dedos de la mano moviéndose aún por reflejo se detuvieron con suavidad igual que si acariciarán el vacío. Claude contempló la escena por unos segundos, los lobos aullaron excitados. Retrocedió de espaldas al cuerpo incapaz de creer lo que había hecho. Corrió hacia el castillo.

El crimen quedó varios metros atrás cuando decidió voltear para ver. Nada, la ventisca era más fuerte ahora y arrastraba incontables copos perfectos. Pero las fieras aún lo seguían, las oía avanzando en la nieve, gruñendo, sus miradas clavadas en él. Lomos velludos erizados, grandes ojos rojos, colmillos amarillentos. Corrió más rápido, el castillo estaba cerca. Se sentía aturdido, desorientado, fuera de sí. La vista nublada como si sus ojos estuvieran cubiertos de sangre. Se los frotó, solo era sudor.

La brisa volvió a simular aquel aullido gutural, esta vez se quedó pegado a la mente de Claude. Un escalofrío recorrió su cuerpo, ahora sentía el frío con más fuerza, atravesaba sus ropas y se pegaba a su cuerpo como si el espectro de su difunta prometida se aferrara a sus huesos. Las últimas palabras de Jane resonaban en su cabeza, casi susurradas al oído. *Bestia*.

Llegó a su destino, exhausto, los ojos heridos por el golpe constante del frío. Pero no hubo recompensa. Resultó que el anhelado castillo no era más que un enorme montón de rocas de gran tamaño. Acumuladas allí en algún punto del valle, la gruesa escarcha las cubría casi en su totalidad. Aún así podía apreciarse una especie de abertura lo suficientemente ancha para que una persona pasara con esfuerzo. Ahí entre los bordes de dos peñascos. Ese tenía que ser su refugio.

Algo tiró de su pierna, las fauces de un lobo se habían cerrado sobre su pantalón sin tocar la carne. Contuvo el grito, el animal lo observaba con sus grandes ojos sangrientos. Alrededor otro par comenzó a brillar y luego otro y otro, docenas de fieras comenzaron su cauteloso avance. Labios temblorosos por los que escapaban gruñidos secos, el aliento congelado sobre los morros babeantes.

De un tirón Claude se liberó y se lanzó a la abertura sin pensarlo. La fuerza que hizo para pasar por el angosto pasaje lo derribó de boca contra el suelo escarchado. Un fino hilo de sangre emergió de sus labios. A su espalda, los lobos se amontonaban gimientes sobre la entrada, extendiendo sus largas zarpas en el interior de la cueva. Al cabo de unos minutos comprendieron la inutilidad de sus esfuerzos. Sin quitarle los ojos de encima regresaron a la tormenta de la cual habían surgido. El último en retirarse mordió el aire dejando que su aliento escapara, visible en el frío cortante, como una advertencia. Una hilera de colmillos fue lo último que Claude vio antes de quedar inconciente.

Despertó en medio del valle, la tormenta se había calmado, la luna brillaba en lo alto. Su pálida luz palpitante lo cubría todo incluido a él. Entonces miró a sus pies y descubrió el cuerpo sin vida de Jane, o lo que quedaba de ella. Devorada por los lobos, nada más que restos irreconocibles que descansaban sobre los retazos de ropa empapada en sangre. A su alrededor centenares de figuras inhumanas lo observaban con rostros sombríos y lanzando grandes risas burlonas. Algunos tocaban grandes tambores hechos de piel, otros en cuatro patas imitaban a los lobos y se acercaban para seguir devorando lo que quedaba de Jane entre convulsiones nerviosas. Todos parecían poseídos por un furor religioso, lanzando gritos al aire con los ojos en blanco. La monstruosa multitud se acercaba cada vez más a Claude, que solo podía observar, pues algunos de los miembros de esa tribu lo sujetaban por brazos y piernas. Uno de ellos se adelantó a los demás levantando en el aire una larga hacha ceremonial de piedra.

3

Abrió los ojos, seguía dentro de la cueva solo que ahora frente a él ésta se extendía en un amplio corredor iluminado por una serie de antorchas crepitantes. Se puso de pie sin comprender lo que sucedía. Alguien había estado ahí, lo delataban las huellas de nieve que rodeaban su cuerpo. ¿Pero por que no lo habían ayudado? ¿De donde habían salido esas antorchas? El camino estaba claro, afuera los lobos aún aullaban, no muy lejos, en un tono lastimoso.

Tras avanzar unos metros por la lúgubre estancia llegó hasta una serie de escalones de piedra que descendían a una amplia gruta. Tomó una de las antorchas de la pared con cuidado de no apagar la débil llama. Sintió la necesidad de llamar, esperaba recibir alguna respuesta, la que fuera. Pero algo le advertía que no lo hiciera, que no provocara la quietud de aquel lugar que pese a todo poseía un as-

pecto tan extraordinario. No, no era esa la palabra, *místico* era más exacto. Tenía la apariencia de un templo detenido en el tiempo, como si una esencia primitiva se hubiera apoderado de él y lo resguardara del mundo exterior.

Las paredes exhibían extraños símbolos incomprensibles junto a la figura de animales feroces. Aprisionadas entre cavidades talladas en las rocas, descansaban unos objetos de formas redondeadas. Su curiosidad le hizo acercarse para examinar uno. La luz temblorosa comenzó a iluminar una superficie lisa poco a poco. Casi dejó caer la antorcha al descubrir que se trataba de un cráneo humano. Despojado de todo rastro de carne aprisionaba una rosa marchita entre sus dientes. Allí con sus cuencas vacías la muerte lo observaba silenciosa. Pero el verdadero espanto llegó al descubrir que a la altura de la sien el cráneo se encontraba roto. Una muesca de buen tamaño que parecía fruto de un fuerte golpe. El rostro de Jane se dibujó en su mente, el mismo rostro sonriente que le había dicho que sí a su propuesta de matrimonio.

Retrocedió horrorizado, pálido y tembloroso. Todas las historias de muerte que habían oído sobre aquel valle nevado volvían ahora a él con asombrosa claridad. Lo que aquel anciano calvo había dicho sobre el culto sobreviviendo en algún lugar apartado. *Algo la llamó en medio de la tormenta de nieve.*

El viento encontró su camino a través de la entrada a la cueva apagando algunas de las antorchas del corredor. El silbido del aire obligó a Claude a voltear en dirección al corredor. Allí, en la cima de las escaleras, una figura cubierta con la negra piel de un lobo lo observaba silenciosa, con el movimiento tranquilo y natural de la respiración. Su aspecto recordaba al de los antiguos tótems mayas que apilaban en vertical las figuras de varios animales. El rostro cubierto por una máscara tribal de aspecto simiesco, con grandes colmillos de marfil saliendo de su mandíbula. A su vez la cabeza de la fiera

muerta aparecía sin ojos sobre la cabeza humana. Las pesadas botas negras golpearon los escalones uno a uno mientras que de los pliegues de la manga se deslizaba una larga hacha de piedra manchada de sangre y decorada con largas plumas oscuras. Era la misma que en su visión.

Claude no pensó, sólo se puso al servicio de sus instintos más básicos y huyó internándose más y más en lo profundo de la gruta. La colección de cráneos parecía no tener fin, una gran hilera horizontal que danzaba entre las imágenes de seres grotescos. Se sentía como el personaje de una de las películas que deseaba dirigir, siendo observado por incontables espectadores de ultratumba. El perseguidor en cambio avanzaba con tranquilidad, el sonido de sus botas contra las piedras llegaba hasta los oídos del joven que apretaba los dientes hasta hacerlos chirriar.

Su mente se encontraba turbia como las aguas del mar en medio de una tormenta. Las pieles de lobo en las aldeas, las evasiones de los lugareños. *Aquí no hay nada de eso. Las desapariciones son una leyenda. Hay algo en ese valle que atrae a las personas.* La trampa se estaba cerrando.

Llegó hasta el final de su trayecto, el camino desaparecía en un pozo no muy profundo, casi circular. Pensó en saltar pero la idea era ridícula, no lograría nada y tal vez se rompería una pierna contra las filosas rocas que emergían allí abajo. Decidió que enfrentaría a su enemigo, era la única opción que le quedaba. En realidad no comprendía porqué había salido corriendo en lugar de plantarle cara. Era como si algo en aquellas tierras anulara su buen juicio, como si lo forzara a despertar su lado más salvaje e instintivo. De no haber sido por eso nunca hubiera asesinado a Jane.

Volteó para rehacer su camino pero entonces recibió un fuerte golpe en la mandíbula que lo lanzó de espaldas al interior del pozo. Aturdido trató de ponerse de pie, escupió sangre y en medio de ésta

vio tres dientes que se habían desprendido por el impacto. Se llevó la mano a la boca y un dolor insoportable estalló por todo su cuerpo haciéndolo estremecer. La sangre seguía brotando entre sus dedos para regar el piso.

El asesino se encontraba arriba, viéndolo en silencio con el hacha colgando de su mano. Las lágrimas brotaron de sus ojos por la angustia mientras apretaba el puño con fuerza. Una mano enguantada se posó sobre la máscara y la retiró con cuidado. Varios mechones de cabello blanco corrieron libres y Claude aterrizado vio como Jane lo observaba con una mirada fría y distante. La sangre seca permanecía en su rostro como un recordatorio del crimen que había tenido lugar con anterioridad.

Comenzó a recordar, toda una serie de sucesos que parecían aislados y sin importancia. Como que Jane había sido quien sugirió aquel documental, sabía mucho de las historias del valle. La forma en que los lugareños la miraban, igual que si conocieran y temieran su secreto. Como se había comportado con los demás, cada vez más apresurada pero no por salir de allí sino por llegar a otra parte, a esa gruta. La facilidad con la que había encontrado el castillo en la tormenta, sabiendo donde buscar. Pocas dudas quedaban en su mente excepto una.

—¿Cómo es que...

—¿Sigo viva? Esto es un rasguño para mí —dijo llevándose un dedo a la sien.

—¿Por qué? —dijo Claude de manera casi incomprensible.

—Claude, no lo entenderías. Creíste que los lobos trataban de matarnos cuando solo querían evitar que llegaras aquí. Ellos lo saben todo, por eso en las aldeas los matan —Jane hablaba con calma mientras se quitaba los guantes dejando al descubierto sus delicadas manos—. Todos temen a lo que habita en este valle, pero yo no. Hace años fui llamada a este lugar y desde entonces veo todo con otros ojos.

La hija del anciano.

Sí. Llevé mi mensaje a las aldeas de los alrededores, muchos me escucharon. Hay quienes se oponen, desde luego, pero no hacen nada. Saben lo que podemos hacer y solo se quedan ahí esperando la muerte.

Pero ¿Por qué?

La respuesta llegó con aquel gemido gutural que había atribuido a la ventisca. Allí en aquella tierra donde las antiguas tradiciones seguían de pie, donde se hablaba de una criatura de las nieves venerada en la antigüedad. Así lo indicaban la cantidad de huesos desparramados sobre el suelo. La mano de Claude se había posado sobre un largo fémur amarillento. Jane era una cazadora que atraía a las presas a la trampa.

Un gran simio de aspecto monstruoso emergió de las sombras lanzando un rugido lleno de ira. Su pelaje blancuzco y enmarañado cubría un cuerpo gigantesco de poderosos músculos. Sus largos brazos terminaban en grandes manos huesudas coronadas por filosas garras y sus ojos lechosos parecían estar ciegos desde hacia incontables siglos. La bestia se lanzó sobre Claude sin darle oportunidad de hacer otra cosa que gritar y lanzar débiles golpes que nada podían contra el cuerpo del agresor. Los colmillos se hundieron violentos en su cuello con una fuerza terrible y, de un solo movimiento, la cabeza del joven salió despedida para estrellarse contra una pared.

La criatura comenzó a devorar la carne a pedazos sin molestarse en masticar mientras que Jane observaba complacida desde arriba. Otros simios más pequeños y con rasgos humanos empezaron a salir de entre las rocas chillando gustosos. Uno trepó a su cuello de manera juguetona y comenzó a lamerle el rostro. Ella acarició al pequeño en la peluda coronilla mientras susurraba: *Tranquilos, los lobos malos no nos robaron la comida esta vez.*

Jane se arrodilló junto a sus pequeños abrazándolos con cariño maternal mientras que su largo cabello blanco se extendía poco a poco sobre su cuerpo,

despojándose en su avance de las ropas ceremoniales. Su aspecto no era tan monstruoso como el de su compañero, el cual la había llamado a su lado cuando apenas era una niña. Le había entregado su poder, ambos eran la misma esencia dividida en dos partes. La misma esencia primitiva que en tiempos distantes había controlado un enorme territorio, pero que ahora estaba encerrada en el valle. La misma que había arrastrado a sus impulsos más salvajes a los antiguos cultistas cuyos recuerdos vagaban perdidos entre la nieve.

Con una habilidad obtenida por la práctica, pronto redujo la cabeza de Claude a una calavera limpia. Con mucho cuidado la depositó en una de las grietas de la pared no sin antes haber colocado entre sus dientes una de las rosas marchitas. Una vez completó el siniestro rompecabezas, los extraños símbolos comenzaron a teñirse de rojo. Como una serie de venas que conducían el líquido vital, se internaron en todos los rincones de la gruta. Al mismo tiempo las rosas experimentaron un cambio. Los pétalos se enderezaron y recuperaron color como si la vida regresara a ellos.

Desde las sombras apareció un hombre de gran tamaño, desnudo, de cabello blanco, con los labios manchados de rojo y de ojos lechosos. Con una sonrisa le extendió la mano a la joven que al dársela recuperó su aspecto humano. Apoyándola contra su pecho, ambos desaparecieron entre las sombras donde los pequeños chillaban.

Afuera, la ventisca comenzó a calmarse.

LA NATURALEZA QUE CUIDA Y PROTEGE

TEXTO: LAURA LÓPEZ ALFRANCA

ILUSTRACIÓN: FRAGA



Saqari caminó a través de las raíces golpeándolas con su palo, aburrida de estar sola y triste, odiaba no tener más compañía que el crujir de las hojas secas y la luz verde del sol infiltrándose en los árboles frondosos. Aunque lo tenía prohibido, se acercó hasta las lindes del pueblo donde vivían los adoradores y allí vio a un grupo de chicos de su edad. Se acercó sonriente, esperando que no le arrojasen piedras.

—Hola, ¿puedo jugar?

—Es la nieta de la loca borracha —comenzaron a cuchichear riéndose maliciosamente—. Apesta al alcohol que destilan.

—Y dirá que los ángeles son monstruos.

—Vamos a ir a la ciudad, ¿te atreves? Sabemos que a tu abuela no le gusta que vayas allí —preguntó el que parecía el líder, y la pequeña se encogió de hombros—. ¡Genial! Hoy van a escoger a nuevos sacerdotes para el culto, y queremos estar cerca para que nos cojan.

Correteó a su lado mientras atravesaban el bosque; todos hablaban e intentaban meterle miedo sobre las ciudades. Su abuela ya le había advertido muchas veces de no acercarse a esos lugares, no sabía por qué, pero no lo hacía... salvo hoy, que después de una discusión con ella, estaba cansada de estar aislada del mundo.

Se contaban como los antiguos desafiaron a los ángeles destruyendo el planeta; y como estos últimos, purificaron el mundo y los salvaron de la decadencia. Saqari guardó silencio sintiéndose incómoda a medida que se acercaban al claro; había algo en esa quietud que no le gustaba y más al ver la intensidad del sol al final de la arboleda, cuya luz se tornaba blanca al no tener hojas por las que pasar. Entonces el esqueleto de piedra y metal recubierto de verde se asomó ante ellos, lo que hizo que temblara como si viera un fantasma o un cadáver descomponiéndose. Al borde del precipicio ya no había ve-

getación, solo rocas lisas por las que no se podía descender, para eso estaba el ascensor custodiado día y noche. Los chicos comenzaron a señalar lugares y a mirarlos con un catalejo que se fueron pasando. Al llegar su turno, la niña observó todo con calma, encontrándose que las calles de... asfalto creía que se llamaba, estaban completamente surcadas por millares de líneas negras, de las que colgaban telas oscuras y sucias.

De pronto, delante de esas líneas apareció un ser hermoso e indescriptible, que caminaba por entre los hilos con gran elegancia. Entonces vio como el pelo se le enganchaba y tiraba de su rostro, mostrando que era una máscara y que debajo había una costura que atravesaba la barbilla... luego, vio como las mejillas tapaban los ojos y al momento, cuando se recolocó aquella máscara de piel, se encontró que una mirada fría y azul la observaba molesta.

Gritó asustada dejando caer el catalejo, provocando así que todos, menos su líder, la gritaran enfadados; este intentó no darle importancia aunque fuera suyo. La pequeña, aterrada, se levantó y cuando comenzó a alejarse, se chocó contra su abuela, que olía a alcohol y tenía una expresión triste en su rostro. Los niños echaron a correr asustados al tiempo que Saqari dejaba que la llevase hasta casa. Lloraba sin poder quitarse aquella mirada cruel de la cabeza, se abrazó a la mujer mientras esta trastabillaba por su embriaguez y le pedía perdón. Ella solo le sonrió, la besó y al llegar a su hogar, la comenzó a bañar. Consiguiendo así que se relajase lo suficiente para hablar con ella.

—¿Por qué vivimos lejos de los demás? —inquirió tras un largo silencio. Siempre le preguntaba, pero nunca había recibido una respuesta.

—¿Has mirado a los ojos de los llamados ángeles? —Saqari asintió asustada—. Los demás les adoran, los creen dioses y salvadores... no deseaba que crecieras con esas mentiras que se llevaron a tus

padres —la miró, era la primera vez en años que los nombraba—. Mi niña, aún eres muy pequeña para entenderlo.

—Por favor... aunque no sea lo suficientemente mayor —le rogó triste—. ¿Qué eran esas cosas?

La mujer suspiró y mientras acababa de lavarle la cabeza, comenzó a relatárselo.

<<Hace unos cuantos años, cuando yo era un poco más pequeña que tú, la humanidad vivía en sitios como el que has visto hoy... salvo que no había naturaleza, pero sí mucha vida humana y electrónica. Habíamos alcanzado un gran poder con las máquinas... pero no son como lo que has visto tú, que son solo poleas y necesitan que el hombre trabaje. Habíamos construido objetos que hacían todo por nosotros.>>

—Vaya —dijo Saqari imaginándoselo, debía ser impresionante.

<<Pero destruíamos todo a nuestro paso, el mundo iba a morir. Hasta que alguien decidió que debíamos invocar a los ángeles y así lo hicimos... oh Dios, vaya si lo hicimos>>

Al verla llorar y sollozar, la pequeña abrazó a su abuela, que temblaba asustada, balbuceante.

<<Comenzaron con mis padres, les partieron en dos y les cosieron... a ellos y a todos los que consideraron aptos. Cuando morían en la operación, les revivían convirtiéndoles en los monstruos que has visto antes, andróginos y perversos. Los pocos que sobrevivían, se retiraron asustados por haberse convertido en monstruos de la naturaleza... pero no sabían que su momento tendría que llegar.

Los ángeles malvados se dedicaron a levantar esas líneas negras que tú viste... en verdad son espinos tan fuertes como el metal y tan afilados como cuchillas. Se

levantaron un día en las ciudades sin que nadie pudiera hacer nada, cobrando vida, atrapando a todas las personas, engan-chándolas para luego rodearlas y matarlas con dolor, desangradas. Cuando llegaba la noche, los ángeles salían a arrancarles los ojos y comérselos. Hombres, mujeres, niños... incluso bebés, todos ellos torturados y asesinados solo porque no pudimos controlar nuestras ansias. Aún recuerdo intentar dormir en aquellos lugares y oír a la gente pidiendo ayuda desesperada. Sus gritos de dolor y los satisfacción de sus atacantes... la sangre impregnándolo todo, ¿puedes verlo mi niña? ¿Puedes ver el horror que desataron?>>

Mientras su abuela corría a coger algún tazón del licor que destilaba, Saqari salía de la bañera para vomitar en el suelo. Era capaz de imaginárselo y ver a la gente desangrada colgando en los espinos como si fueran prendas de ropa para secar, incluso sentía el hedor a muerte impregnando su piel. Con razón la mujer no hacía otra cosa que beber, y ella se había arriesgado a...

Escuchó de pronto como la gente gritaba de felicidad y ambas se miraron.

—Por lo que más quieras —le rogó tirando de su nieta para esconderla donde guardaba el licor—. No salgas oigas lo que oigas, ni aunque temas morir... es lo mejor que podría pasarte —aseguró mientras cerraba y atrancaba la puerta—. No quiero que te pase como a tus padres, no quiero que te conviertan en uno de ellos.

Con el olfato embotado por los líquidos, los grujidos extraños y la falta de espacio, Saqari comenzó a golpear desesperada la madera deseando salir. Parecía que su abuela estaba dispuesta a matarla pasara lo que pasara. De pronto olió el humo y los gritos de su abuela desesperada, sufriendo.

Luego, escuchó a la gente arrastrando los muebles que ocultaban su prisión y cuando la luz le cegó, la sacaron a ras-

tras. Antes de que pudiera reaccionar, la ataron a una mesa y vio a su pobre abuela quemada, con la piel casi negra y aún así, continuaba viva. A su lado estaba el chico que había visto antes, tan asustado como ella.

—¡Mi niña! ¡Los que sobrevivieron nos cuidaron, nos devolvieron la naturaleza y nos sanaron, nos cubrieron de bosques! ¡Vive! ¡Sí aún deseas...! —uno de los atacantes la golpeó dejándola tendida y sollozante.

Cuando su vista se lo permitió, vio como varios de esos seres cosidos, mitad hombres y mitad mujeres, le sonreían con crueldad. De pronto sintió un intenso dolor mientras le cortaban en dos, tan fuerte y desgarrador que supo al instante que moriría.

Mariana había cuidado de su nieta, intentando protegerla de todos e incluso de sus padres. Cuando vio a la mitad menos mutilada levantarse junto la de aquel otro chiquillo, no necesitó ver su expresión ni su mirada para saber que aunque había escapado cientos de veces de aquellas criaturas, esta vez iba a morir de la peor forma posible. Sollozó sabiendo que su vida había sido completamente inútil, para luego gritar y verse cegada por el dolor y la pérdida de sus ojos.

TIBERIUS

TEXTO: MICHAEL M DEB

ILUSTRACIÓN: FATTORI BROS

¿Por qué Tiberius tiene sangre en las manos?

¿Por qué Tiberius tiene sus ropas rasgadas?

¿Por qué Tiberius huele a moho?

Él no lo sabe, pero acaba de despertar de un sueño de ochenta años, enterrado en la fría y tierna madre tierra.

Por primera vez en 500 años no recuerda nada, no sabe quién es, de dónde viene, el porqué de su estado, ni tampoco la enorme y dolorosa sed que siente.

Tampoco sabe porqué está ese hombre a sus pies, con los ojos opacos, signo del fin de la vida.

No tiene zapatos, los tuvo, sí, ahora solo quedan trozos de cuero podrido y mal olientes. Sus manos, ensangrentadas, le dan escalofríos, piensa que él ha matado a aquel hombre; y tiene razón, lo mató hace pocos minutos atrás, pero no lo recuerda.

No sabe qué hacer, si correr, pedir ayuda, gritar o llorar.

No recuerda que se enterró voluntariamente para acallar su pena, su dolor, por la muerte de la única mujer que amó en su longeva vida.

Su enorme dolor lo llevó a cometer actos terribles, de inusitada crueldad, que nunca creyó poder hacer. La culpa, los rostros de todas aquellas personas llenaban su cabeza, pero ahora, él no recuerda nada.

No recuerda ser perseguido por muchos lugares y por mucho tiempo en tierras extrañas.

¿Por qué Tiberius está en ese estado?

Los otros pasaron por lo mismo, pero no lo sabe. No sabe que quedan pocos,

muy pocos como él.

Solo siente pena y soledad estando allí parado. Tiberius caminará por mucho tiempo más sin recordar nada.

No sabe “qué es” él.

Yo si lo sé, lo conozco hace mucho, Tiberius es un hijo de la noche, un caminante nocturno... un Vampiro.

Fattori Bros



THE LINE OF
DC
SUPER-STARS

WEIRD
MYSTERY
TALES

20¢
NO. 11
MAY
30716

WEIRD MYSTERY

APPROVED
BY THE
COMICS
CODE
AUTHORITY

TALES



7-3488

CIENCIA FICCIÓN OCULTISTA

POR: JOSÉ MANUEL URÍA

El ocultismo ha jugado el papel de uno de los semilleros de ideas de la ciencia ficción. Continentes remotos o desaparecidos, intervenciones extraterrestres en la historia humana (la teoría de los Cosmonautas de la Antigüedad), poderes psíquicos y otros tópicos similares, han poblado las historias de ciencia ficción desde los inicios del género.¹ Al evolucionar hacia una ficción más madura y sujeta a unos estándares literarios más elevados, la ciencia ficción ha ido alejándose del punto de vista ocultista, aproximándose cada vez más a una visión científica del mundo, que no científicista.

La conexión entre las ontologías de los mundos del ocultismo y la ciencia ficción se ha desarrollado en torno a una idea clave, que es el núcleo duro de las doctrinas ocultistas modernas: *la creencia en la existencia de una realidad oculta más allá de nuestros sentidos, de modo que nuestra realidad consensuada tan sólo representa una pequeña fracción de la realidad última.*² Sostiene la existencia de una realidad expandida.

Tanto el ocultismo como muchas obras de ciencia ficción admiten la existencia de una realidad expandida. Pero existen diferencias en el modo de interpretar esta concepción del mundo. El ocultismo considera la expansión de la realidad desde un punto de vista filosófico y religioso, admite la existencia de lo sobrenatural y, como consecuencia de ello, que lo fantástico es real. Como género literario proyectivo, la ciencia ficción se ha limita-

do únicamente a utilizar la expansión de la realidad como una herramienta prospectiva. Pero incluso como ficción niega la existencia de lo fantástico. A pesar de esas diferencias en el continente y el contenido los flujos de ideas entre el ocultismo y la ciencia ficción han sido bidireccionales desde los inicios del género.

La afirmación de que la ciencia ficción explora narrativamente una realidad expandida se demuestra en base a la abundante cantidad de otras realidades (mundos, dimensiones, universos) que pueblan sus relatos. Los aspectos de la realidad expandida con que trata la ciencia ficción pueden tener un fundamento científico sólido, y es la especulación en torno a él la que permite el desarrollo del elemento proyectivo. Pero a veces la realidad expandida presentada es isomorfa a la sugerida por las doctrinas ocultistas, aunque el concepto considerado tenga un origen científico. Un ejemplo de concepto en el que se ha producido con frecuencia un tratamiento de este tipo es el de cuarta dimensión.

Otras veces, los aspectos de la realidad expandida introducidos en las narraciones de ciencia ficción en su origen no procedían de la ciencia estándar sino de especulaciones pseudo-científicas inspiradas por el pensamiento ocultista. Un ejemplo es la conjetura de la existencia de formas de vida en el mundo subatómico, los mundos dentro de mundos.

¿Cuándo surgió la conexión entre el ocultismo y la ciencia ficción? Podemos encontrarla ya en los romances científicos del siglo XIX, especialmente en el último tercio de este siglo. Fue el siglo de la teoría de Charles Darwin sobre la evolución, de la culminación de la Revolución Industrial y de importantes avances científicos. Pero también fue el siglo del espiritismo y del auge de las sociedades ocultistas, como la teosófica de Helena Blavatsky, o la Golden Dawn a la que pertenecían escritores como Arthur Machen y Algernon Blackwood. El conflicto entre ciencia y misticismo es fundamental para entender

¹ Stoczkowski, W. (1999). Para entender a los extraterrestres. Acento Editorial, Madrid, 2001

² Kripal, J. J. (2010). Autores de lo imposible. Lo paranormal y lo sagrado. Págs. 56-71. Editorial Kairós, Barcelona., 2012

la génesis y el desarrollo del ocultismo moderno, que paradójicamente se produjo en paralelo al avance de las ciencias físicas y naturales.

El inicio de la era victoriana supuso el ocaso de la concepción mecanicista de la física. La concepción del mundo como un conjunto de partículas y sus interacciones mecánicas dio paso a una realidad más sutil constituida por campos y partículas. Los campos no pueden ser percibidos de un modo directo por nuestros sentidos, pero se pueden determinar sus propiedades con precisión y rigor mediante experimentos. El formalismo matemático de las teorías de los campos electromagnéticos predice la existencia de oscilaciones que dan lugar a ondas electromagnéticas que se propagan en el vacío. Ya en 1885 las ondas electromagnéticas habían sido detectadas en el laboratorio por *Heinrich Rudolf Hertz*.

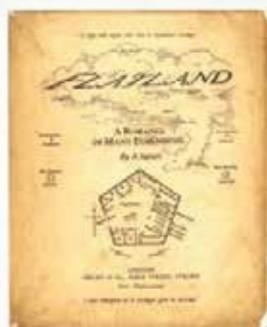
Para algunos físicos que no estaban contentos con la visión materialista que parecían sugerir los avances científicos de la época, las ondas electromagnéticas suponían la evidencia experimental de una realidad más sutil y difusa que la material. Para explicar la propagación de las ondas se había propuesto la existencia de un medio que ocuparía todo el espacio, el éter. Incluso podría explicarse la materia en términos de campos y éter. Para físicos como *William Thomson* y *Peter Guthrie Tait* los átomos no serían sino vórtices en el éter.

Se suponía que el éter tendría que ocupar todo el espacio, a la vez que no parecía corresponderse con la idea de materia que se defendía desde el materialismo más vulgar. Eso permitió que algunos físicos británicos de talante conservador y espiritualistas recurrieran a este concepto en su combate contra el materialismo. Los campos invisibles y el éter serían las herramientas conceptuales con las que *William Crookes*, *Oliver Lodge*, el ya citado *Tait* o *John William Strutt*, tratarían de encontrar una justificación científica de los presupuestos espiritualistas.

Fundamentalmente buscando explicaciones racionales de los fenómenos del espiritismo. Para ellos, la física demostraba la existencia de la realidad expandida.

En sus obras de ensayo o de divulgación algunos de ellos difundieron estos puntos de vista entre el público general. Cada uno de ellos tenía su propia síntesis de física y espíritu, lo que dio lugar a múltiples concepciones, que nutrirían a la literatura metapsíquica. También al ocultismo y a la ciencia ficción.

En otros ámbitos de la física y las matemáticas también se reflexionaba sobre la realidad expandida. *Autores como Charles Howard Hinton* tuvo una influencia importante en la literatura al sugerir que nuestro mundo podría tener más de tres dimensiones espaciales, traduciendo las especulaciones de los matemáticos a un lenguaje comprensible por los lectores cultos. Las especulaciones sobre la dimensionalidad del espacio dieron lugar a obras como el famoso relato satírico *Platania* de *Edwin Abbott Abbott*.



Portada original



Edwin Abbott Abbott

Platania de *Edwin Abbott Abbott*.

La reflexión en torno a los espacios de más tres dimensiones espaciales no podía pasar desapercibido para los físicos espiritualistas. *Balfour Stewart* y *Peter Tait*, justificaron la realidad del mundo espiritual combinando los conceptos de éter y de cuarta dimensión en su obra *The Unseen Universe*. Las posibilidades que aportaba el concepto de cuarta dimensión para las visiones de la realidad expandida del ocultismo y la ciencia ficción resultaban evidentes.

Para los ocultistas la existencia de

una cuarta dimensión espacial podría explicar muchos de los fenómenos de las sesiones espiritistas. El físico austriaco Johan Zöllner llegó a escribir un tratado sobre física trascendental en el que trataba explicar las proezas del médium Henry Slade invocando la existencia de la cuarta dimensión espacial. Que se demostrase que Slade fuese un farsante no contribuyó precisamente a que las especulaciones de Zöllner fueran tenidas en cuenta por la comunidad científica.

Para los autores de romances científicos la cuarta dimensión aportaba una componente especulativa muy importante para sus relatos. Algunos tan notables en la historia de la ciencia ficción como Herbert George Wells. La cuarta dimensión se asocia con la justificación de la invisibilidad en *El hombre invisible* o del viaje temporal en *La máquina del tiempo*. El relato *La historia de Plattner* narra las aventuras de un maestro de escuela que es transportado a la cuarta dimensión, donde se encuentra con un mundo extraño poblado por criaturas que podrían tener alguna relación con los espíritus de los muertos. Es relevante que a pesar de

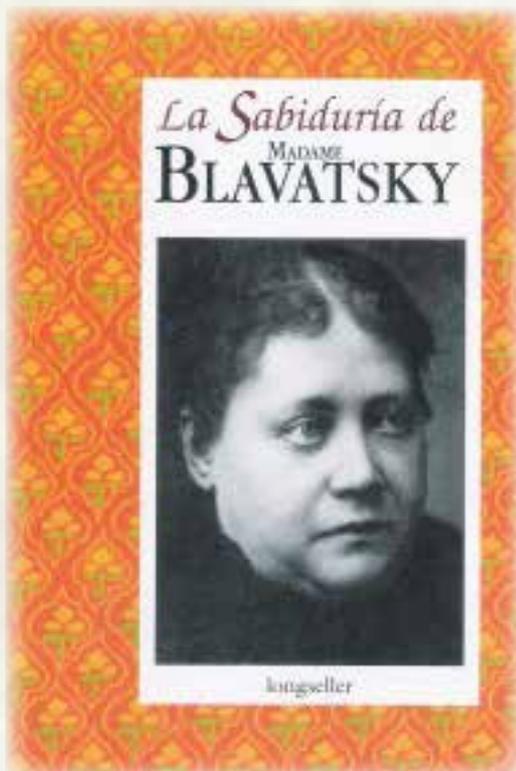
ser Wells un autor bastante científicista para los estándares de la literatura de la época, su interpretación de la cuarta dimensión no difiere de la presentada por la literatura metapsíquica o incluso de la de la literatura ocultista.

También Algernon Blackwood coqueteó con la cuarta dimensión en *Una víctima del Espacio Superior*, uno de los relatos de ciclo de John Silence, el investigador de lo oculto. En su relato Blackwood plantea más un enfoque pseudocientífico que fantástico de los espacios de dimensiones superiores, pero es conocida la filiación ocultista de Blackwood, por lo que es legítimo preguntarse si su fuente de inspiración se encontraba con mayor probabilidad en textos ocultistas que científicos.

La exploración de la realidad expandida no se agota con la cuarta dimensión. También los modelos atómicos primitivos fueron una fuente de inspiración de especulaciones ocultistas. Un ejemplo paradigmático es el de las originales especulaciones de Edmund Edward Fournier d'Albe. Partiendo de las teorías existentes entonces sobre la naturaleza de los electrones y la estructura de los átomos desarrolló una desconcertante y excéntrica visión del universo en su libro *Two new worlds. I. The infraworld. II. The supraworld*.

La tesis fundamental de Fournier es que el universo no sería sino un conglomerado de mundos dentro de mundos. Los átomos serían mundos microscópicos donde morarían formas de vida. A su vez las estrellas no serían sino partículas elementales para las criaturas existentes en escalas mucho mayores. Y así en un infinito hacia las escalas más grandes y más pequeñas, un infinito de mundos dentro de mundos en ambas direcciones. Posiblemente Fournier se inspirase en la afirmación de George J. Stoney de la existencia de «an infinite series of worlds within worlds».

La originalidad de Fournier radica en el desarrollo de las implicaciones de la



existencia de mundos dentro de mundos. Para él lo que estudiamos como leyes de la química no serían sino las leyes de la biología del mundo atómico. Objetos que percibimos en nuestra escala como una entidad sin vida estarían constituidos por agregados de unidades de vida de las escalas inferiores. La vitalidad podría asociarse con partículas del cuerpo humano (que no serían sino agregados de las formas de vida de los niveles inferiores), los psicómeros. El conjunto de los psicómeros formaría el alma humana, como una niebla difusa inmersa en el fluido de electrones y átomos constituyentes de nuestro cuerpo. Esta concepción física del alma permitiría explicar los fenómenos psíquicos y la supervivencia de la personalidad humana tras la muerte.³

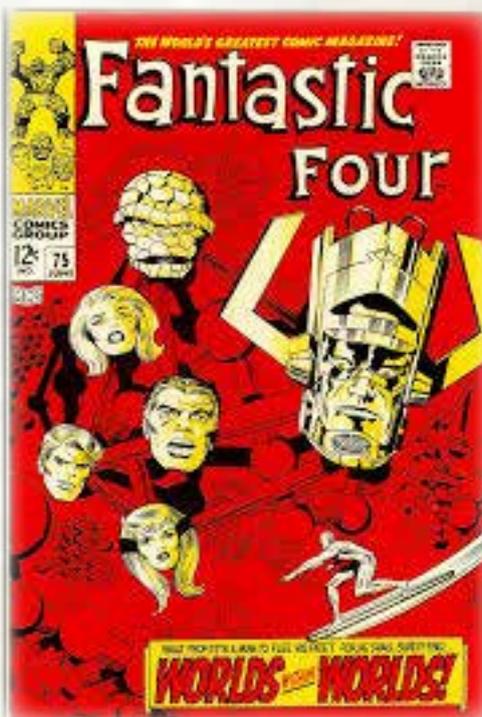
Su libro tuvo un relativo éxito editorial y quizá por eso algunos relatos de ciencia ficción pulp de la década de los treinta adaptaron la idea de mundos habitados dentro de mundos. Eso sí, sin la adopción de los postulados espiritualistas de Fournier y únicamente como un entorno exótico en el que desarrollar historias de aventuras.

Submicroscópico de S. P. Meak publicado en *Amazing Stories* en 1931, *El hombre que encogió* publicado en la misma revista en 1936, y *Coloso* de Donald Wandrei publicado en *Astounding Stories* en 1934, son tres ejemplos de ello. Los tres relatos aparecen en las antologías de lo mejor la Edad de Oro compiladas por Isaac Asimov.

También encontramos referencias a mundos dentro de mundos por parte de

autores más significativos en la historia de la ciencia ficción. Como Richard Matheson en su novela *El increíble hombre menguante* que concluye la revelación que tiene el protagonista al descubrir que su reducción constante de tamaño no implicará su desaparición sino el acceso a mundos microscópicos habitados. La novela se adaptaría al cine en lo que hoy se considera como un clásico de la ciencia ficción de serie B.

En el mundo del cómic de superhéroes también se encuentra una importante referencia a los mundos dentro de mundos, nada más y nada menos que por parte de Stan Lee y Jack Kirby en *Los 4 Fantásticos*. De un mundo subatómico habitado procede el villano Psicoman. El nº 75 de la colección tiene el atractivo título de *Mundos dentro de mundos*⁴ y en él se muestra el mundo subatómico que incluye algunas de las mejores composiciones visionarias de Kirby. Que el villano de los mundos subatómicos posea poderes asociados con la manipulación de la mente sugiere que es posible que tal vez uno de los dos



grandes demiurgos del moderno cómic de superhéroes pudiese haber sido el libro de Fournier.⁵

Los dos ejemplos considerados presentan dos maneras de entender la conexión entre el ocultismo y la ciencia ficción. En el caso de la cuarta dimensión es un concepto que surge de modo natural en el ámbito de la investigación científica

³ Noakes, R. (2008). The 'world of the infinitely little': connecting physical and psychical realities circa 1900. *Studies in History and Philosophy of Science Part A* 39 (3), 323-334.

⁴ Literalmente, «Worlds within worlds» en el original, el término acuñado por Stoney.

⁵ Uría, J. M. (2013). Jack Kirby. El cuarto demiurgo. Págs. 83-89. Sportula, Gijón.

estándar. En el momento en que se plantea que se puede construir una física consistente con cuatro dimensiones espaciales, surge la pregunta de si el mundo en que vivimos tiene tres o más dimensiones espaciales. Una vez se planteó la pregunta, tanto los narradores de ciencia ficción como los teóricos ocultistas fueron más allá de lo que dictaba la ciencia interpretando a su modo la idea de un mundo con más de tres dimensiones espaciales. Hay una convergencia entre los puntos de vista sobre la cuarta dimensión, pero no es desde el ocultismo donde se crea el tópico de la narrativa de ciencia ficción.

Pero no sucede lo mismo con el concepto de mundos habitados dentro de mundos. No surge de forma natural a partir de la investigación científica. Incluso si la hipótesis de una jerarquía de mundos y estructuras tiene predicciones falsables⁶, no implica la habitabilidad de los mundos subatómicos. Pero la existencia de vida en los mundos subatómicos es fundamental en el planteamiento de Fournier, porque es la que permite explicar la existencia de alma inmortal, y la existencia de una realidad que no vemos, pero puramente física. La inspiración de Fournier no era científica, sino ocultista. El carácter del tópico de los mundos dentro de mundos dentro de la ciencia ficción sería equivalente al del de los Cosmonautas de la Antigüedad, que partir de un origen ocultista ha terminado por formar parte del corpus argumental de la ciencia ficción aunque enfocado desde una perspectiva materialista.

Todo esto demuestra que la historia de la ciencia ficción es más compleja

⁶ De hecho resolvía una paradoja clásica de la astrofísica, la contradicción entre el cielo oscuro de la noche y la hipótesis de un universo espacialmente infinito, lo que se conoce como paradoja de Olbers. Este hecho fue demostrado por el astrónomo Carl Charlier, expurgando todos los elementos pseudocientíficos del modelo cosmológico de Fournier. Véase Mandelbrot, B. (1977). La geometría fractal de la naturaleza. Tusquets Editores, Barcelona, 1997.

de lo que sugiere su concepción ingenua como una narrativa científica. Analizar su vertiente ocultista, al menos en sus orígenes, es una labor que debe acometerse si se quiere obtener una visión profunda de lo que ha sido, y lo que es, la literatura de ciencia ficción.



Vacien la caché, las cookies, proxies, todo el historial... y antes de dar reset, naveguen hacia una página en blanco.



POESÍA

TEXTO: MICHEL DEB

ILUSTRACIÓN: JOSÉ ANTONIO OLMEDO LÓPEZ AMOR

FIN

Con el viento en mi contra
la sangre espesa
el alma congelada.

La oscuridad lo cubre todo,
incluyendo mis sueños.
Sueños cegados por la muerte
cosechados por la avaricia

Mi alma llora desconsolada
por la pérdida de ayer, hoy y siempre.
Veo a mis deudos en congoja.
Cruzo el Estigia
Temo no poder volver
¿o solo es un sueño?
¿inconsciente o diluido?

Siento el aroma de la muerte
a flores y tierra húmeda,
crucifijos e iglesias.
Cuando baje será el fin
el comienzo de mi fin.

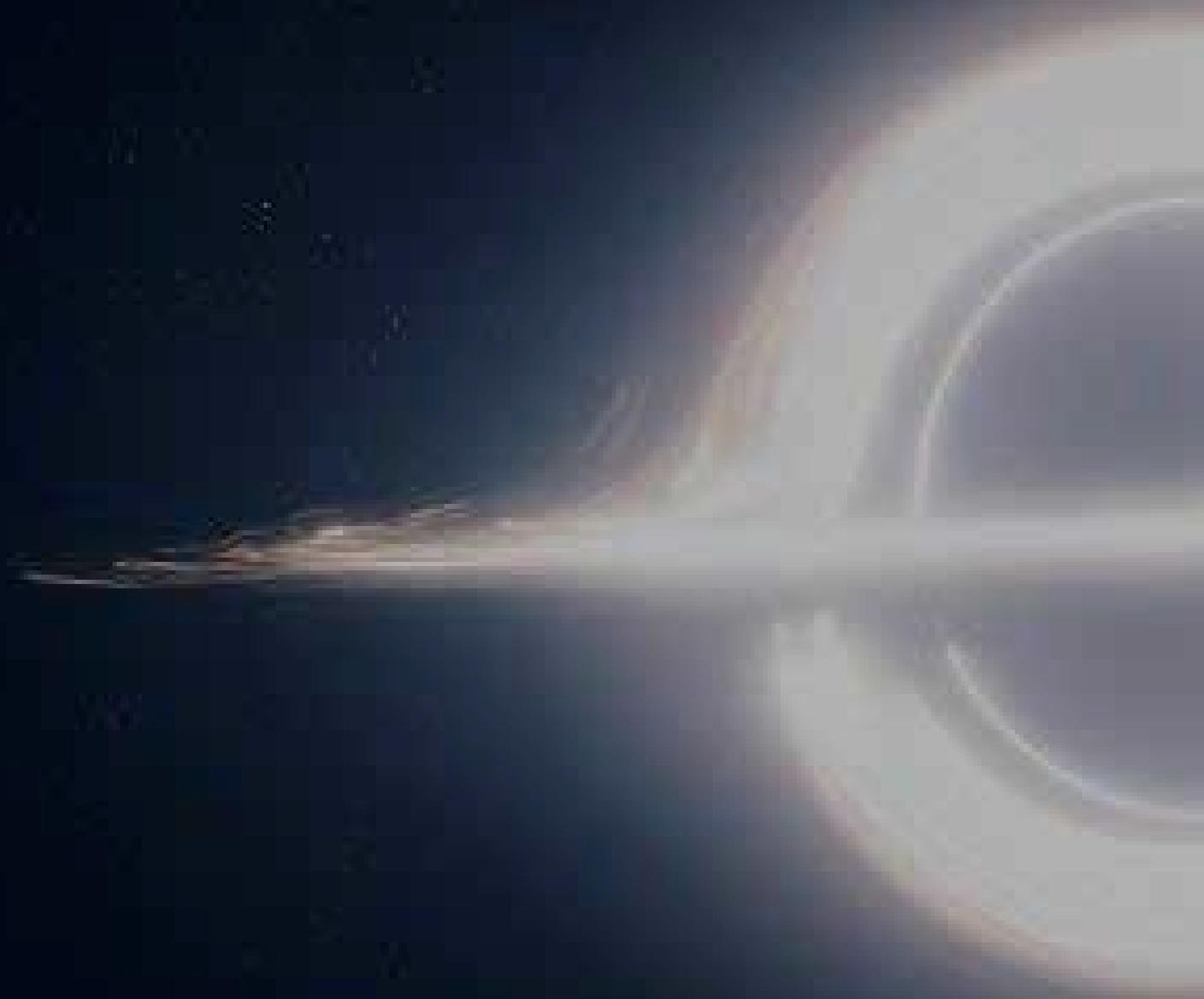
HOY ME HAGO DAÑO

Hoy me hago daño a mí mismo,
con recuerdos del pasado lejano.
Podría hacerlo de muchas maneras dife-
rentes,
pero escojo el dolor punzante de la culpa.
Pude cambiar muchas veces,
el círculo vicioso estaba cerrado,
solo faltaba voluntad para romperlo
y dejar el camino abierto al destino.
El cambio comenzó el día que te dije
adiós,
cuando cerré mi corazón y abrí mis alas.
El camino ha sido difícil y penoso,
para nadie es fácil aprender,
más cuando el alma es lenta y tardía,
la razón atrofiada y los ojos cegados.
Canté la tonada de la redención,
escuché el sonido del silencio muerto.
No obtuve respuesta de las antípodas,
demasiado profundo es el pozo devora
sueños,
demasiado negro es mi corazón.



«INTERSTELLAR, LA GRAVEDAD Y EL TIEMPO EN MANOS DE NOLAN»

POR: JOSÉ ANTONIO OLMEDO LÓPEZ-AMOR



cinta es ser lo más realista posible “científicamente” hablando, cosa que consigue. Para ello ha contado, además del citado Thorne (experto en relatividad), con expertos de la NASA. Thorne facilitó información de primera mano acerca del comportamiento de la energía que yace alrededor de un agujero negro, [recor-



demos que un agujero negro es invisible y solo podemos advertirlo mediante los efectos que produce en la materia que lo rodea] sus datos fueron renderizados por el equipo técnico de la película y así obtuvieron a Gargantúa, la representación del agujero negro más real jamás visto en una película.

Lo mismo ocurre con el agujero de gusano, una esfera —como elaborada con espejos— que refleja el Universo circundante. La puesta en escena, sin embargo, no incide en lo futurista de los trajes espaciales, ni de la fisonomía de los robots o la arquitectura de las naves; los trajes de los astronautas parecen antiguos, los robots (T.A.R.S) son un homenaje velado a “*La guerra de las galaxias*” (George Lucas, 1977) por su sentido del humor, como también un guiño a “*2001: una odisea espacial*” (Stanley Kubrick, 1968) debido a su “aparente” monolítica morfología. A muchos les parece imposible hablar de “*Interstellar*” sin mencionar a Kubrick, algo inapropiado a mi entender, ya que a pesar de ser dos historias espaciales que convergen en cosas como contener viajes en el tiempo e introducir filosofía y metafísica en sus guiones, ambas están

rodadas con lenguajes cinematográficos diferentes.

La impresionante nave nodriza denominada Endurance, parece estar inspirada en la estructura de los molinos americanos multipala, pero a su vez alude —debido a sus doce estancias unidas en forma circular con un segmento recto en su centro— ni más ni menos que a la esfera del reloj que Cooper (McConaughey) regala a su hija antes de partir; reloj que se convierte en uno de los elementos más importantes de la película.

Mención aparte tiene la representación en cinco dimensiones (el tiempo como lugar físico) del espacio-tiempo aparecido en la parte final. Nolan, mediante un poliédrico y multifilar escenario de supercuerdas, lleva a cabo una composición de campo impactante y poética para tratar de representar lo irrepresentable. Podrán tachar a Nolan de sobreexpositivo, de grandilocuente o pretencioso, pero siempre demuestra un gran valor como creador a la hora de arriesgar en sus propuestas visuales, valor que además de redimirle de sus posibles excesos, va creciendo exponencialmente en una filmografía más que destacable que ya va por su novena obra.

Técnica y mensaje

Que el ímpetu narrativo de Nolan, en ocasiones, puede exigir demasiada atención del espectador, es algo que conocemos bien aquellos que seguimos su obra, pero ese rasgo característico como autor se multiplica en “*Interstellar*” merced a sus constantes paradojas temporales, explicaciones científicas y un elaborado montaje que puede llegar a entrelazar dos o tres escenas ocurridas simultáneamente en lugares diferentes. Cuando los personajes hablan de ecuaciones, de singularidades desnudas, de teorías científicas, el espectador menos avezado en ciencia puede alejarse por momentos de la historia, pero rápidamente vuelve a involucrarse en el guión debido a dos de sus acertados planteamientos: su belleza visual y su emotividad.

Los giros que va experimentando la trama están más que justificados, y como siempre, Nolan sugiere preguntas que no tienen respuesta, o tienen varias; su ilustrada imaginación de demiurgo va abriendo caminos de los que de cada uno podría emanar una epopeya. Y es que Nolan, a diferencia de Kubrick o Tarkovski, introduce reflexión, poesía y metafísica en sus películas, pero en ningún momento pretende renunciar a la acción.

A lo largo de la película los personajes hablan de alguna entidad desconocida que influye sobre ellos y controla la gravedad. La gravedad, sin duda, se convierte en una de las piezas clave del rompecabezas, gravedad que en términos reales es una de las mayores fuerzas de la naturaleza que conocemos, como también una de las más misteriosas.

Pero si hay algo por lo que merece la pena ver y recomendar esta película, es por su mensaje. Más allá de proponer un futuro distópico en el que la humanidad sobrevive azotada por las fuerzas naturales y la escasez de recursos de la Tierra, somos testigos del imparable afán de saber y superación del ser humano como especie, afán que lo lleva a gozar —cada vez más rápido— de una tecnología cercana a la ficción. Por más adversidades que encontremos en nuestro camino pensamos que siempre hay una salida y nos sobra predisposición para luchar por ella. El miedo y la supervivencia se convierten entonces en nuestra mayor fuente de inspiración, como bien dice el personaje encarnado por Matt Damon. Y yendo más allá en las teorías que la película propone, Nolan afirma que el amor es lo único que trasciende todas las dimensiones. El amor como motor, como llave maestra y como fin podría ser lo único que sobreviviese de nosotros cuando alcancemos a ser entidades incorpóreas.

Sombras y luces

Si tuviese que mencionar algunas cosas mejorables de la

película, empezaría por introducir unos títulos de crédito —al comienzo de la película— de arte y ensayo a la manera de Saul Bass. La escena en que Cooper recuerda un accidente aéreo del pasado es bastante pobre visualmente. No enfatizar ciertas escenas con una ralentización del cambio de plano me parece un craso error, me hubiese gustado ver planos más largos. También me extrañó no ver más envejecido el personaje de Michael Caine en la parte final. Resulta chocante y contradictorio, puesto que la película en conjunto es muy emotiva, que el personaje protagonista no derrame ni una lágrima en una de las secuencias finales ocurrida en un hospital. En general, es en la última parte donde encuentro ciertas irregularidades de guión, quizá por los anacronismos mostrados y sugeridos, pero en ningún caso empañan el resultado final de la obra.

Y entre los innumerables aciertos del film destacaré los siguientes: la impecable actuación del elenco actoral en su conjunto, plagado de actores de reconocido prestigio como Matt Damon, Jessica Chastain, Anne Hathaway, Michael Caine, Matthew McConaughey, la mayoría de ellos oscarizados.

Hans Zimmer compone una partitura inusual en su trayectoria, quizá por lo servil al argumento, no excede ni rebasa en ningún momento los acontecimientos y permanece asida a las emociones y la acción en el plano menos explotado de su genio operístico. Calificaría a su banda sonora con el mismo notable alto que a la



película, un ejercicio de adecuación que enriquece sin ninguna duda las imágenes.

Cuando se ruedan 168 minutos de metraje y el espectador no se aburre, significa que hay muchas cosas que se han hecho bien. La ausencia de sonido en el espacio —únicamente ocupada por la música en ocasiones— es otro de los aciertos, aunque muchos vean en ello un préstamo de Kubrick o Cuarón.

La fotografía, el montaje, los efectos visuales, el ya citado realismo científico. Son muchos los baluartes de este ensayo del espacio en la edad moderna; quizá en su argumento residan teorías que en un futuro dejarán de serlo, y eso sin duda es uno de los principales valores de la buena ciencia ficción.

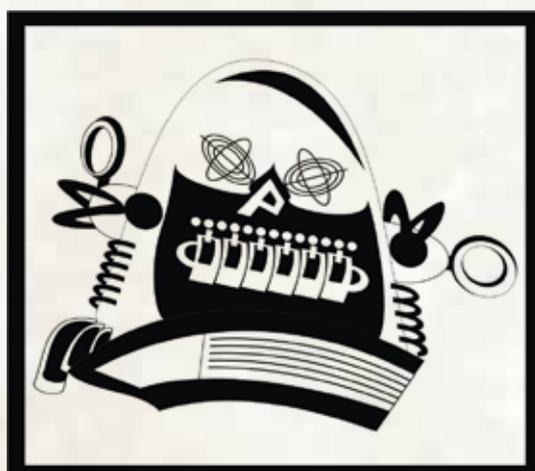
Para cerrar este comentario, expongo los versos de Dylan Thomas que declama el personaje encarnado por Michael Caine en una de las escenas más bellas de la película:

*«No entres dócilmente en esa
noche quieta.
La vejez debería delirar y ar-
der cuando se cierra el día;
Rabia, rabia contra la agonía
de la luz.*

*Aunque los sabios al morir en-
tiendan que la tiniebla es justa,
porque sus palabras no ensar-
taron relámpagos
no entran dócilmente en esa
noche quieta...».*



NOS VEMOS EN EL PRÓXIMO NÚMERO...



«Este número de Planetas Prohibidos©
Año 4, se terminó de editar el día 1 de
febrero de 2015».

CONSEJO DE DIRECCIÓN

Jorge Vilches, Lino Moineo, Guillermo de la Peña
y Marta Martínez

EDITOR

J. Javier Arnau

CORRECCIÓN

J. Javier Arnau

William E. Fleming

MAQUETACIÓN

James Crawford Publishing

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA

Daniel Medina Ramos

DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA

Marta Martínez

EDITORIAL

J. Javier Arnau

RESTO DE ILUSTRACIONES

Vicente Balbastre, Pilar González Hidalgo, Ángel
García Alcaraz, David Velázquez, Fattori Bross,
David Agundo, José Antonio Olmedo López -Amor,
Abel Portillo, Elinfel, Fraga.

ESCRITORES

Michel M. Deb, José Manuel Uría, J. Javier
Arнау, Carlos M. Federici, Rodrigo H., Laura
López Alfranca, Alfonso Zamora Llorente, Sergio
Pérez-Corvo, Antón Martín, José Antonio Olmedo
López -Amor.